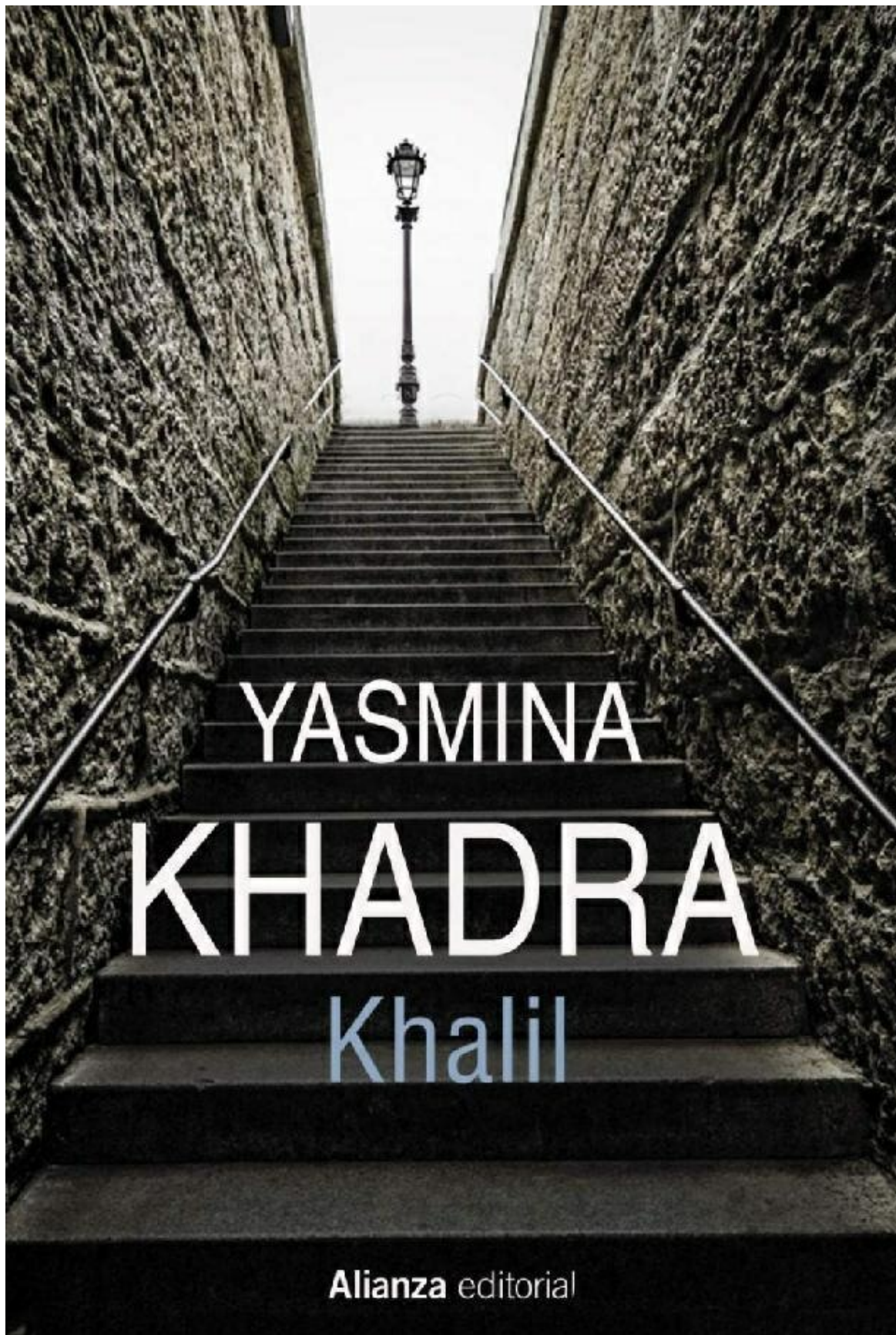


YASMINA
KHADRA
Khalil

Alianza editorial



YASMINA
KHADRA
Khalil

Alianza editorial

Alianza editorial

Yasmina Khadra

Khalil

Traducido del francés por Wenceslao-Carlos Lozano

Índice

I. LAS AVES DE ABABIL

1

2

3

4

5

6

7

8

II. CONCIERTO EN DO MENOR PARA UN KAMIKAZE

9

10

11

12

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[Créditos](#)

Para acceder a la posteridad

no hay ninguna necesidad de ser un héroe

o un genio: basta con plantar un árbol.

I

LAS AVES DE ABABIL

Yo mismo te desnudaré y te expondré a la vergüenza.

Jeremías, 13, 26

I

PARÍS, LA CIUDAD DE LA LUZ.

Basta con que una sola de sus farolas se apague para que el mundo entero se quede a oscuras.

ÉRAMOS CUATRO KAMIKAZES; nuestra misión consistía en convertir el Estadio de Francia en un duelo planetario.

Apretujados en el coche que nos llevaba a toda velocidad por la autopista, no decíamos nada. Había dos *hermanos* que yo no conocía, uno delante con Alí, el conductor, y otro en el asiento trasero junto a mí y a Driss.

El *hermano* que iba delante había puesto un CD en el aparato del vehículo y,

desde entonces, no hacíamos sino escuchar al jeque Saad el-Ghamidi declamando las suras con una voz profunda como un embrujo. Jamás he oído a nadie recitar el Corán mejor que ese sabio del islam. No tenía cuerdas vocales, sino un arco iris cantando en la garganta. Creo que llorábamos de emoción, salvo quizás Alí, que parecía nervioso al volante.

Yo intentaba distraerme contemplando la campiña: la voz de Lyès me llamaba de continuo al orden: «¿Quieres acabar como Moka?».

Moka era un poco el idiota de Molenbeek. Con sesenta años, seguía siendo el mismo

chaval de esas barriadas en que anochece demasiado pronto. Con la chupa de cuero cubierta de chapitas y los vaqueros rotos a la altura de las rodillas, estaba convencido de que eso de la edad no iba con él. Su pasión eran los chiquillos con quienes se reunía todos los días en el parque de las Musas para contarles sus travesuras juveniles, cada vez más aderezadas, sin sospechar que su joven auditorio solo las escuchaba para tomarle el pelo.

Nadie quería acabar como Moka, o sea, como un borracho achacoso y atontolinado de

ojos vidriosos.

«Mira a tus espaldas y dime lo que ves.» Estábamos en un kebab mordisqueando nuestros bocadillos. Eché una mirada hacia atrás. «Imbécil — me soltó Lyès con la boca aceitosa—. Te señalo la luna y miras mi dedo. Me refiero a tu pasado. ¿Qué has hecho en tu perra vida? Nada y menos. Detrás de ti no hay más que viento. Con cinco años ya estabas todo el día callejeando. Diez años después, sigues en las mismas. Nunca has dado un paso más allá de la casilla de salida... ¿Sabes lo que les ocurre a los tipos que esperan lo que no se atreven a ir a buscar? Pues que no viven, que se pudren de pie.»

Por entonces, el adolescente Lyès no tenía ni dios ni profeta. La religión le era tan ajena como esas fórmulas matemáticas que te cortocircuitan las neuronas antes de haber acabado de copiarlas en el cuaderno. No era más que un amargado de diecisiete años que no sabía hacer nada con sus manos que no fuera dar un puñetazo en la cara a un chico que

no fuera del barrio o hacer un corte de mangas a un guardia jurado demasiado preguntón.

A los colgados locales nos reprochaba que solo sintiéramos una plácida indiferencia por nuestro porvenir. Ignoraba lo que esperaba de nosotros, pero lo sacaba de quicio vernos arremolinados todo el día alrededor de ese pobre diablo de Moka.

Lo que está claro es que Driss y yo dejamos de frecuentar a ese viejo búho con chupa de cuero para que Lyès dejara de echarnos la bronca. Una manera de demostrar a uno y a otro que habíamos crecido. Moka siguió siendo el chaval de siempre, y otros chiquillos ociosos nos sustituyeron. Pero pese a nuestra buena voluntad, Lyès seguía cabreado.

Siempre tenía, con esa arrogancia propia de su mayor edad, algo que echarnos en cara. No estaba del todo bien de la cabeza. Su padre estuvo muchas veces a punto de ingresarlo en un manicomio.

Pues bien, todo eso había acabado. Con su *kamis* y su barba teñida de alheña, Lyès había encontrado su camino y alcanzado el rango de emir, valeroso jefe de guerra. Había aprendido a contar sensateces con talento, a exigir de los demás solo lo que era capaz de emprender él mismo, y cuando le daba por alzar la voz, yo me bebía sin contención las palabras que salían de su boca. Me hizo descubrir las indecibles bellezas interiores hasta convertirme en un ser ilustrado. Envolví mi *perra vida* en un trapo y la tiré por la alcantarilla. Lo que dejaba atrás dejó de contar. Lo mejor de mí mismo se hallaba al final de esa larga carretera recta, tan eufórica como una alfombra voladora.

ALÍ CONDUCCIÓN CON LOS OJOS CERRADOS. Sin mapa ni GPS. Había sido taxista en una vida anterior.

Harto precavido, no se arriesgaba a dar un paso sin antes haberse asegurado de que no había una mina bajo el pavimento. Para despistar, había puesto por internet un anuncio para compartir trayecto en coche, y esperado a que cuatro candidatos para el viaje lo llamaran para apagar su teléfono. En caso de follón, los mensajes en su móvil demostrarían a los investigadores potenciales que nuestro conductor recurría a menudo al transporte colectivo para pagar la gasolina y que no tenía por qué registrar a sus pasajeros.

Alí ni siquiera era un amigo. Había hecho tres «encargos» con él. Como no era hablador, ignoraba dónde vivía y su verdadero nombre. Solo sabía, gracias a las indiscreciones de Ramdane, que desde que perdió su licencia de taxista trabajaba en negro y a veces realizaba, para el *esfuerzo de guerra*, viajes de ida y vuelta entre Bruselas y Alicante con unos cuantos kilos de cánnabis en la rueda de repuesto. Lyès le pedía de cuando en cuando que llevara consigo a uno o dos *hermanos* camino de la yihad o recogiera a uno o dos recién regresados de Siria en tal o cual poblacho de Francia o de Holanda...

Alí no se sacrificaba en exceso por la causa. Negociaba sus servicios. Si por mí fuera, escupiría siete veces sobre el revés de mi mano izquierda para no tener que caminar por la misma acera que él, pero el desgraciado tenía una ventaja de peso: era secreto, metódico, eficaz... y no estaba fichado.

YO NUNCA HABÍA ESTADO en París, y eso que mi tía materna vivía allí. Mi familia no se trataba mucho con la suya. En alguna que otra ocasión nos habíamos visto en el pueblo, en

Marruecos, durante los veranos, eso era todo. Mi madre pensaba que su hermana nos consideraba unos catetos; en realidad le tenía envidia. Mi tía se las había arreglado muy bien; vivía en una buena calle que daba al Sena, y pese a su prematura viudez, había conseguido que sus hijas fueran médica y arquitecta, y su hijo empleado de banca, mientras que mi hermana gemela Zahra había sido repudiada sin miramientos a los pocos meses de casada, mi hermana mayor Yezza se deslomaba en un taller clandestino a setenta kilómetros de casa y yo, el hombre de la casa, el varón, cuya obligación era ser el orgullo de su padre, ni siquiera había sido capaz de aguantar dos años seguidos en el instituto.

Ese viernes 13 de noviembre de 2015 era la primera vez que me aventuraba por tierras de Francia. Salvo las excursiones escolares, gracias a las cuales conocí Rotterdam y Sevilla, ocho o nueve años atrás, solo salía de mi barrio para viajar a un aduar de la sierra marroquí de Kibdana, en la región del Nador natal de mis padres; y eso solo cada dos veranos, cuando mi padre había conseguido ahorrar algo. De Bélgica conocía Lieja, donde había hecho dos años atrás un cursillo profesional de nueve meses, Charleroi, Amberes, Mons, donde mi hermana mayor se dejaba los dedos y los ojos con las máquinas de coser, y algunas granjas aisladas de la frontera este del país para

cumplir con la asociación.

Por tanto, estaba saliendo de Bélgica con un sentimiento difuso, a sabiendas de que mi viaje no era una excursión escolar ni unas vacaciones. Lo único que notaba era un cierto vértigo a medio camino entre la ebriedad y la insolación.

Recuerdo a un viejo amigo de mi padre que a veces venía a cenar a casa. Era viudo y no tenía hijos. Cuando estaba achispado, nos aseguraba que el alma es inmortal y que ocupa indebidamente nuestra carne como un cuerpo extraño, motivo por el cual nuestro organismo desarrolla una adicción por todo lo que lo destruye con tal de conjurarlo.

El amigo de mi padre no andaba muy descaminado.

Mientras me dirigía hacia mi destino, tenía el sentimiento de que mi alma y mi cuerpo estaban enfrentados.

ALÍ SE DETUVO EN UN ÁREA de descanso para quitarse la chaqueta acolchada. Tenía demasiado calor, nos dijo.

Los dos desconocidos nos ignoraban.

Driss no perdía la sonrisa. Cuando lo hacía sin motivo aparente, era porque estaba pensando en otra cosa.

Nos conocíamos desde la más tierna infancia. Vivíamos en el mismo edificio de la calle Melpomène en Molenbeek, íbamos al mismo colegio, nos sentábamos juntos al final del aula, encantados de hacer el idiota durante las clases y orgullosos de que nos mandaran juntos al despacho de la señora Perrix cuando el profesor se hartaba de nuestras diabluras.

Driss no era de los que se metían con los empollones o acosaban a las chicas. Para él los estudios eran una pérdida de tiempo; quería crecer cuanto antes para ayudar a su madre, cajera en un supermercado, a llegar a fin de mes... Un día, durante el recreo, me acorraló Bruno Lesten, un terror de doce años que campaba a sus anchas por las aulas del último curso de primaria, quedándose con todo lo que llevábamos en los bolsillos y repartiendo

puñetazos entre quienes no le caían bien. No recuerdo cómo consiguió atraparme precisamente a mí, que hacía lo indecible por evitarlo, tal era el miedo que me daba.

Cuando me agarró por el cuello y me aplastó contra la pared, casi me desmayé. Driss, que hasta entonces nunca se había peleado con un alumno, intentó primero convencer al forzado de que me soltara. Aquello degeneró de inmediato en violencia y se formó una de las peleas más espectaculares jamás producidas en el colegio. A partir de aquel día mi amigo Driss se convirtió en mi héroe. Ya no podía concebir la existencia sin él. Cuando mi familia se mudó a la calle Herkoliers de Koekelberg, para alejar a mis hermanas de los barbudos de Molenbeek que trataban de putas a las chicas que no llevaban velo y las amenazaban con desfigurarlas con ácido, regresaba todas las tardes y todos los fines de semana a mi antiguo barrio para reunirme con Driss, de modo que, cuando mi héroe abandonó el instituto, hice lo propio con toda la naturalidad del mundo.

Me habría encantado morir a su lado.

—NO TE CORTES —MASCULLÓ EL *HERMANO* que iba en el asiento delantero fusilando con la mirada a Alí—. Si quieres hacer *footing* o echar una cabezada, no hay problema. No tenemos prisa.

—Llegaremos a nuestra hora —intentó tranquilizarlo Alí.

—¿Y tú quién eres para saber qué va a ocurrir luego? Arranca ya de una vez. Y no te vuelvas a parar hasta que lleguemos.

Alí no insistió. Colocó su chaquetón acolchado en el maletero y se apresuró en retomar la autopista. Por mucho que agarrara con fuerza el volante para disimular el temblor de sus manos, la crispación de sus dientes delataba la ira que lo reconcomía.

Adelantamos a una fila de camiones con remolque y nos encontramos de nuevo con una campiña despejada por delante. Unas cuantas vacas pastaban en medio de un campo muy verde. Más allá, un pueblo sobresalía en la niebla como un buque con el campanario de su iglesia por triste mástil.

Intentaba no pensar en nada. ¿Cómo hacer el vacío en mi cabeza entre tanto destello de películas antiguas jamás restauradas: mi gemela corriendo descalza por las huertas de Kebdana; Yezza despotricando contra el mundo entero; mi padre con su patético delantal de verdulero; mi madre, sombra chinesca sobre una pantalla gris... ¿Me llegarían a echar de menos? Seguro que mi gemela sí. Puede que mi madre también. Yezza no. Tampoco mi padre. Apenas nos conocíamos... Mi familia eran mis amigos; mi casa, la calle; mi club privado, la mezquita. Mi madre soltaría unas lágrimas durante los primeros días, mi padre contaría a los vecinos que se prestaran a escucharlo que yo no era hijo suyo... Luego la vida retomaría su curso allá donde se hubiera detenido y solo quedaría de mí alguna que otra foto ajada en un cajón.

¿Para qué servían ellos? ¿Qué habían hecho de su vida? Un poco a la manera de Moka, sobrevivían como parásitos resistentes, haciendo del mundo algo cada vez menos atractivo.

No recordaba haber visto a mi madre *aventurándose un paso más allá de la casilla de*

salida. Sumida en la rutina, no esperaba gran cosa de la vida. Era tal como la había conocido a los tres años, la misma mezcla de infortunio y de sumisión, programada como una máquina, con las manos desgastadas por la colada, dando voces a su progenitura y achantándose como una boñiga de vaca ante su esposo. Mi madre estaba detenida en el tiempo, sin edad ni referencias; una bereber emigrada a Occidente para añorar su Rif, el típico remordimiento autojustificativo de quien se percata de que el castigo es doble cuando se es culpable de ser víctima.

En cuanto a mi progenitor, desde que tuve uso de razón, me ofrecía el mismo espectáculo del hombre acabado incapaz de decidirse a ahorcarse de una vez por todas. A menudo me he preguntado por qué se fue de Marruecos para exiliarse en una tienda de comestibles belga habiendo podido vender su fruta y su verdura en Nador sin trastocar un ápice sus costumbres de jugador de poca monta. Todas las noches regresaba a casa borracho, de un humor de perros, sin un beso para su esposa ni una palabra cariñosa para sus hijos.

«Se marchitarán como la mala hierba, patéticos e inútiles», decretaba un predicador venido de Londres para dar sentido a nuestra existencia.

—VOY A PONER LA RADIO PARA VER cómo va la cosa en el Estadio de Francia —sugirió Alí, probablemente cansado de tanta Santa Lectura por parte del jeque.

—Todavía no es la hora del partido —le señaló Driss.

—Ya, pero siempre van ocurriendo cosas. Ayer hubo que evacuar al equipo alemán de

su hotel tras una amenaza de bomba. Los servicios informativos siempre andan buscando algo.

—¿Y qué? —soltó el *hermano* del asiento delantero.

—Mi obligación es dejaros sanos y salvos en vuestro destino —le recordó Alí alzando levemente la voz, irritado por la despectiva agresividad de su vecino de asiento.

—No es que debas llevarnos sino que te pagamos por hacerlo. En cuanto a nuestro destino, no es asunto tuyo. Para algo hay alguien allá arriba que vela por nosotros. ¿Está claro?

Alí no contestó.

—¿Te ha quedado claro? —insistió el *hermano* con acritud—. No toques el CD, no toques nada y guárdate tus consejos para ti.

—No hay por qué chillar —protestó Alí—. No estoy sordo.

—Sordo o ciego, me da igual. Conduces y te callas.

Alí se encogió de hombros y cerró el pico.

Driss miró fijamente la nuca que tenía delante y luego meneó la cabeza sin decir nada.

El otro pasajero, que hasta ahora no había reaccionado, seguía ignorándonos. ¿Quién era? ¿De dónde salía? Permanecía impasible. Un montón de carne y de huesos envuelto en explosivos, eso es lo que era. De esa clase de energúmenos

a los que se puede depositar en

un rincón y recogerlos un año después con la seguridad de encontrarlos allí.

Mi mirada saltaba de uno a otro. Su opacidad me tenía alucinado. Íbamos a sacrificarnos todos juntos y no nos dedicaban la menor atención ni a Driss ni a mí...

Como si fuéramos simples comparsas. ¿Qué los autorizaba a mirarnos por encima del hombro? ¿Su determinación? Yo también estaba determinado. Más que nunca, a pesar de las desagradables preguntas que me asaltaban por momentos. «La duda es esencial —

aseguraba el imán Sadek—. Es el combate titánico entre el ángel y el demonio que llevamos dentro, la prueba de fuerza por excelencia, la que nos pone entre la espada y la pared. Salvo que a nosotros nos corresponde elegir entre el ángel y el demonio. La fe es el cumplimiento de nuestras más íntimas convicciones. Mediante ella nos hallamos ante nuestra auténtica vocación: pertenecer a Dios o bien darle la espalda para afrontar la condena.»

Para mí la lucha había sido terrible. El demonio se me pegaba como si fuera una ventosa. Sopesaba los pros y los contras a todas horas del día y de la noche, allá donde estuviera. Llevaba conmigo mi combate a todas partes, los clamores retumbaban en mi cabeza, con el pulgar a veces hacia arriba, a veces hacia abajo. El demonio no me soltaba.

Feroz, tumultuoso. Mil veces estuve a punto de regresar a mi casa para reencontrarme con mi kebab, con mi bar, con las chicas a las que me encantaba chingar a la salida del instituto, con los amigos que preferían las canciones del verano a las prédicas incendiarias, con mis DVD. Pero el Señor fue más fuerte que mil ejércitos de demonios. Me bastaba un mínimo de ánimo para expulsar al Maligno que se había colado dentro de mí. *Nunca serás un auténtico belga*, me avisó Lyès. «No tendrás coche con chófer, y si por algún casual llegaras a llevar traje y corbata, las miradas ajenas te recordarían de dónde procedes.

Hagas lo que hagas, por mucho que triunfes, ya sea en un laboratorio o en un estadio, bastará con que des un cabezazo a un marica para que te apeen de tu

olimpico y vuelvas a ser el moro de toda la vida. Siempre ha sido así y lo seguirá siendo.»

En ningún caso pensaba acabar como Moka. Pensaba que ya había chapoteado bastante

en mi charco como para no darme cuenta de que mi condición de ciudadano me había sido confiscada para ser catalogado únicamente como un problema social, y de que mi destino dependía de *mí*, no de esos marionetistas que pretendían hacerme creer que mi alma era un simple hálito, que estaba hecho de guita y cartón, y que algún día acabaría en un armario junto con las escobas y las bayetas.

Llegado a este extremo, sabía cuál era mi camino: había elegido bajo juramento servir a Dios y vengarme de quienes me habían cosificado.

Este viernes 13 de noviembre de 2015 iba a cumplir ambas cosas a la vez.

2

ALÍ DEJÓ A LOS DOS *HERMANOS* en las cercanías del Estadio de Francia, en medio de las cohortes de seguidores que acudían en tropel con la cara pintarrajeada, sus bufandas estandarte alrededor del cuello, en algunos casos con críos sobre los hombros. Acá y allá, grupos de exaltados berreaban sus cánticos sacando pecho y exhibiendo cascos con cuernos sobre sus cabezas. Otros se pavoneaban agitando banderines y banderas tricolores, ebrios de fervor y de cerveza. Había muchas mujeres entre el gentío, igual de ridículas que los hombres, con trajes azules ceñidos que resaltaban vergonzosamente sus redondeces y sus mejillas pintadas con lápiz de labios. Largas filas de autocares descargaban a su muchedumbre en las explanadas bajo la mirada vigilante de un impresionante dispositivo de seguridad.

Furgones policiales circulaban por doquier, lo que no impidió que nuestros dos pasajeros se fundieran tranquilamente en la marea humana.

Los dos *hermanos* ni siquiera se despidieron de nosotros.

Tampoco dieron la impresión de oír a Driss cuando les dijo: «Hasta pronto».

Apenas se hubieron alejado, Alí sacó el CD del lector y puso la radio.

—Vuelve a poner el Corán —le ordenó Driss.

—Seguro que dan alguna información que nos pueda ser útil —insistió Alí.

—Vuelve a poner el Corán, por favor. Y déjanos en el punto 3.

—Querrás decir en el punto 2...

—En el punto 3. Khalil no conoce el lugar. Tengo que enseñarle la estación. Luego volveré al punto 2.

—Eso no es lo indicado en la hoja de ruta —le señaló el chófer.

—Tú a lo tuyo... Aquí el que organiza soy yo.

Alí puso la marcha atrás y maniobró en medio de la calzada para dar media vuelta, mirándonos con despecho por el retrovisor. Driss alzó su pulgar para luego ignorarlo.

Sorteamos como pudimos los atascos desde la entrada de Saint-Denis hasta el punto 3.

Alí nos dejó en una calle desierta. Estaba loco por quitarse de en medio. A todas luces, tenía la intención de regresar directamente y cuanto antes a Bruselas. Una vez en su casa, se pondría a limpiar a fondo su coche para borrar toda huella de nuestro ADN.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo Driss como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Te has fijado en cómo se ha largado?

—La guerra es un mercado como cualquier otro, Khalil. Están los que van al tajo, luego los que dirigen de lejos y los subcontratistas. Alí es un subcontratista. No hace la guerra, hace negocios.

Eso ya lo sabía yo. Poco me importaba lo que tramaran los demás. El Señor

juzgaría.

Yo no hacía trampas. La codicia, las apariencias y el relumbrón eran cosas a las que había renunciado. Era un soldado del Misericordioso... Ahora pertenecía a una orden de caballería sin parangón.

Las palabras de Driss desvirtuaban la solemnidad del momento. No había nada que deplorar. Ninguna referencia al margen de nuestra misión era digna de interés. ¿Qué entendía por ir al tajo? Morir por la causa suprema es un privilegio que no está al alcance de cualquiera.

—¿Por qué te ha dado por cambiar nuestros planes a última hora? —le pregunté.

—Todavía no se ha iniciado la operación.

—No tienes por qué acompañarme hasta mi puesto. No necesito que me lleven de la mano.

—Solo quería pasar un último momento contigo. ¿Te molesta?

—No, pero ¿qué va a pensar Alí, que no soy capaz de arreglármelas solo?

—Que piense lo que quiera. Él no cuenta para nada.

Anduvimos en silencio hasta una plazoleta. La gente caminaba a nuestro alrededor, algunos con sus bolsas de la compra, otros con sus preocupaciones a cuestas. Las vitrinas, los rótulos iluminados de los comercios, los televisores encendidos, los coches deslizándose sobre la calzada: todo lo que me rodeaba pertenecía a una dimensión que ya no era la mía.

Nos sentamos en un banco. Driss esbozó una vaga sonrisa. Frente a nosotros, una chica llamaba a un taxi, un tendero intentaba convencer a un cliente ante su puerta, una pareja regresaba apresuradamente a su hogar. «¿Es cierto que vas a ingresar en una residencia?

—preguntó una anciana a un chico—. Chantal me lo ha contado...» Era un atardecer como otro cualquiera, salvo que dentro de pocas horas marcaría la historia y dejaría de parecerse a los atardeceres de antaño y a los que estaban

por venir.

—¿Por qué me miras así? —me soltó Driss.

Su pregunta me sorprendió porque estaba sumido en mis pensamientos.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Pareces triste.

—¿Qué debo parecer?

Me dio una palmada en la muñeca.

—No sabes hasta qué punto me siento orgulloso de ti.

No dije nada.

Me agarró una mano.

—¿Todo va bien?

—¿Por qué no va a ir bien? —contesté.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

Se alisó la punta de la nariz y dijo con voz trémula:

—Por momentos me arrepiento de haberte embarcado en esto.

—No hay motivo para ello.

—A veces me pregunto si te uniste a Lyès para no contrariarme.

—Tampoco es mentira.

—¿De veras?

—Pues claro. No me habría gustado nada que me dieras de lado.

—¿Te arrepientes?

—En absoluto. Al principio te seguí a ti, pero acabé reconociendo que hice bien en hacerlo. Antes me movía a ciegas, necesitaba tener un camino, y los *hermanos* me lo han señalado.

—Me tranquiliza que me lo digas.

—Harías mal en dudar de ello. Por primera vez en mi vida me siento importante.

Hizo una mueca, suspirando:

—Para nosotros no hay nada bueno en este mundo.

—Estoy de acuerdo.

De repente, cambió de tono:

—¿Te acuerdas de Chemla?...

—No me acuerdo de nada ni de nadie —lo interrumpí—. He hecho tabla rasa de todo

lo ajeno al momento presente y he echado una capa de cemento encima. Esta noche somos los privilegiados del Señor. No tienes idea de lo orgulloso que estoy de ello.

Asintió con la cabeza. Ahora sus dedos recorrían sus muslos. Menos relajado que antes, Driss debía de estar haciéndose un montón de malas preguntas.

—¿Quiénes eran esos dos tipos?

—Creo que vienen de Oriente Próximo.

—No nos han hecho el menor caso.

—Puede que sea cosa de su cultura. De todos modos, nuestro destino y el suyo están

sellados en la gracia.

—No me gustaría toparme con ellos en el paraíso.

Se rio. Con su risa de niño. Como en aquellos tiempos, cuando le hacía gracia algún chiste. Siempre había sido un seductor, pero esta tarde estaba guapo... Su mirada emanaba una dulzura seráfica.

—Bueno, olvídate de ellos —me dijo—. Simpáticos o capullos, hoy son nuestros *hermanos* más cercanos.

Miró su reloj.

—El partido no va a tardar en empezar. La estación está justo al final de la plaza que ves allá. No tiene pérdida. ¿Has comprobado si llevas contigo tu billete del tren?

—No hay peligro de que lo pierda. Es mi billete de ida para el *firdaus*.

Se levantó, esperó a que yo hiciera lo mismo, me pasó el brazo por encima del hombro y me llevó hacia delante.

—No cojas cualquier tren. Elige el más lleno de gente.

—Por favor... que ya no me chupo el dedo.

Se excusó y apresuró el paso.

Llegamos a un bulevar, junto a un quiosco cerrado. Apenas había gente por los alrededores, solo un par de ancianas paliduchas que parecían haber perdido algo y un vagabundo alucinado pudriéndose entre sus andrajos y cartones al pie de un panel publicitario medio destrozado.

—Aquí te dejo, Khalil. Tengo que ir a mi puesto.

—Claro, todo tiene que suceder como está previsto.

Me abrazó.

—Estoy muy, muy orgulloso de ti, Khalil.

Le di un fuerte apretón y aspiré su olor. Permanecimos así unos cuantos segundos.

Cuando se apartó, Driss tenía los ojos enrojecidos. Su sonrisa expresaba una tristeza infinita.

—Bueno, ¿nos decimos *hasta luego*?

—Hasta luego, Driss.

—Cuídate —bromeó con la voz encogida.

—Eso es.

Se envalentonó y me dijo al oído:

—Apuesto a que voy a provocar más víctimas que tú.

—Las apuestas son *haram* en islam, Driss.

—Vamos, hombre, el martirio absuelve todos los *haram*.

Me dio un último abrazo y se apresuró a desaparecer.

A DRISS Y A MÍ NOS HABÍAN ESTADO PREPARANDO para la misión durante las cinco últimas semanas. Cada noche, tras la oración, el jeque, nuestro coordinador, se reunía con nosotros en casa de Lyès para asegurarse de que estábamos completamente convencidos. Antes de dejarnos, nos agarraba por los hombros, sondeaba el fondo de nuestros pensamientos y nos recordaba que Dios solo exige a sus fieles lo que están en condiciones de emprender. «La vuestra es una misión capital. Si no os consideráis preparados, no debéis sentir vergüenza por retractaros. Nadie os lo tendrá en cuenta. El martirio es una convicción, no una obligación. Otros *hermanos* estarán encantados de relevaros.» Driss lo tranquilizaba con voz límpida: «No permitiremos que nadie haga lo que Dios espera de nosotros, jeque». El imán

asentía sin dejar de mirarme. Driss respondía de mí: «Khalil es tímido, pero cuando se compromete ni una apisonadora podría detenerlo. Hemos crecido juntos y moriremos juntos». «Y juntos estaréis en la *baraka* del Señor», concluyó el imán abrazándonos.

Al día siguiente, el jeque estaba de nuevo allí para someternos a la misma prueba.

Estaba obsesionado con eso. Quería comprobar que éramos «bombas solventes», que Lyès, que decía conocer a fondo a sus muchachos, no estaba equivocado en cuanto al arsenal de guerra en un momento en que la situación requería auténticas armas de destrucción masiva.

Regresó la noche siguiente, y todas las siguientes, para no dejar ningún cabo suelto.

Allí estaba otra vez esa tarde, vestido con su ropa de imán reverenciado, con Lyès a su derecha y el otro imán, el venerable Sadek, a su izquierda. «Dentro de pocas horas —

decretó— el mundo entero estará pegado a su televisor. Los jefes de Estado se turnarán en las tribunas para indignarse, pero es a vosotros a quienes se oirá a lo largo y ancho del mundo. Nuestro mensaje no tendrá la menor ambigüedad. Una vez más, vamos a demostrar a esos infieles que somos capaces de golpear a quien sea y donde sea.»

A LA HORA Y EN EL LUGAR ACORDADOS, un coche pasó a recogernos a Driss y a mí. A bordo había dos pasajeros. Su presencia nos intrigó: Lyès no nos había dicho nada al respecto.

Solo había dado a entender que habría explosiones en el Estadio de Francia, que Driss tenía por misión cargarse a los seguidores a la salida del estadio y que yo debía intervenir en la red de trenes tras el partido.

Las «explosiones» programadas dentro del estadio estarían pues a cargo de esos dos desconocidos.

No sabía que íbamos a viajar juntos.

Driss se metió el primero en el coche y me dejó un hueco a su lado en el asiento trasero.

—No es necesario que nos presentemos ahora —dijo Alí, el conductor—. Ya lo haréis

luego, en los jardines eternos.

A primera vista, los dos desconocidos no me gustaron. Ni siquiera se dignaron a echarnos una mirada. Su arrogancia y frialdad me repelieron. Driss me pidió con un

parpadeo que contemporizara. Los dos *hermanos* debían de estar demasiado concentrados en su misión para molestarse en ser amables.

—¿Tiene usted un pitillo?

El vagabundo del bulevar me sacó de mis pensamientos. Estaba inclinado hacia mí, tambaleante y mugriento, señalando sus labios con dos dedos ennegrecidos para expresar su mono de nicotina.

—Estoy tieso y llevo un día sin comer. ¿Tiene alguna monedita o un vale de comida?

—Lárgate —refunfuño.

—¡Oye, tú, que tampoco te estoy pidiendo nada del otro mundo!

—Piérdete ya y vuelve a tus cartones.

Lo que debió de leer en mi mirada lo disuadió de insistir.

Regresó a su sitio y se limitó a mirarme de frente retorciendo los labios.

ESTUVE UNA HORA DANDO VUELTAS por los alrededores, tratando de no alejarme de la estación. Iba apuntando mentalmente algunas referencias, y luego volvía sobre mis pasos para estar seguro de no perderme.

Los bares estaban abarrotados. El partido acababa de empezar. Los hinchas se

removían en sus asientos o permanecían de pie, mirando fijamente la pantalla y alzando su cerveza como si fuera un trofeo. Su alboroto se iba expandiendo como un viento de locura.

A LO LEJOS RESONÓ UNA DEFLAGRACIÓN. Apenas audible. Me acerqué con rapidez al bar más cercano para comprobar si la operación se había iniciado. La clientela seguía inmersa en su barullo bonachón. Tras la barra, el barman y los camareros comentaban el partido con la mirada fija en la pantalla instalada sobre sus cabezas. En el estadio, las gradas estaban abarrotadas de hinchas entusiastas. Los cánticos respondían a los silbidos, por lo que deduje que se había tratado de una bombona de gas o que simplemente eran imaginaciones mías.

Unos minutos después se oyó una segunda explosión... Pero imposible saber de dónde

provenía. Detenido ante la cristalera del bar, vigilaba la tele. Nada anormal perturbaba el alborozo del Estadio de Francia. El partido proseguía en un ambiente festivo, ocasionando clamores atronadores cada vez que un contraataque de los Azules amenazaba la portería contraria.

De repente unas sirenas empezaron a ulular por doquier, envolviendo Saint-Denis en una coral apocalíptica.

En el bar, nadie parecía haberse percatado de ello. Seguían viendo el partido y bebiendo en medio de un griterío tan estruendoso como las sirenas que ya estaban tomándole el pulso a la noche. Yo estaba desconcertado. No sabía qué pensar. Las tribunas del Estadio de Francia estaban enfervorecidas, los banderines se agitaban con pasión, cánticos y trompeteos competían entre sí. A esta hora, los dos kamikazes debían de haber pulsado su cinturón explosivo, pero no se percibía el menor pánico en las gradas. Esperaba

ver dos columnas de llamas pulverizando a racimos de espectadores y provocando una estampida indescriptible hacia las salidas... Pero nada. Las cámaras barrían tranquilamente el césped, enfocaban una jugada, luego un regate, se detenían en un jugador caído al suelo, y el público seguía desgañitándose en medio de un fervor creciente.

NO HABÍA FORMA DE PONERME EN CONTACTO con Driss para enterarme de lo que estaba ocurriendo. Seguía por la tele pendiente del partido, que no acabó hasta el silbato final del árbitro. Luego los seguidores invadieron el campo. Pero algo había ocurrido. Un silencio angustioso sucedió a los clamores. En los rostros pintarrajeados se leía ahora un aturdimiento que contrastaba brutalmente con el atronador griterío anterior. Vi niños asustados, chicas estupefactas, hombres aturridos. En el bar, los clientes se miraban entre sí con cara de asombro. Oí a dos hombres hablar de atentados.

Me encaminé apresuradamente a la estación.

3

LOS TRENES DEL RER ESTABAN ATESTADOS de gente. La mayoría de los pasajeros regresaban del Estadio de Francia con el rostro estragado por el espanto y la mirada enloquecida. Curiosamente, estaban callados; solo parecían querer llegar cuanto antes a sus hogares. Oí llorar a un niño en medio del gentío. A mi alrededor, varias personas consultaban con nerviosismo sus móviles. Por encima de un hombro vi escenas de pánico en una pantalla. Una cadena televisiva transmitía las imágenes de un atentado en París.

Las tomas estaban desenfocadas y borrosas. Era difícil saber qué había ocurrido, pues el dueño del smartphone llevaba auriculares. A mi lado, una chica enviaba textos, febril, pálida, a punto de desvanecerse.

Se produjo un revuelo de gente al final del vagón, seguido de un tumulto y luego un altercado. Temí que alguien accionara el pulsador de alarma y que todo el mundo saliera disparado del tren tras la parada de urgencia. Dentro de mí, la voz tormentosa del exégeta gruñó: «¿Qué hizo nuestro Señor con el ejército de elefantes que se disponía a invadir La Meca? *Lanzó contra él las aves de Ababil*, que lo lapidaron con piedras recogidas en el infierno, y convirtió sus filas en pastos impuros. Hoy el ejército de elefantes son esas sedicentes superpotencias que se atreven a atacar el islam y que vamos a exterminar por voluntad de Dios. Porque ahora somos nosotros las aves de Ababil. Volamos más alto que sus drones, golpeamos más lejos que sus misiles, vigilamos más eficazmente que sus satélites...». En mis sienes resonaron miles de *takbir*. Era como si un volcán erupcionara dentro de mí. Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, pensé en Driss, en mi hermana

gemela y en mi madre, recité la *shahada* para mis adentros y pulsé el detonador de mi cinturón de explosivos...

Nada. Tardé unos segundos en comprobar que la carga que llevaba en la cintura no había funcionado. Volví a apretar el botón. Luego una tercera vez. Seguía vivo. En el tren, la gente se había calmado un poco. El responsable del revuelo había sido un carterista.

«No lo he hecho queriendo —protestaba—; no tengo la culpa de que vayamos como sardinas en lata.» Seguí accionando el pulsador, cada vez más mareado. Los calambres empezaron a agarrotarme las pantorrillas. La boca se me llenó de una secreción infecta.

Me sentí totalmente descontrolado. Por mucho que mi pulgar presionara el botón, el cinturón no estallaba.

Cuando me repuse un poco, me vi en medio de un andén rodeado de una muchedumbre

enfrecida que me arrastraba de un tren a otro. No alcanzaba a dar con la salida. Cambié varias veces de tren. Estaba completamente descolocado. No sé cómo conseguí alcanzar la calle. El aire fresco me despejó a la vez que helaba el sudor que corría por todo mi cuerpo, aunque no sabría decir si era el frío o el miedo lo que me tenía temblando como un flan.

La gente se iba dispersando a mi alrededor rápidamente. Solo se oían las sirenas

relevándose a nuestro alrededor en la oscuridad de la noche.

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO PERMANECÍ SENTADO en un banco con la cabeza entre las manos, intentando poner en orden mis ideas.

—Váyase de aquí, señor —me dijo un policía—. Váyase a su casa, por favor.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó una chica apeándose de su bicicleta—. ¿Por qué hay tantas ambulancias? Casi me atropella un furgón policial.

—Por favor, no permanezcan en la calle. Regresen a sus hogares —insistió el

policía.

—Ha habido atentados en la Plaza de la República —explicó un transeúnte con voz trémula.

Me levanté y me alejé de la plazoleta.

¿Hacia dónde ir? No sabía dónde me encontraba ni qué hacer.

A estas horas debería estar muerto —me repetía sin cesar.

Decidí llamar a Alí para que viniera a recogerme. Encontré una cabina telefónica, pero no llevaba ningún dinero. «Mi madre debe de estar preocupadísima con estos atentados —

conté a una transeúnte—. Tengo que llamar para tranquilizarla pero no tengo dinero suelto.» La señora abrió de inmediato su bolso y me tendió unas monedas: «Llámela ahora mismo. Yo también tengo hijas en la calle a estas horas. ¡Dios mío! Ojalá no les haya ocurrido nada». Esperé a que la mujer se hubiera alejado para marcar el número de Alí, que tardó una eternidad en contestar.

—Alí, ha habido un problema.

—Lo siento, se ha equivocado de número.

Sin embargo, era la voz de Alí.

Al segundo intento me respondió un contestador.

Regresé a la plazoleta para pensar con más calma. Estaba totalmente trastornado. Me puse a caminar con el pulgar pegado al disparador oculto en el bolsillo. Una columna de furgones, escoltada por otros vehículos policiales con sus girofaros encendidos, surgió a la vuelta de una esquina y se adentró por una ancha avenida, probablemente para tomar una carretera de circunvalación. Algunas cervecerías seguían abiertas, pero quedaba poca gente en sus terrazas. Volví a pasar por la plazoleta, dándome así cuenta de que estaba moviéndome en círculo. Al final de la avenida me topé con los mismos edificios ante los cuales había pasado un rato antes. En su fachada

estaba escrito «Palacio de Congresos».

Vi un plano de París en un panel iluminado. Intenté ubicarme y lo único que conseguí fue liarme todavía más.

Regresé a la cabina telefónica.

Alí no contestaba.

«Cabrón, cabrón, cabrón...»

Marqué el número de Rayan, un amigo de infancia.

—Tienes que venir a buscarme —le dije.

—Lo siento, no estoy en Bruselas.

—Te necesito, Rayan.

—Te estoy diciendo que no estoy en Bruselas.

—Es urgente.

—Llama un taxi. Yo estoy en Cambrai.

—¿Dónde está eso?

—En Francia. Sabes de sobra que si estuviera cerca, ya habría salido a buscarte. Pero ahora mismo no es posible. ¿Es grave?

—Estoy en París.

Se produjo un silencio.

—¿Qué estás haciendo en París? En la tele están hablando de masacres en varios barrios.

—El caos es total. No sé dónde ir. No tengo dinero y estoy tirado en la calle.

—¿Estás herido?

—No, estoy perdido. Tienes que venir a buscarme.

—¿Es que no hay trenes para volver?

—Te estoy diciendo que no tengo nada de dinero. ¿Vendrás a buscarme o no?

Rayan carraspeó.

—¿Dónde estás exactamente?

—No lo sé.

—¿Cómo quieres que vaya a recogerte si no sabes dónde estás? París no es un poblacho con dos calles y una plazoleta. Dame al menos una referencia.

—Es que no tengo ni idea de dónde me encuentro.

—Dame al menos el nombre de la calle más cercana.

—Hay un gran complejo de edificios a la salida del metro. El Palacio de Congresos.

Abajo, un hotel con un cartel luminoso en lo alto que verás perfectamente. Se llama Hyatt Regency. El metro es Porte-Maillot.

—Más despacio, déjame apuntar. Busco por internet y te llamo.

—No, no, no, sobre todo no cuelgues. Te llamo desde una cabina y no me quedan monedas.

—Nos vemos delante del hotel.

—¿Cuándo llegarás?

—Dame tiempo. No estoy cerca, Khalil.

—Aquí todo el mundo está de los nervios. No quiero tener problemas con los

vigilantes del hotel.

—Ve a un lugar seguro y no te alejes demasiado. Te llamaré cuando esté llegando.

—No tengo teléfono.

—¿Y cómo pretendes que te localice cuando haya llegado?

—Hay una plazoleta en la avenida ancha... No, la plazoleta no. Te estaré esperando delante de la marquesina de la parada de autobuses que hay enfrente del hotel Hyatt Regency. Te haré una señal cuando reconozca tu coche. Enciende la luz interior cuando estés delante del hotel.

—Eso, y pongo música a toda pastilla —masculló—. ¡Joder, qué habrás ido a hacer a

París!

—Visitar a mi tía. Yo...

Ya había colgado.

RAYAN ME LOCALIZÓ HACIA LAS TRES de la mañana, medio helado bajo la marquesina.

Llevaba traje y corbata, algo estaría celebrando en Cambrai. Me senté a su lado, consultó su GPS y rodeó el Palacio de Congresos en busca de una salida hacia las afueras.

—Pensaba que nunca llegarías.

—La circunvalación está cerrada. ¿Desde cuándo estás en París?

—Llegué esta tarde. Iba a instalarme en casa de mi tía y a buscar trabajo. Mi padre me ha echado de casa. Pensé alojarme en casa de mi tía, pero se ha mudado y no tengo su nueva dirección.

Rayan había crecido conmigo. Conocía con todo detalle mis problemas

familiares y sabía que no me llevaba bien con mi padre.

—Pues has elegido el día perfecto...

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues... unos atentados.

—Hablo de tu situación. ¿Cómo te has quedado sin dinero?

—Me robaron la cartera en el metro. Allí llevaba mis papeles y el dinero.

—Desde luego... se te juntan las desgracias. ¿Cómo vas a explicar lo de tus documentos si nos detiene la policía en un control?

—¿Te han detenido al venir?

—No, pero la ciudad está en estado de sitio.

TRAS CIRCULAR DURANTE UN PAR DE HORAS, Rayan salió bruscamente de la autopista.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo que recoger mis cosas en Cambrai.

—Recógelas mañana. Quiero estar en Bélgica cuanto antes.

—Cálmate, Khalil. Todos los caminos llevan a Bruselas.

—Yo me quedo en Mons.

—Nos pilla de camino. Cambrai, Valenciennes y luego Mons.

Estaba amaneciendo. Aparte de algunos camiones de reparto, apenas había tráfico. De cuando en cuando nos cruzábamos con un coche, y luego la niebla se tragaba el paisaje.

Rayan conducía con calma. No sospechaba nada. Creo que se tragó mi versión de lo ocurrido.

Me dejó en la entrada de Mons.

No quería que supiera dónde ni a casa de quién iba.

YEZZA, MI HERMANA MAYOR, estaba desayunando cuando llamé a su puerta. Me abrió y, sin dirigirme la palabra, volvió a la cocina para acabar su desayuno. Estaba acostumbrada a verme aparecer sin previo aviso, sobre todo cuando necesitaba dinero o había tenido una bronca con mi padre. Me acogía sin abrir la boca y, con aire malhumorado, hacía como si no existiera. Yezza odiaba que fueran a verla a su casa.

Mientras recogía la mesa con la mirada vacía, me di cuenta de que estaba muerto de hambre. Me freí los tres últimos huevos que quedaban en la nevera.

—¿De dónde sales? —me preguntó, irritada por mi voracidad.

—De casa de un amigo que se acaba de casar por aquí cerca.

—¿Es que no os han dado de comer?

—Había demasiados invitados.

Mi hermana se limpió las manos con un trapo. No había más que hablar. Se cambió, se puso su velo integral y se dispuso a salir.

—¿Adónde vas?

—Tengo trabajo en el taller.

—¿Un sábado?

—¿Y qué?

—¿Es que nunca descansas?

—Descansaré cuando me dejen en paz. Ya ni siquiera puede una estar

tranquila en su propia casa. Siempre tiene que haber un imprevisto.

Ese «imprevisto» era yo.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Mons?

—No demasiado.

—Hay una copia de las llaves en el cajón de la cómoda, al final del pasillo. Cuando te vayas, déjalas en el buzón.

—Vale.

Respiró con fuerza y salió dando un portazo.

MI HERMANA SE ESTABA REPONIENDO de una depresión. Aunque parecía haber superado lo peor, todavía se notaban sus secuelas. Soltera a los cuarenta, sin duda todavía virgen, estaba asqueada de la vida. Antes, nuestra familia se desplazaba a Marruecos solo para encontrarle marido. Pero en nuestra comunidad solo los hombres tienen derecho a elegir y a exigir. Por lo general, una chica que vive en Bruselas o en otro país próspero es algo tentador, por la posibilidad añadida de reagrupamiento familiar. Pero en el terruño, cuando se es gorda, poco agraciada y bizca de un ojo, las posibilidades de matrimonio se reducen drásticamente. Mi hermana no cumplía con los requisitos mínimos de selección. Ni siquiera la querían para sí nuestros primos campesinos, unos muertos de hambre que apestaban a estiércol. Seguro que fue esa la razón por la que empezó a tener problemas mentales. Mi madre estaba convencida de que habían echado una maldición a su hija. Una vez llevó a Yezza, cuando esta tenía veintisiete años, a que la viera un famoso santón que vivía en el desierto, cerca de Figuig. No sé qué pútrido elixir le dio ese charlatán, pero el hecho es que pocos días después de regresar de Nador, empezó a tener pesadillas. Se despertaba en plena noche aullando y revolcándose en el suelo con los ojos en blanco. El imán del aduar, a quien se pidió ayuda, declaró que mi hermana estaba poseída por un demonio. La sometía a atroces sesiones de exorcismo que no hicieron sino agravar su caso. Por entonces yo tenía diez años. Lo que vi durante esas sesiones me dejó traumatizado durante tiempo. Mi padre debió acortar nuestras vacaciones para regresar a la carrera a Bruselas, donde ingresaron a

mi hermana en un centro especializado. Su médico diagnosticó una neurosis histérica debida a una violenta crisis emocional. Le prescribió un tratamiento de choque. Yezza volvió a la normalidad; bueno, casi, porque a veces se la veía sumida en una profunda melancolía. Volvió a trabajar, primero en una tintorería, luego con un sastre marroquí. Pero cuando Zahra, mi hermana gemela, diecisiete años menor que ella, se casó, tuvo una recaída. En la tradición rifeña, las chicas mayores son las primeras en abandonar el hogar paterno. A Yezza le sentó fatal ese nuevo palo que le daba la vida. Hubo que volver a internarla. Tras semanas de cuidados intensivos y un seguimiento psicológico riguroso, regresó a casa como si fuera una completa extraña. Con los nervios a flor de piel, tomándose cualquier broma por una agresión frontal y llevándose mal con todo el mundo, se dedicó a acumular agravios contra los suyos y decidió instalarse en Mons para cortar lazos con toda su gente.

CUANDO SE FUE, ME QUEDÉ dormido en el sofá.

Me despertó el sonido del teléfono. Procedía del dormitorio de Yezza.

Fuera estaba atardeciendo. Caí de nuevo en la cuenta de que seguía vivo. Aquello me produjo una extraña sensación.

Me percaté de que seguía llevando el cinturón de explosivos, como si fuera una

segunda piel. Se me había olvidado por completo. Fui al cuarto de baño y me quité la ropa. Extendí el chaleco de la muerte sobre el suelo para ver por qué la carga no había explotado a pesar de mis repetidos intentos, y comprobé de inmediato que el cable que salía del percutor no estaba conectado en el lugar adecuado. El artificiero se había limitado a enrollarlo alrededor de un cartucho de TATP. Seguí rebuscando y vi un minúsculo teléfono portátil oculto tras el mecanismo detonador. No me lo podía creer. ¿Qué hacía ese teléfono en mi chaleco y por qué estaba directamente conectado a la carga? Eso no era lo previsto. Era a mí a quien correspondía accionar el percutor, *solo a mí*. ¿Qué hacía pues ese maldito teléfono en mi chaleco kamikaze? ¿Acaso pretendía hacerme explotar a distancia?...

Una ira monstruosa avivó mi migraña. Me agarré la cabeza para impedir que estallara en pedazos.

ME RECOMPUSE, AUNQUE OTRA VEZ con la boca llena de secreciones infectas. Tras haber reordenado un poco mis ideas, corté los cables que unían el teléfono a la carga explosiva y retiré el detonador cuidando de no calentarlo con mis dedos para que no me estallara entre las manos. Una vez desactivado el mecanismo, enrollé el cinturón en una sábana y lo escondí en el trastero, en el fondo de un arcón lleno de zapatillas viejas y demás antiguallas.

Volvió a sonar el teléfono en el dormitorio de Yezza.

No contesté.

Me quedé vigilando por la ventana la calle mojada por la lluvia, acechando alguna presencia sospechosa. Algunas tiendas seguían abiertas. Tres hombres charlaban bajo un toldo y un repartidor cargaba de cajas su camioneta.

Estaba muerto de hambre. Aparte de unos mendrugos de pan que descubrí en una bolsa destinada al cubo de basura y algo de mantequilla y media cebolla pasada de fecha que pillé en la nevera, no había nada más para comer.

Engullí todos los mendrugos y luego llamé a mi hermana para pedirle que trajera algo para cenar.

—¿Todavía no te has ido?

—El amigo que debía pasar a recogerme ha tenido un accidente.

—Hay autocares y trenes para Bruselas.

—Estoy tieso.

—¡No me digas!

—Perdí mi cartera en la sala de fiestas. Avisé a la recepción pero no la han encontrado.

Oí a Yezza resoplar y mascullar su enojo.

—Hay algo de dinero en el cajón de mi mesilla de noche. Coge justo lo que necesites,

¿está claro?

—No puedo salir. Estoy muy acatarrado.

Colgó sin añadir una palabra.

Me duché. El agua no consiguió aplacar la calentura que me abrasaba la cabeza.

Me puse un viejo albornoz y me tumbé en el sofá con el teléfono sospechoso entre las manos. Intenté ponerlo en marcha pero no se encendía. Deduje que se había quedado sin batería, lo cual explicaba por qué seguía vivo, muy a mi pesar.

4

—¿POR QUÉ HAS PUESTO LA LAVADORA? —me reprochó mi hermana al regresar—. Podías

haber esperado a que regresara. También yo tengo cosas que lavar. La electricidad está muy cara.

Soltó su bolsa de la compra sobre la mesa de la cocina y fue a su habitación para preparar su maleta.

—Te señalo que te has puesto mi albornoz —me dijo con displicencia.

—No tengo nada que ponerme.

—Eso no es motivo.

La vi amontonar ropa interior, un vestido, medias, una camisa y un fular negro en su maleta.

—¿Adónde vas?

—A Bruselas.

—¿Ha ocurrido algo en casa?

—Nuestra madre me ha pedido que la acompañe a París.

—¿A París?

—Tía Najet ha perdido a una hija en los atentados de ayer.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Creo que la prima ha muerto durante un concierto. Mamá no paraba de gritar por teléfono. Como si fuera hija suya. Nunca ha tragado a su hermana y ahora se lo toma a la tremenda. No he tenido más remedio que colgarle.

—¿Cuál de las dos primas ha muerto?

—¿Y qué más da? Sea una u otra, la tragedia es igual, ¿no te parece?

Hablaba con voz entrecortada, sin la menor emoción. Daba la impresión de estar recitando un texto que no le gustaba.

Tras cerrar su maleta, me apartó de un empujón para salir de la habitación, visiblemente contrariada por no tener más remedio que dejarme solo en su casa.

—¿Vas en autocar?

—Mi jefe me lleva.

—¿Y cuándo regresarás?

—Deja ya de atosigarme con tus preguntas.

—No le digas a nadie que estoy en tu casa.

—Sobre todo, no hagas como si estuvieras en tu casa. No eres tú el que paga los recibos. No quiero encontrarte aquí a mi regreso, ¿me has entendido?

—Pensaba irme de todos modos. Mañana por la mañana a más tardar. Tengo que hacer

unas prácticas en Amberes y no quiero perdérmelas.

Salió dando un portazo.

Vi desde la ventana cómo se metía en un viejo turismo que arrancó despidiendo humo negro por el tubo de escape.

AQUELLA NOCHE NO CENÉ NADA. Mi enorme malestar me había quitado el hambre.

Permanecí sobre el canapé mirando el techo, enclaustrado en aquel sórdido piso de dos habitaciones. Me habría sentido más a gusto en una tumba. Mi hermana no tenía ni tele ni radio. Quizás fuera mejor así. No quería oír nada, ni pensar en mi tía ni en ningún muerto del mundo. La guerra es una lotería en la que los daños colaterales, las balas perdidas, los errores de cálculo y los destrozos del fuego amigo son parte del envite. En una confrontación tan extrema, la vida y la muerte dependen de la más estricta fatalidad, o sea, de la voluntad de Dios. No hay lugar para casos de conciencia, y el beneficio de la duda está fuera de lugar. El hecho de morir por las propias convicciones o por encontrarse uno en el lugar inadecuado en el momento inadecuado no pone nada en entredicho. Mi prima había muerto por estar de fiesta en un concierto. Yo estaba vivo cuando debería estar muerto. Son las ironías del destino. Nadie escapa al suyo.

PASÉ TRES DÍAS ENCERRADO en el piso de mi hermana, contando los minutos y asomándome a la ventana cada vez que un coche daba un frenazo en la calle. Estaba totalmente aislado del mundo, con un fantasma y las mismas preguntas por única compañía. ¿Qué estarían pensando de mí los *hermanos*? Oía gritar a Alí, el chófer: «Ya os dije que era un cagón.

Driss tuvo que acompañarlo hasta la estación del RER. Seguro que se largó cuando Driss lo dejó solo».

Prefería cualquier reprobación antes que la de desertor.

Para desconectar de mis pensamientos lavé la vajilla que había en el fregadero y toda la ropa amontonada en una cesta y luego ordené un poco la casa. Di con un mejor escondite para mi chaleco explosivo en el trastero, junto con otras

cosas mías que había olvidado llevarme en anteriores visitas a mi hermana. En una caja de zapatos encontré, entre postales amarillentas, una pulsera de oro rota, un reloj descuajeringado, monedas de antes del euro y un paquete de cartas nunca abiertas con sellos de los tiempos de Hassan II. Me di cuenta de que estaba profanando la intimidad de mi hermana, pero en vez de desistir, opté por dar libre curso a mi curiosidad.

Al cuarto día no pude contenerme y llamé a casa de mis padres rezando para que no contestara mi padre. Lo hizo Zahra, mi hermana gemela.

—¿Cómo está la familia?

—Mamá y Yezza están en París. Papá no ha ido con ellas. Está encamado en su dormitorio. ¿Te has enterado de lo de Anissa?

—Sí.

—Es horrible.

—Es la vida... ¿Nadie ha preguntado por mí?

—No. ¿Dónde estás?

—En Amberes, haciendo unas prácticas. ¿Estás segura de que nadie ha intentado localizarme?

—Por aquí no ha pasado nadie. ¿Por qué? ¿Esperabas a alguien?

—Pedí a un amigo que pasara por casa para recoger alguna ropa. Mi periodo aquí puede alargarse y no tengo bastante ropa para cambiarme.

—¿Qué quieres que ponga en una bolsa por si pasa tu amigo a recogerla?

—Da igual. No tardaré en regresar.

Al colgar me sentí menos tenso.

MI HERMANA MAYOR NO SE ALEGRÓ al verme aún en su casa. Se quitó el velo integral en el vestíbulo, puso cara de asco y se metió en su habitación

para deshacer su maleta.

No recuerdo haberla visto postrarse en una alfombrilla ni entrar en una mezquita desde su primera depresión nerviosa. Creo que llevaba el velo integral en señal de duelo. Algo en ella había muerto y estaba empeñada en tenerlo presente cada vez que salía de casa.

Estaba en guerra consigo misma. Tenía por falsos aliados a sus parientes, a sus vecinos y al mundo entero; su mal carácter era su caparazón y su manera de reprocharse convivir con quienes no le caían bien.

—Han anulado mis prácticas —le dije.

—¿Y piensas seguir esperando mucho más en mi casa?

—Estoy sin dinero y no conozco a nadie por aquí...

Me fulminó con la mirada.

—¿No me dijiste que se había casado un amigo que vive cerca?

—Está de luna de miel.

Sacó de un monedero unos billetes arrugados y casi me los tiró a la cara.

—Hay autocares para Bruselas cada...

—¿Me estás echando?

—Tómatelo como quieras. Estoy en mi casa y necesito estar sola.

Me guardé los billetes fingiendo estar pensándomelo.

—¿Qué tal os ha ido en París?

—¿Tú que crees?

—¿Y nuestra madre?

—Ya se le pasará.

Me pidió que saliera de la habitación para cambiarse de ropa.

SALÍ A LA CALLE COMO QUIEN SE ADENTRA en territorio enemigo, decidido a luchar. Hasta sentí algo de vergüenza por haberme quedado encerrado en la casa. Me importaba un bledo que me detuvieran. ¿Qué arriesgaba no siendo más que un muerto con prórroga?

¿Que me encerrarán? Las cárceles estaban abarrotadas de *hermanos*.

Una sola cosa me torturaba: cómo convencer a Lyès de que el fracaso de mi misión incumbía al artificiero que había hecho mal su trabajo. Llevaba conmigo una prueba flagrante: el teléfono encontrado en mi chaleco explosivo. Lyès comprobaría por sí mismo que no era un cobarde.

Cuando el malentendido se hubiera aclarado, exigiría explicaciones. Solo a mí me correspondía decidir sobre el momento de mi muerte. ¿Por qué habían decidido hacerme saltar por los aires a distancia? El imán Sadek afirmaba que, entre todos los mártires, los kamikazes eran aquellos a quienes Dios más bendecía. Morir por la causa en el transcurso de una refriega es un privilegio, pero inmolarsé es el acto de fe más prestigioso. Vale por sí solo lo que mil batallas. Yo estaba destinado al *firdaus*, donde solo se admite a los profetas y a los santos.

Cogí el autocar para Bruselas. Había a bordo una docena de pasajeros: una pareja con tres chiquillas rubias vestidas igual, un anciano anoréxico, blanco como un hueso, una señora muy gorda en un asiento delantero, algunos hombres silenciosos y un joven magrebí que fingía estar relajado, con la visera de su gorra sobre la nuca y auriculares puestos. «La generación de las apariencias, con deportivas y *piercings* —se indignaba Lyès—, tan inútil como zarzas achicharrándose bajo el sol.»

El joven magrebí permaneció acurrucado en su asiento durante todo el viaje, meneando la cabeza, indiferente al paisaje. Su desparpajo, su atuendo de vagabundo, su ridícula gorra y su grotesco corte de pelo me producían náuseas.

LA ONDA DE CHOQUE DE LOS ATENTADOS de París alcanzaba a Bélgica de lleno.

En Bruselas el ambiente era asfixiante. La perplejidad alteraba los rasgos de algunos rostros, el recelo desfiguraba otros. En la estación de autobuses, el dispositivo de seguridad era draconiano. Registraban los bolsos y controlaban los documentos según el perfil racial.

Me apresuré a salir de allí.

Llamé a Rayan para que me alojara durante un par de días, justo el tiempo para *ajustar cuentas con mi padre*.

—No hay problema, Khalil. Te estaré esperando en casa a las seis de la tarde.

—¿No puede ser ahora?

—Estoy en Cambrai. Tengo mucho trabajo aquí.

Eran las doce menos cuarto del mediodía. No sabía qué hacer mientras tanto. Solo me quedaban diez euros y sesenta céntimos del dinero que me había dado mi hermana. Me senté en un local de comida rápida, me pedí una porción de pizza vegetariana, un refresco y un café sin azúcar. Hacia la una, caminé a pie hasta el barrio de Rayan. Al pasar delante de una mezquita, caí en la cuenta de que llevaba sin rezar desde *el Asr* del viernes 13 de noviembre. Decidí seguir adelante por temor a que hubiera agentes del servicio de información por allí.

Vi una tienda de telefonía abierta. Mostré el móvil sospechoso al empleado. Este intentó encenderlo, sin éxito, le dio vueltas y esbozó una mueca dubitativa:

—Es un modelo antiguo.

—Para mí tiene un gran valor sentimental.

—Sí, pero eso no lo va a arreglar.

—Creo que se ha quedado sin batería.

—No creo que tenga un cargador para este tipo de aparato.

—Por favor, intente arreglarlo. Es un regalo de mi padre, que en paz descansa.

Me pidió que esperara un momento, se retiró a su trastienda y regresó pasados cinco minutos.

—Lo siento, chaval. No es un problema de batería. Este aparato está averiado.

—¿Cómo que, averiado?

—Pues eso, irrecuperable. ¿En qué idioma hay que decírtelo?

Le di las gracias y seguí caminando sin rumbo.

Estaba tan indignado y cansado que me quedé dormido en un jardín público, cerca de tres borrachos harapientos y un joven sin techo que pedía limosna para alimentar a su pastor alemán.

RAYAN ME ENCONTRÓ ANTE LA PUERTA de su bloque de viviendas, calle Bogards. Subimos a su piso de dos habitaciones, donde vivía solo. Estaba limpio y decorado con gusto. El salón era bastante grande, amueblado con un canapé Ikea, una cómoda y una tele de plasma sobre una mesilla de cristal. Una gran foto panorámica del Nueva York de los años treinta cubría la mitad de una pared. Enfrente, una pequeña biblioteca llena de libros. La habitación que daba al balcón era luminosa, y la ducha, de un tamaño adecuado.

—Tú siempre tan pulcro —dije a Rayan.

—Mi madre y yo compartimos asistenta.

—Qué suerte.

—No se trata de suerte. A veces hago horas extra en casa de particulares para redondear el sueldo.

Me rogó que me sentara en el canapé.

Sobre una mesilla de caoba había una foto de una chica sonriente. Era bonita, rubia y radiante, con ojos de color azul marino.

—Marie es operadora en nuestra empresa. En enero nos comprometeremos.

—¿Se ha convertido al islam?

—No tiene por qué.

—¡Cómo que no tiene por qué! ¿Acaso no eres musulmán?

—La quiero y me quiere, eso es lo importante.

Me miró de reojo:

—Oye, no tienes buen aspecto. ¿Es que no te has repuesto de lo ocurrido en París?

—¿Acaso me quejo?

—Pareces salido de una caverna fantasmal. Aunque reconozco que no es para menos.

Lo que ha ocurrido en París es estremecedor. Todavía tengo escalofríos. Hay que estar loco de remate para masacrar así a la gente.

—No quiero hablar de eso, Rayan... Tengo otro favor que pedirte.

—¿Que te lleve a París a las tres de la mañana?

—Te lo digo en serio. Necesito algo de pasta. Perdí mi móvil y mi dinero en París.

—Voy a comprometerme en breve y todavía no he ahorrado lo bastante...

—No necesito un móvil de alta gama. Solo uno de esos aparatos baratos para poder llamar de cuando en cuando a mi gemela. Mi vieja me tiene preocupado. Mi tía materna ha perdido a su hija en los atentados de París.

—¿Ha muerto una prima tuya en los atentados?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío! Lo siento de veras. No sé qué decir. Te acompaño en el sentimiento...

Te lo digo de corazón.

Fue a su dormitorio y regresó con un viejo móvil.

—Es antiguo pero sigue funcionando. Cómprate una tarjeta SIM recargable y podrás llamar a quien quieras.

—No tengo ni para comprarme una maquinilla de afeitar desechable.

Apretó los labios, regresó a su habitación y me entregó cinco billetes de veinte euros.

—Te los devolveré cuanto antes.

—¡Cuántas promesas no me deberás ya! —me dijo entre risas—. Bueno, supongo que

tienes hambre. ¿Qué te parece si encargo dos McDonald? Tengo que salir para ayudar a un cliente a pulir su página de internet.

—Tú mandas.

Después de comer, Rayan fue a ver a su cliente, y yo, a una tienda de telefonía. Compré una tarjeta para mi teléfono y luego aspirinas en una farmacia. De vuelta a casa de Rayan, me duché antes de tumbarme en el canapé. Cogí el mando de la tele pero no tuve el valor de encenderla. Necesitaba estar tranquilo. Solo me obsesionaba una preocupación, y no de las menores: explicarme con el emir sobre el fracaso de mi misión.

RAYAN, DRISS Y YO NACIMOS entre marzo y julio de 1992. En el mismo bloque, calle Melpomène de Molenbeek. Rayan en el tercer piso, yo en el primero y Driss en la planta baja. La madre de Rayan tenía una tienda de ropa

de confección, la de Driss era cajera en un supermercado y la mía cuidaba a los hijos de los vecinos a cambio de unos cuantos billetes a final de mes. Mi padre no ponía pegas. Estaba más bien encantado de que mi madre cubriera sus gastos personales sin tener que contribuir. Decía que era pobre, pero en realidad era tacaño. No recuerdo haberlo visto echar una mano a nadie.

Rayan, Driss y yo habíamos aprendido a andar bajo el mismo techo y nos habíamos partido la cara en el mismo suelo. Mi madre nos había criado como si fuéramos trillizos. A Rayan lo metieron en una guardería a los tres años, pero Driss y yo seguimos en mi casa.

Más adelante, el colegio nos volvió a unir. No estábamos en la misma clase, pero el patio de recreo era nuestro territorio. Por las tardes nos volvíamos a reunir en casa de uno o de otro. Rayan era muy buen alumno, lo que le atrajo la inquina de los zoquetes, que lo apodaban «Biberón» porque, según decían, su madre, que era guapa y delgada, lo había alimentado con leche en polvo para que no se le estropearan los pechos. Por supuesto, no era verdad. La madre de Rayan era una bereber de pura cepa y no contravenía ninguna de las tradiciones ancestrales. Su marido había muerto en un accidente de tráfico y criaba a su único hijo con total abnegación. Rayan no carecía de nada. La primera vez que monté en una bicicleta, fue en la suya; la primera vez que toqué los mandos de una videoconsola, fue en su habitación. Confieso que le tenía cierta envidia. Siempre iba limpio, bien vestido, hecho un pincel. Mientras Driss y yo nos partíamos de risa con la pandilla de Moka, escuchando embelesados las andanzas aventureras del viejo búho, Rayan repasaba sus lecciones y no se acostaba sin haberle enseñado los deberes a su madre.

Mi padre nunca echó una ojeada a mi libro de notas, pese a que eran catastróficas.

Prefería darse a la bebida y arruinarse apostando a las carreras de caballos. En cuanto a mi madre, analfabeta, era incapaz de distinguir una factura de una convocatoria. Dicho a las claras: en casa a todo el mundo le daba todo igual. Faltaba a clase cuando me daba la gana y nadie se enteraba.

En el instituto las cosas no mejoraron. Driss y yo nos dedicábamos a hacer el payaso en la última fila de la clase y Rayan se llevaba los premios. Mientras

nuestro empollón hacía acopio de alabanzas, Driss y yo solíamos entregar nuestros exámenes en blanco solo para impresionar a nuestros compañeros. Los castigos y los avisos nos enorgullecían.

Estábamos encantados de que nos señalaran con el dedo.

Rayan prosiguió sus estudios en un instituto privado elegido con esmero por su madre.

Driss abandonó los suyos en segundo curso y, un mes después, yo quemé mis cuadernos y mi cartera para estar junto a él en una carpintería donde trabajaba clandestinamente.

A Rayan, perito informático, no le costó encontrar trabajo en una gran empresa de gestión. Driss se convirtió en un buen carpintero, aunque perdió dos dedos. Yo malvivía con pequeños curros sin preocuparme demasiado por mi porvenir.

Cada cual manejaba su vida con los medios de que disponía, pero los tres seguimos siendo grandes amigos. Nos veíamos a menudo, íbamos juntos a ver alguna película y nos llamábamos por teléfono con regularidad, aunque Rayan se apartó un tanto de nosotros cuando Driss y yo empezamos a frecuentar la asociación Solidaridad Fraternal.

5

AL DÍA SIGUIENTE, hacia las diez de la mañana, fui a casa de Dominique, apodado Buffa, un viejo conocido que vivía en mi antiguo barrio, Molenbeek. Tenía un taller de reparación y alquiler de motos. Con diez años, Buffa y yo habíamos sido enemigos a muerte. Cada vez que nos cruzábamos, me trataba de «moro de mierda» y de «payaso»

mientras se agarraba el paquete. Estaba loco por pegarme, pero me faltaban arrestos para engancharme con él. Una noche, de regreso del parque de las Musas donde Moka tenía su cuartel general, Buffa me acorraló en una calleja desierta. Como no tenía escapatoria, no me quedó más remedio que defenderme. Pero hice más que eso, porque Buffa regresó a su casa con la cara ensangrentada. Desde entonces se acabó la bronca y nos hicimos amigos.

Buffa no tenía instrucción. Aficionado como el que más a hacer novillos, su adolescencia fue una bronca permanente. Con el tiempo se fue calmando y comportando como Dios manda. Casado a los diecinueve años y padre de un chiquillo, se responsabilizaba de los suyos y parecía conformarse con lo que la vida le ofrecía a diario.

Una actitud razonable, sin más. No tenía ideales. Para el imán Sadek, un buen ciudadano no es obligatoriamente un buen creyente, pero como Buffa era cristiano, se le podía perdonar. La Biblia es una obra humana y por tanto imperfecta, de modo que el cumplimiento de la fe no es tan esencial entre los seguidores de Jesucristo. Buffa lo admitía abiertamente. Reconocía que había algo de milagroso en el islam, y nuestra manera de practicar la religión le parecía mucho más sincera que la de su comunidad. Si seguí tratándome con él (el imán Sadek nos recomendaba no frecuentar a infieles) fue precisamente por ese motivo: Buffa no era ni racista ni islamófobo.

—Necesito una moto para una urgencia.

—Elige tú mismo.

—Te la devolveré antes de mediodía.

—No hay problema. Intenta al menos no cargártela como la última vez.

—Te lo prometo.

Mientras me montaba en la moto, Buffa se limpió sus grasientas manos con un trapo y se me acercó:

—¿Sabes dónde se ha metido Driss?

—Llevo una semana sin verlo. ¿Por qué?

Miró a su alrededor antes de alarmarme:

—Al parecer la policía ha pasado por su casa. Se han llevado a su madre a comisaría.

Las tripas se me contrajeron con fuerza.

—¿Crees que se puede haber ido a Siria a hacer la yihad?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Esas cosas no se cuentan a nadie.

—Sois íntimos. ¿Seguro que no te ha dicho nada?

—Seguro. No estoy al tanto de nada.

Arranqué y me alejé a toda prisa del taller.

No conseguía conducir derecho. Tenía la impresión de que mis piernas y brazos se agarrotaban. Salí de la calzada y me detuve en una explanada; saqué mi teléfono y llamé a mi hermana gemela para preguntarle si alguien había pasado a recoger mis cosas, *como estaba previsto*.

—Tu amigo no ha dado señales de vida —me aseguró Zahra—. Me dijiste que ya no

necesitabas esa ropa y que no tardarías en regresar.

—Ya, pero lo del cursillo se ha complicado aquí, en Amberes. ¿Tampoco me ha llegado ninguna carta?

—No.

—¿Estás segura de que nadie ha venido a buscarme a casa?

—No, nadie.

Preso de los nervios, tardé al menos diez minutos en relajarme para poder volver a arrancar la moto.

EL ARTIFICIERO VIVÍA EN UNA GRANJA aislada, a una veintena de kilómetros de Bruselas, por la carretera de Ninove. La pista que conducía hasta allí atravesaba campos en barbecho.

No había otro edificio en kilómetros a la redonda. Seguí un camino pedregoso bordeado de árboles tristes y, un poco más abajo, hacia el riachuelo, tomé un camino de cabras hasta la granja destartalada donde nuestro manitas vivía

solo, sin mujer ni hijos, criando pollos y montando «paquetes» para algunos emires de la región. Yo había ido un par de veces a esa secretísima dirección con Alí, el conductor, para recoger «encargos especiales» de Lyès.

Encontré al artificiero en una choza sórdida situada tras el hangar atestado de aves.

Estaba reparando la rueda de una carreta. Alertado por el zumbido de la moto, se limitó a apartar los batientes de la puerta para ver quién se acercaba.

Al identificarme, siguió soldando la parte delantera de su carreta.

No parecía contento de verme.

—Nadie me ha avisado de un encargo para hoy —gruñó sin dejar de trabajar.

—No se trata de una visita de cortesía.

Me fulminó con la mirada.

—No tienes derecho a aparecer por aquí por tu cuenta. Estás infringiendo las normas.

—Para mí es importante.

—¿Está Lyès al tanto?

—Primero tenía que verte a ti.

Dejó su soplete sobre una mesa grande de roble, se limpió las manos en su mono de trabajo y me miró de frente con las piernas separadas.

—¿Qué tienes en la cabeza? ¿Serrín? Te estoy diciendo que no puedes plantarte así en mi casa. Este no es un espacio público. ¿Acaso pretendes jodernos a todos? Nadie puede venir a verme sin permiso de su emir. ¿Eres consciente de los problemas que vas a tener con el tuyo?

Puse de un manotazo el teléfono sospechoso sobre la mesa:

—¡Estaba estropeado!

El artificiero frunció el ceño y se quedó mirando el aparato en silencio. No acababa de entender.

—Este trasto tuyo no funciona.

—¿De qué me estás hablando?

—No soy un cobarde. Tú eres el que ha metido la pata. Y a ti te toca explicar a Lyès por qué sigo vivo. Tu asqueroso teléfono no sirve. Debiste comprobarlo antes de colocarlo en mi cinturón.

De pronto se puso lívido. Acababa de captar lo que le estaba diciendo y el motivo de mi presencia en su territorio. Retrocedió dándose un manotazo en la frente y permaneció así durante un buen minuto, con la respiración entrecortada. Tras reponerse un poco, alzó ambos brazos a la altura del pecho para mantenerme a distancia.

—Escúchame bien, tú... No he oído nada. Vas a largarte de aquí ahora mismo.

—Necesito demostrar a Lyès que si he fracasado en mi misión, no es por no haberlo intentado. Me colocaron un pulsador solo para disimular, pero el teléfono que debía hacerme volar en pedazos a distancia no valía una mierda.

—Siempre compruebo mis aparatos.

—El técnico me ha dicho que este modelo está fuera de uso y completamente estropeado.

—¿Qué técnico, joder? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—No hay peligro. Es una tienda de telefonía.

—¡Pedazo de burro!

—Quería saber por qué no funcionaba.

—Quizás lo estuviste toqueteando.

—Ni siquiera sabía que lo llevaba. Estaba verificando el estado de mi cinturón cuando lo descubrí, conectado al detonador, mientras que el cable del pulsador estaba enrollado sin más alrededor de una carga explosiva.

—No tengo por qué darte explicaciones. Mi misión consiste en preparar «paquetes».

No me corresponde saber a quién van destinados ni para qué uso.

—¿Quién te pidió que manipularas el pulsador y colocaras este móvil?

—No sé de qué me estás hablando. A mí no se me cuenta nada sobre la preparación de los proyectos. Ni tengo por qué saber quién se va a poner el cinturón. Tampoco me ocupo del servicio posventa, ¿te enteras? Ahora lárgate y no vuelvas más por aquí. Si tienes alguna reclamación, habla con tu emir.

—Quiero que reconozcas que si no he podido cumplir mi misión, ha sido por tu culpa.

Apartó con saña el soldador sobre la mesa y corrió a agarrar un hacha colgada de un batiente de la puerta.

—Una palabra más y te abro la cabeza. Luego te meteré en un agujero y cubriré tu carroña con excrementos de mis gallinas. Te garantizo que no habrá sabueso capaz de localizarte. Así que vete de aquí. Para mí estás muerto desde hace tanto que ni siquiera me acuerdo de ti.

Con la boca babeante y los ojos desorbitados, solo esperaba un gesto por mi parte para partirme el cráneo. No tenía delante a un ser humano, sino a una bestia a punto de arrojarse sobre mí.

Monté en mi moto y regresé a Bruselas con el corazón en un puño.

HABÍA GENTE EN EL TALLER de Buffa. Reconocí a Jérôme, un chorizo de Molenbeek con antecedentes que se las daba de ladrón de guante blanco especializado en viviendas de ricachones. Debía de andar por los treinta años, aunque parecía tener el doble. A su lado estaba Éric, el hermano mayor de Buffa, que tenía un taller mecánico de automóviles en la calle Korenbeek.

Estaba casado y tenía tres críos. Sentado sobre el asiento de una moto desmontada, Fred el Zurdo degustaba un bocadillo de huevos duros. También era mecánico. Había estado en el ejército, de donde lo expulsaron por un asunto de robo de piezas de repuesto.

Toda esa selecta concurrencia se calló cuando aparqué la moto.

—¿Os molesto? —pregunté, susceptible.

Buffa me hizo una señal para que entrara en el taller.

—Cualquiera diría que interrumpo un consejo de familia.

—¿No estás al tanto? —me preguntó Éric con nerviosismo.

—Depende de qué.

—Es acerca de tu amigo Driss.

—No sé dónde está. Tampoco estamos casados...

—Pues me temo que ya no podrás hacerlo en la vida —dijo Fred con la boca llena de

huevo—. A tu colega lo han identificado. Ha salido en todos los informativos esta mañana.

Es uno de los kamikazes del Estadio de Francia.

Fingí estupefacción. Buffa corrió hacia mí para evitar que me cayera al suelo.

—Estamos todos alucinando —me dijo—. Molenbeek está en estado de *shock*. Nadie imaginaba que Driss fuera capaz de algo así.

—A mí me cuesta creerlo —añadió Jérôme, claramente consternado—. Driss siempre

ha sido un buen chico. No daba para nada la impresión de estar rumiando esas salvajadas.

De verdad que estoy asombrado. A mí me caía genial.

Buffa me acercó una silla.

—Siéntate, voy a traerte un vaso de agua.

Fingí derrumbarme sobre la silla y me agarré la cabeza con ambas manos porque no conseguía mostrarme realmente afectado.

Jérôme me dio una palmada en el hombro.

—¿No sospechabas nada?

—¿Cómo quieres que sospechara algo así! —dijo Fred—. Esos locos no se lo cuentan

ni a su mujer. ¡Joder! Hacerse saltar uno mismo por los aires. Eso no hay quien lo entienda. Yo no sería capaz ni de arrancarme un diente. ¿Cómo harán para matarse como quien se va de fiesta?

Buffa regresó con un vaso de agua. Me lo bebí de un trago para serenarme. Las palabras de Fred me zaherían. Me contuve para no abalanzarme sobre él.

—Y además es gilipollas —prosiguió Fred—. Ha sido su única víctima.

—Puede que le dispararan antes de que consiguiera activar el cinturón explosivo.

—Si es así, se lo tiene bien merecido.

No podía aguantar más.

Me levanté para salir del taller. Buffa me acompañó hasta la calle agarrándome por un brazo.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, puedes soltarme.

—Qué cosa más tremenda, ¿verdad? Driss... un kamikaze... ¿Qué coño está pasando

en el mundo?

—Driss ha muerto como mártir, Buffa.

Frunció el ceño y se detuvo.

—Lo justificas porque era amigo tuyo.

—No juzgo a nadie.

Crucé la calle y doblé la primera esquina que vi, sin darme la vuelta.

ESTUVE ERRANDO DURANTE HORAS antes de sentarme en un jardín público. No me preocupaba que la policía apareciera por mi casa. Cuando uno elige sacrificarse por una

causa, lo relativo a la vida deja de tener importancia. Lo que me desasosegaba era lo que iba a tener que decir a Rayan. Debía de estar al corriente de lo de Driss, como todo el mundo, y seguramente estaría haciéndose un montón de preguntas acerca de mi presencia en París durante los atentados. Estaría intentando comprender. Tenía que mantener la calma y reflexionar para dar respuestas convincentes.

Hacia las cuatro hice acopio de valor y fui a la calle Bogards. El coche de Rayan estaba allí, lo cual no presagiaba nada bueno. Rayan nunca volvía a su casa durante las horas de trabajo. No abrió cuando llamé a su puerta. Usé la llave que me había dejado. Aparte de un grifo corriendo en el cuarto de baño, el piso estaba sumido en un silencio de tanatorio.

Llamé a Rayan; no contestó. Al apartar la cortina de plástico, lo vi sentado en la bañera, vestido y con el agua de la ducha cayéndole encima. Estaba pálido, exangüe, con el rostro descompuesto. Lloraba.

Me miró con unos ojos estragados.

—Lo sabías, ¿verdad?

Su voz parecía proceder de un pozo.

—Sí.

Ladeó la cabeza, se sorbió los mocos y se pasó una mano sin fuerzas por la arista de la nariz.

—¡No estabas en París para ver a tu tía!

—No.

Ladeó de nuevo la cabeza, consternado.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero no es lo que crees, Rayan.

—¡No me digas!

—Estaba en París para disuadirlo.

Esbozó una sonrisa de despecho.

—¿Para disuadirlo?

—Es la verdad. ¿Qué habrías hecho en mi lugar?

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Ya estaba en el autocar. Pensaba que iba a París a hacer turismo. Cuando le di un abrazo fue cuando noté su cinturón de explosivos. Se puso colorado cuando vio que me había dado cuenta. No tuve más remedio que subirme con él en el autocar para intentar hacerlo entrar en razón. Pero ya no era el Driss que tú y yo conocemos. No había manera de convencerlo. Le supliqué y hasta amenacé con avisar al conductor del autocar y a los pasajeros. Se rio en mi cara. «No les daría tiempo ni a rezar», me dijo al oído. No me lo podía creer. No habría dudado en hacer explotar la bomba en el autocar conmigo dentro.

Te aseguro que no había quien lo reconociera. Parecía estar teledirigido.

Cuando llegamos

a París, aprovechó para perderse entre el gentío. Lo estuve buscando por todas partes, pero se había esfumado.

Mentí con tal convicción que Rayan dejó de mirarme de ese modo. Volvió a limpiarse la nariz con el revés de la mano. Aceché su reacción como un inculpado su sentencia.

Rayan se encogió sin decir más.

Cerré el grifo.

LO AYUDÉ A DESVESTIRSE y a ponerse el pijama. Se dejó hacer con la docilidad de un niño.

Estaba en estado de *shock*.

Acostado en posición fetal, se tapó la cabeza con la almohada. Parecía estar intentando contenerse para no estallar.

Preparé algo de comer.

En la mesa, Rayan miraba el plato sin verlo, con las manos en las sienes. De pronto se levantó y corrió al váter para vomitar. Luego se volvió a acostar.

Me comí mi parte y la suya, casi vacié la nevera sin conseguir aplacar mi voracidad.

No recuerdo haber padecido tal bulimia en mi vida. Si por mí fuese, me habría comido el mundo entero. Al igual que un reloj de arena, cuanto más me llenaba el estómago, más se me vaciaba la cabeza.

RAYAN, DORMIDO, NO PARABA de agitarse y de soltar palabras inconexas.

Me acomodé en el canapé del salón.

La pantalla negra de la tele me remitía al abismo de mi mente.

No sabía qué hacer.

SOÑÉ QUE ESTABA ERRANDO por un calvero oscuro. Alrededor, los árboles estaban desnudos.

Sus ramas semejaban zarpazos. Era un lugar lúgubre. Una niebla cenicienta se aferraba a los matorrales. Al final de un sendero profundamente erosionado, Driss me esperaba, completamente desnudo. Estaba delgado, con la cara polvorienta y el cuerpo destripado. A su lado, un jabalí se revolcaba en sus entrañas con la boca abierta. Yo tenía frío. Mis pies se hundían en el barro. Driss me sonreía con tristeza. «Esto no es ninguna alegría», me dijo. Me enseñó sus manos, que desprendían un humo blanco. De repente, un hacha ensangrentada hendió la bruma volando hacia mí.

Desperté, sobresaltado.

Al abrir los ojos, vi una sombra sentada en el bordillo de la ventana.

—¿Rayan?

La silueta, netamente recortada a contraluz, no reaccionó.

Aparté mi manta y busqué a tientas el interruptor de la luz.

—No enciendas.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Rayan contemplaba la calle alumbrada por una

farola. Fuera lloviznaba.

—¿No te encuentras bien?

—Es que no me cabe en la cabeza. Driss no era tan idiota. Sabía distinguir entre el bien y el mal.

—Debía de tener sus razones.

—¿Qué razones puede tener la insensatez? —exclamó soltando perdigones de

saliva—.

Tenemos un cerebro para pensar. Lo que está mal está mal, nada lo justifica ni lo minimiza. Un ser razonable solo obedece a su conciencia. ¿Qué ha hecho Driss con la suya?

—Solo él tenía la respuesta. Y ya no está aquí para dártela. Por eso no debemos juzgarlo.

—No lo juzgo, lo condeno. Sin circunstancias atenuantes. Lo condeno por haber sido tan estúpido como para considerarse menos importante que los demás.

—Se ha sacrificado por Dios, no por los demás.

Se volvió hacia mí torciendo los labios.

—¿Acaso apruebas lo que ha hecho?

—¿Qué más da que yo apruebe o desaprobe? Lo hecho hecho está.

—¿Es que no te das cuenta de la magnitud del desastre? Driss quería matar a gente que no le había hecho nada. ¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? Se trata de barbarie. Pura cobardía, sórdida y triste.

—Vas a despertar a todo el bloque.

—Me importa un comino. Quiero que me oiga el mundo entero. Dios no es un señor de

la guerra, y menos aún el padrino de una organización criminal. El Corán dice que el que mata a una persona mata a la humanidad entera. Entonces ¿a qué vienen esas matanzas gratuitas? ¿Por qué hay que creer que cuando el muecín llama a la oración debe oírse una llamada a la agonía?

—Cuidado, Rayan, estás blasfemando.

—¡No me digas!

—Por supuesto. Tu ira te hace decir disparates. Vuelve a la cama.

Se levantó de un bote y encendió la luz del salón. Luego se me acercó fulminándome con la mirada.

—Estoy en mi casa, no en el dormitorio de un internado. Me acuesto cuando me da la gana, ¿te enteras? Y juzgo a quien quiero. Nada legitima lo que Driss ha hecho. Ni las alabanzas de sus emires ni las oraciones fúnebres de esos charlatanes que han secuestrado a Dios para ocupar su lugar.

Se me acercó más. El aliento le ardía.

—¿Estás defendiendo a Driss, Khalil?

—Era mi amigo.

—También lo era mío.

—Entonces no lo machaques más. Ya no está aquí para defenderse.

—¿Es que crees que lo que ha hecho es defendible?

Se me quedó mirando largamente con las comisuras de los labios lechosas. Su aliento resonaba en mis sienes como el siseo de una tubería fisurada. Nos miramos fijamente a los ojos. Rayan parecía estar descubriéndome por vez primera en su vida. Yo lo veía arder en el infierno colgado de la lengua sobre un volcán.

NO CONSEGUÍ VOLVER A DORMIRME.

Estaba enfadado con Rayan. Me irritaba que se creyera más inteligente que los miles de valientes que regaban con su sangre el camino de la salvación; me indignaba que diera la espalda a los suyos, que se tuviera por lo que jamás sería: un buen ciudadano integrado, cuando no era más que un vulgar asimilado. No tenía derecho a juzgar a Driss, menos aún a condenarlo. No pasaba de ser un comparsa sin protagonismo ni ideal ni causa. ¿Qué sabía de la religión, del sagrado deber de todo creyente, del verdadero cumplimiento de la fe? Ni siquiera sabía qué pintaba en este mundo. Estaba convencido de triunfar en la vida solo por haber sido un buen estudiante. No le bastaba con

trabajar en una empresa, además tenía que imponerse horas extra para llegar a fin de mes sin darse cuenta de que no era más que un explotado del montón. Su mundo estaba hecho de ilusiones; sus sueños, de trampas mortales; y sus ambiciones, de zanahorias de cartón. ¿Qué sentido tiene triunfar profesionalmente cuando al final del camino solo te espera la muerte? Quien quiere triunfar de veras debe invertir en algo duradero y no apostar por lo efímero. Driss había elegido la eternidad. Yo estaba convencido de que, *allí arriba*, debía sentirse colmado, un ángel entre ángeles rodeado de felicidad.

6

ESO DE LA MORAL NO CASABA con mi padre. Al enterarse de que había repetido el primer curso en el instituto, chasqueó la lengua y dijo en un tono que se me quedó grabado durante bastante tiempo: «Por mucho que le pongan encima una silla de montar bordada con oro fino, un burro sigue siendo un burro». Esperaba un sermón en toda regla o una lección de vida aderezada con ejemplos contundentes y nombres de personas salidas de la nada y convertidas en celebridades y en millonarias por haberse esmerado en sus estudios; en fin, palabras sensatas que hubiesen removido mi conciencia. Pero no, solo me obsequió con su sarcástico desprecio. Ni tortazo, ni amenaza, ni castigo. Una expeditiva metáfora, sin más, cuya altivez me abocaba sin apelación al extravío.

También Driss había repetido curso. Su madre lloró por ello. Era una mujer herida cuya convalecencia la tenía apocada. Jamás la he oído alzar la voz ni visto poner una mano sobre su retoño. Soportaba los zarpazos del destino con un estoicismo admirable, incapaz de disociar las derivas de su hijo de su propia culpa, convencida de que, si Driss se sentía infeliz, era porque no había sabido conservar a su padre, un belga al que había querido con toda su alma y que no dudó en abandonarla, estando embarazada de ocho meses, por una amiga de ambos.

—¿Cómo se siente uno cuando repite curso? —pregunté a Driss.

—Es algo que duele a los padres.

—¿Tú crees que mi padre sufre por mi culpa?

—Eso no lo sé. No tengo padre.

Lo dijo con voz apenada.

Rayan nos pilló sentados en el bordillo de la acera y de brazos cruzados. Vestía un traje de lo más estiloso y se había puesto brillantina en el pelo, cortado al cepillo con un gracioso mechón cayéndole sobre la frente. Se había ganado el derecho a sentirse orgulloso y guapo. Se merecía todas las alegrías del mundo: cambiaba de curso con un cuaderno de notas repleto de sobresalientes. Era el primero de su clase. Elogios a punta de pala.

Para premiarlo, su madre le había comprado un ordenador.

—Tengo dinero como para invitaros al cine —nos dijo.

—¿Y nos reuniremos con la pandilla de Moka después de la película? — pregunté, porque a Rayan no lo dejaba su madre frecuentar el parque de las Musas.

—¿Por qué no? —contestó alegremente—. Se han acabado las clases, ¿no?

ME DESPERTÓ UN RAYO de sol. Me dolía la nuca por culpa del reposabrazos que había hecho

las veces de almohada. La luz del día inundaba el salón. Debía de ser casi mediodía. Me duché, me puse un café y, en la mesa de la cocina, pensé en qué hacer durante el día. Era demasiado arriesgado intentar reunirme con Lyès. Tal como estaba la situación en el país, lo mejor era pasar lo más desapercibido posible. El gimnasio en el que se reunían a diario los miembros de la asociación caritativa Solidaridad Fraternal estaba sin duda vigilado por la policía.

Reparé en que seguía sin cumplir con mis oraciones desde mi viaje a Saint-Denis. No era grave. A ojos del Señor, era un mártir. Si bien mi misión había fracasado, eso no ponía en entredicho mis valerosas intenciones.

Al llevarme la taza de café a la boca, vi la foto de Rayan con marco de plata colgada de la pared. Sonreía al objetivo con una mirada chispeante.

¿Quieres brindar con tus jefes, casarte con una descreída, vivir sin Dios y sin comedimiento? Esa es tu elección. Driss y yo hemos hecho la nuestra... Tu madre siempre te ha protegido, mimado, cuidado. Driss no ha tenido nunca eso, y yo tampoco... ¿Alguna vez te has sentido tan fuera de ti mismo como para llegar a creer que estabas realmente fuera? ¿Estar frente a una ventana y no ver en la calle a nadie que no sea a ti mismo sentado en la acera de enfrente? A mí, sí. Todas las noches, mientras mi familia dormía.

Permanecía ante la ventana como un espantajo, observando al fulano sentado allí enfrente. Un espectáculo asqueroso, Rayan. Un jodido y asqueroso espectáculo de mierda.

No sentía la menor compasión por aquel tipejo. Lo despreciaba. Eso de despreciarse a sí mismo es algo tremendo, ¿sabes? Esperaba que se largara de una vez, que desapareciera de mi vista, pero no había manera. Se quedaba ahí plantado, bajo la lluvia, tomándome el pelo. Al final, era yo el que tenía que apartarse. Volvía a mi cama para intentar dormir.

¿Pero cómo pegar ojo cuando, al mirar el techo, me seguía viendo a mí mismo, ahora flotando en el vacío? Era la escoria de la humanidad, Rayan, un jodido barriobajero sin porvenir que no sabía qué hacer consigo mismo y que esperaba la mañana para intentar recomponerse en una mezquita. Y la mezquita, más que un refugio, me recicló como se hace con un desecho. Dio visibilidad y sosiego a los intocables que Driss y yo éramos, nos sacó de la alcantarilla para exponernos como artículos de lujo en el escaparate de un edificio suntuoso. Esa es la verdad, Rayan. La mezquita nos devolvió ese debido RESPETO

que nos habían confiscado, y nos desveló el esplendor que llevábamos dentro... No, Rayan, mil veces no, no eres quién para juzgar a Driss. No le llegas a la suela del zapato.

No hay nadie que le llegue a la suela del zapato.

SALÍ DE SU APARTAMENTO prometiéndome no volver a pisarlo jamás. Rayan había dejado de ser mi amigo. Solo sentía por él una fría aversión, y jamás le perdonaría haber reducido el sacrificio de Driss a un acto de barbarie.

SUMIDO EN MIS PENSAMIENTOS, no veía ni las calles ni a la gente.

Era un muerto viviente errando entre sombras.

¿Qué borraba el mundo a mi alrededor, la ausencia de Driss o el hecho de estar entregado a mí mismo? Me sentía tan solo y tan desgraciado...

Necesitaba a alguien con quien hablar para demostrarme que los muros que me escoltaban eran de piedra y de

ladrillo, que el ruido circundante no tenía nada que ver con los tumbos que iba dando mi cabeza.

Me sentía vacío como una bolsa llena de aire.

No caminaba, flotaba.

Pensé en llamar a Zahra para que se reuniera conmigo, pero temí que la estuvieran vigilando. Mi hermana gemela era lo único que me quedaba en el mundo. La adoraba y ella me correspondía. Estábamos tan unidos que detectaba en mí hasta la menor señal de preocupación. El resto de mi familia no valía gran cosa para mí. Mi madre era demasiado desdichada como para representar algo en mi vida. Me inspiraba más lástima que ternura.

En cuanto a mi padre, ya no era sino un extraño. Nada en él me gustaba. Encarnaba todo lo que aborrecía.

Me detuve ante la panadería de Issa, un miembro influyente de la asociación. Estaba atendiendo a una anciana. Al verme tras la cristalera, me pidió con un gesto de la cabeza que siguiera mi camino.

¿Qué camino?

Todo me daba la espalda en esta ciudad donde había crecido sin madurar.

LA NOCHE CAYÓ SOBRE MÍ como un ave de presa. No había comido nada en todo el día. Me senté en un kebab y me pedí un bocadillo y un refresco. Un grupo de jóvenes magrebíes hablaba de los atentados de París y de la psicosis imperante en Bruselas, deplorando los controles por los rasgos faciales y el exceso de celo de la policía. Un grandullón vestido con chándal monopolizaba

la conversación:

—Total, que una vez más pagamos justos por pecadores —concluyó—. Tengo el bachillerato superior y no hay manera de encontrar trabajo. Les basta con verme la cara...

No hay quien se fie de nosotros por culpa de esos dementes. No nos queda otra que disimular para pasar desapercibidos.

—Pues yo voy con la cara muy alta —replicó el que tenía a su derecha—. No veo por

qué voy a tener que acojonarme por culpa de la que lían unos degenerados.

—Nos avergüenzan a todos —le señaló el grandullón.

—No tenemos por qué culpabilizarnos por lo que hacen esos chalados.

—Y dicen que son musulmanes...

—Eso es lo que los medios de comunicación quieren hacer creer —dijo un mequetrefe

mientras limpiaba sus gafas de miope con un pico de su camisa—. El islamismo no es el islam, es una ideología, no una religión.

—Farid tiene razón —se lamentó un calvo que no paraba de rascarse el oído con una

cerilla—. Esos descerebrados han emprendido una guerra santa contra los no musulmanes.

Es normal que nos señalen con el dedo.

—No es normal —se indignó el de la derecha—. Dejaos ya de simplismos. Yo no quiero tener nada que ver con esos zombis. Si pudiera, le sacaría los ojos al primero de

esos barbudos con el que me cruzara.

—Oye, tú —le soltó un cliente desde el fondo del local—, llevo barba y no rezo.

—Pues aféitatela.

—No puedo, tengo la cara muy marcada por el acné.

Un hombrecillo flacucho que hasta ahora no había abierto la boca reclamó la atención golpeando su mesa con un dedo:

—A ver si subimos el nivel, chicos —dijo doctamente—. Lo que ocurre es la consecuencia lógica de un proceso tan viejo como el instinto gregario: la exclusión exagera las susceptibilidades, estas llevan a la frustración, que a su vez engendra el odio, y el odio conduce a la violencia. Así de claro.

—¿La violencia contra quién? —se encrespó el grandullón con chándal—. ¿Contra usted y contra mí? ¿Por qué? ¿Por un mundo mejor? Esos lunáticos lo han empeorado. No hay más vueltas que darle. Los que no estén contentos que se vuelvan a su tierra. Allá hay más mezquitas que escuelas. Podrán rezar hasta hartarse.

—¡Ya estamos con lo mismo! —replicó el mayor de ellos, un treintañero de tez oscura y dedos amarillentos por la nicotina—. ¿Para qué quieres que regresen a un país que no significa gran cosa para ellos? Son belgas. Han nacido aquí, han ido al colegio aquí, han crecido aquí. Este es su país. Es precisamente ese tipo de reflexión lo que les hace odiar su tierra de adopción. ¿Cómo se puede pretender que se integren si cada vez que un moro la caga se amenaza con devolver a toda su comunidad a su país de origen? ¿Acaso no cometen gilipolleces los belgas de origen? Hay que acabar de una vez por todas con el discurso de la extrema derecha. Los países no se construyen a base de identidad sino de ciudadanía.

—Nunca han querido integrarse —insistió el grandullón con chándal—. Nosotros somos hijos de emigrantes. A veces nos dicen cosas hirientes. No hay más que ver fanfarroneando en la tele a esos neonazis, que se permiten desfilar por las calles prometiendo echarnos a patadas. ¿Y acaso nos hemos vuelto terroristas por ello? Ni siquiera somos buenos musulmanes. Intentamos ganarnos la vida y hacemos como si no hubiéramos oído nada. No metemos en

el mismo saco a todos los belgas por culpa de un puñado de racistas fanáticos.

—Pues ellos no se cortan a la hora de meter a todos los musulmanes en el mismo saco

—observó el de la derecha.

—Estoy de acuerdo con Lounis. Terroristas y racistas son hermanos siameses. Si los primeros ya han entrado en acción, los segundos están esperando el momento de hacerlo.

Sin embargo, nosotros sabemos distinguir. No decimos que todos los occidentales son iguales.

—Yo estoy a favor —prosiguió el grandullón— de que metan a todos esos tarados en la bodega de un avión de carga y que los suelten sobre sus aduanares. Es la única manera de que volvamos a vivir en paz. Habría que agarrar a todos los barbudos como si fueran perros callejeros y devolverlos de inmediato a su perrera de origen.

—Te vuelvo a señalar que llevo barba por las marcas que tengo en la cara.

—¿Y a mí qué? O te afeitas o te largas.

Me volví hacia el grandullón conteniéndome para no arrojarme sobre él.

—¿Por qué no das ejemplo? —le solté—. Sé el primero en regresar a tu tierra.

—Yo soy belga. Y no jodo a nadie.

—Nunca serás un belga de pleno derecho, amigo. Nunca. La prueba es que estás zampando bocatas en esta cantina barata y rajando de tu gente con otros falsos belgas. En vez de dártelas de líder benévolo, echa una ojeada a tu alrededor y dime si ves a un rubio en este tugurio. Si tienes un mínimo de cerebro, estrújatelo un poco y explícame por qué existen esos barrios marginales donde tienen aparcada a tu comunidad como si fuera ganado contaminado. Mira un poco más allá de tu gueto y entérate de lo que están haciendo con Irak, con Siria, con Yemen y con Libia. Mira cómo tratan a los musulmanes en China, en Birmania, en Chechenia, hasta en nuestros

cementerios.

—Eso es lo que hago desde que me levanto hasta que me acuesto, y solo veo atrocidades, vandalismo, matanzas y terror en nombre de Dios —replicó aquel—. Veo a los profetas rasgándose las vestiduras en señal de contrición y al Diablo cagándose encima cada vez que esos cortadores de cabezas desenvainan sus sables.

—Ensangrientan sus propias mezquitas, toman como rehenes sus propias ciudades y dinamitan sus propios yacimientos arqueológicos —añadió el treintañero de tez oscura.

—Según tú, ¿quién masacra a los iraquíes, quién está despoblando Siria? —añadió el grandullón—. ¿Quién extermina a las minorías en tierra de islam y expone a la infamia del exilio a miles de familias desamparadas? ¿Quién decapita a niños en la plaza pública, quién ejecuta a inocentes para avasallar a todos los demás, quién saquea y extorsiona a pobres desgraciados tras haberlos seducido con prédicas torticeras? Hala, contesta, acláramelo. Dime quién viola a las madres delante de sus hijas, a las suegras junto con sus nueras, a las viudas ante sus huérfanos en nombre de Alá el clemente y misericordioso.

Aparté mi plato de cartón y me levanté.

Antes de salir del kebab, le dije al grandullón:

—Lo que ocurre en los países musulmanes es un mal necesario. No es posible arreglar el mundo sin antes acabar con todos los que se someten.

Ya en la calle me di cuenta de mi imprudencia por opinar ante desconocidos. Pero no me había podido contener.

ESTABA PREGUNTÁNDOME DÓNDE IBA a pasar la noche cuando Ramdane, un albañil que, en sus horas libres, regentaba la cantina de la asociación, apareció por detrás de mí. Me dijo en voz baja, fingiendo hablar por teléfono:

—Sígueme de lejos sin que se te note.

Lo seguí hasta un pequeño taller abandonado en el que nos esperaban dos individuos, uno sentado a horcajadas sobre un cajón, el otro medio oculto en un rincón con los brazos

cruzados como si fuera un verdugo. Ramdane no estimó necesario presentarnos.

—Diles que se larguen —le ordené.

—Son de fiar.

—No los conozco, o sea que no pintan nada aquí. Tenemos reglas, Ramdane.

Esperé a que los dos energúmenos se hubieran ido para volver a la carga:

—¿Pensabas asustarme con ese par de matones? Te recuerdo que no estuve en París para hacerme selfies al pie de la torre Eiffel. En principio, estoy muerto. Hasta puede que lo esté de verdad. Vete a saber. No soy más que un fantasma.

—¿Por qué estás tan mosqueado, hermano? Me has obligado a echar a mis compañeros, y lo he hecho. Así que corta el rollo.

—No antes de haber visto al jeque o a Lyès.

—¿EN QUÉ PLANETA VIVES, HERMANO? El país está patas arriba. Nadie está disponible para nadie. No podemos meternos en líos hasta que esto haya pasado.

—Pues lo mío no tiene espera. Tengo que reunirme como sea y cuanto antes con un alto responsable. Es imperativo que se sepa que no ha sido culpa mía no haber podido cumplir mi misión en París. No vaya a creerse que me rajé a última hora.

—Lyès lo sabe.

Esa respuesta me sentó como un mazazo.

—¿Lo sabe Lyès?

—Y también el jeque y el imán... Por ahí no tienes nada que temer, Khalil. Nadie pone en duda tu valentía.

Estaba alucinado. Tuve que llevarme las manos a la cabeza para asegurarme de que había oído bien.

Ramdane frunció el ceño, extrañado de que no saltara de alegría.

—Bueno, ¿qué? ¿No te has quedado tranquilo?

—¿Tranquilo? ¿Para ti es todo tan fácil? Pues yo estaba volviéndome loco. Lo veía todo negro. No he podido pegar un ojo desde entonces de lo acojonado que estaba. Me cagaba encima cada vez que oía el frenazo de un coche en la calle. Y ahora me sueltas esto a la cara como si se tratara de un simple malentendido. ¿Y qué es lo que saben exactamente Lyès y sus socios? Porque no tengo la menor idea.

Intentó ponerme una mano en el hombro.

—No me toques, por favor. Límitate a explicarme qué está ocurriendo. Tengo la impresión de ser el último en enterarse de lo que me ha ocurrido, como si fuera un vulgar cornudo.

Ramdane se me quedó mirando y luego carraspeó. Respiró con fuerza, miró a su derecha y a su izquierda, se limpió la comisura del labio con su dedo de carpintero...

—¿Me estás ocultando algo? Venga, suéltalo ya.

Meneó la cabeza antes de soltar con voz apagada:

—Te endilgaron un chaleco malo.

—No fastidies. ¿Me mandaron al frente con munición defectuosa?

—Son cosas que ocurren. Con las prisas, se confundieron de cinturón y te dieron el malo. El jeque y Lyès me han pedido que te presente sus excusas. Les habría gustado decírtelo de viva voz, pero tenemos prioridades. Francia y Bélgica andan tras un *hermano* que, ese sí, no tiene perdón. Ese cagueta se

rajó y abandonó en el lugar del atentado su cinturón y su móvil. Exactamente lo que necesitaba la policía para poder seguirnos el rastro. El problema es que nadie sabe dónde se está ocultando ese capullo, por eso está habiendo tantas redadas y tantos controles por el perfil racial. Todos los sectores están bajo vigilancia.

Noté cómo me temblaban las piernas. Me dieron ganas de aporrear la pared hasta romperme los puños.

Ramdane se retorció desesperadamente la punta de la nariz. Ya no sabía cómo convencerme.

—Relájate, Khalil. Estamos en todo.

—¿Qué se espera de mí ahora?

—Por el momento, nada.

—Pues yo no puedo seguir así.

—Tómalo con calma. Entérate de que no estás solo. Lyès te ruega que disimules al máximo.

—¿Es decir?

—Que te comportes con normalidad. Por supuesto, no pases por la asociación.

Mantente tranquilo y no te hagas notar. Si quieres, puedes regresar con tu familia. Si la policía va a detenerte, no opongas resistencia.

—¿Es que me han denunciado?

—¿Quiénes? ¿El emir, el jeque, el imán? ¿Yo? Salvo nosotros cinco, nadie sabe que has estado en Francia.

—Entonces, ¿por qué tendría que buscarme la policía?

—La policía está citando a todos los que conocían un poco o mucho a nuestros mártires caídos en París: padres, vecinos, amigos, el tendero de la esquina,

sus antiguos profesores, el cartero. Es el procedimiento habitual. Yo mismo estoy esperando una citación. Han interrogado y luego soltado a muchos de los nuestros. No han detenido a nadie. Las autoridades hacen su trabajo, eso es todo. Si vienen a buscarte, coopera como lo haría cualquier buen ciudadano... Driss y tú habéis sido uña y carne. Lo normal es que la poli te ande buscando. Dirás que, efectivamente, Driss era amigo tuyo, que os conocíais desde niños pero que no sabías nada de sus proyectos.

—No me creerán.

—Eso da igual. No tienen pruebas contra ti. Y tienes una coartada irrefutable. La noche del 13 al 14 de noviembre la pasaste en la cama de Fattoma, la cocinera de la asociación.

—¿Qué necesidad hay de mancillar el buen nombre de esa mujer? ¿Y de paso el mío?

¿Qué van a pensar los vecinos del barrio?

—Nadie va a pregonarlo por ahí.

—Me niego a hacerlo. Hay que buscar otra cosa. Siento mucho respeto por Fattoma.

No se merece que la arrastren por el barro. ¿Has pensado en sus hijos?

—Son demasiado pequeños. Además, lo importante es que tengas una coartada. Ella está de acuerdo.

—Porque la habéis obligado. Ninguna mujer piadosa se prestaría...

—¿Estás sordo o qué? Es solo un encubrimiento por si acaso.

Reflexioné y seguí negando con la cabeza.

—No me va esa coartada.

—Son órdenes. Y las órdenes se cumplen a rajatabla. Yo no me invento las

reglas, Khalil. Vienen de arriba. No es más que una medida de precaución. Puede que no te busquen.

—Lo mejor será que me vaya del país.

—Eso nunca. Entonces te pondrías en evidencia.

—Tengo que desaparecer del mapa durante una temporada.

—¿Y qué les contarás si te pillan en el aeropuerto? ¿Que te vas de vacaciones? Aunque consiguieras coger un avión, te pillarían a la llegada. Darían contigo allá donde te escondieras... Te quedas en Bruselas y te comportas con toda normalidad. Si te citan en comisaría, les dices «aquí me tenéis».

—¿Cómo quieres que me quede en Bruselas? No tengo dónde ir.

—Estás en casa de Rayan, ¿no?

—O sea, que me tenéis vigilado...

—Velamos por ti.

—Ya, fíjate tú... Lo que es velar de verdad, creo que soy el único que no pega ojo. El colmo es que ni siquiera sé dónde voy a dormir esta noche.

—Vuelve a casa de Rayan.

—Me he enfadado con él.

—Has hecho mal.

Me entregó un sobre.

—Es de parte del emir. Para que aguantes una semana o dos, hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Mientras tanto, busca un lugar donde alojarte. Si no, puedes quedarte en este taller.

—¿Y por qué no en un hotel? Necesito ducharme y tener un mínimo de

comodidades.

—Si hay lugares que debes evitar completamente, esos son los hoteles. Todos están vigilados.

Me dejó plantado en medio de la sala y se apresuró a reunirse con los dos forzudos que le estaban esperando en la calle.

PASÉ TRES NOCHES SEGUIDAS en el taller, acurrucado sobre cartones. Lidiando con las dudas y sospechas que me tenían en vilo hasta el amanecer. Di un montón de vueltas a mi entrevista con Ramdane, y nada de lo que había dicho me tranquilizaba. Había demasiados puntos oscuros. Esa historia del «chaleco malo» no era convincente. ¿Cómo pudo producirse tal despiste en un momento tan crucial? Parecía imposible. Lo que nos jugábamos era enorme, y sus consecuencias aún más. Tenía la íntima convicción de que me había colocado el cinturón *bueno*, pero con un teléfono cuya función era la de hacerme saltar a distancia. Como probablemente habrían hecho también con Driss y los otros dos *hermanos*. ¿Cómo explicar que solo hubiera habido un muerto y unos pocos heridos cuando la idea era provocar una masacre? Si el acceso al Estadio de Francia estaba muy complicado, ¿por qué no esperaron los *hermanos* el final del partido para sorprender a los espectadores a la salida? No tenía sentido hacerse saltar por los aires en vacío. No me cabía en la cabeza. Conocía lo bastante a Driss para saber que no era atolondrado. No era su estilo adelantarse a los acontecimientos o hacer un trabajo a medias. Él habría esperado el final del partido. ¿No me había prometido matar a más gente que yo?... Cuanto más intentaba convencerme, menos lo conseguía. No me fiaba. Sobre todo de Ramdane.

¿Cómo conceder algún crédito a un hombre que obliga a una irreprochable madre, para colmo viuda, a fingir que es una prostituta ocasional? No había coartada que justificara tamaña afrenta. Ni por la causa ni por nadie. La integridad de una madre honrada no se negocia. Ramdane no era más que un lameculos, una escoria, un farsante. Hasta habría permitido que le escupieran en la boca. Todo esto me asqueaba.

LA CUARTA NOCHE, mientras deambulaba por una calle, un coche se detuvo a mi altura. Una puerta se abrió delante de mí.

—Anda, entra —me dijo Rayan.

No tenía elección. Había demasiadas ratas en el taller, y los cartones no eran lo bastante gruesos para protegerme del frío y de la dureza del suelo.

ZAHRA ERA CATEGÓRICA: No había recibido ni «carta certificada» ni visita, y «el amigo que tenía que pasar a recoger mis pertenencias» no había dado señales de vida.

Me pasaba los días encerrado en casa de Rayan, buscando noticias en los informativos televisivos. Estos no hablaban de la fuga del *hermano* que se había esfumado en París tras abandonar en el lugar del atentado su móvil, gracias al cual los servicios de inteligencia

enemigos estaban desmantelando toda una red. Yo no conocía al fugitivo. No recordaba habérmelo cruzado en ninguna parte. No pertenecía a nuestro grupo.

Cuando me cansaba de tener los ojos pegados a la pantalla de plasma, dormía. Seguía sin rezar. Algo me decía que podía prescindir de ello. En principio, yo estaba muerto para mayor gloria de Dios. Si bien todavía no estaba en el paraíso, tampoco me quedaba nada por demostrar en este mundo. Aunque fracasado, mi sacrificio me eximía de algunas tareas que todo creyente tiene la obligación de cumplir.

Hacia las cinco de la tarde, justo antes del regreso de Rayan, me iba a un café y allí me quedaba hasta el anochecer, en que regresaba a casa. Contaba a mi anfitrión que estaba buscando trabajo. Mi presencia en su hogar trastornaba sus costumbres. En varias ocasiones lo oí comentar por teléfono a su novia que no podía recibirla en su casa. La sonrisa que me dirigía desvelaba abiertamente el apuro en que lo tenía metido. Sin duda para recuperar su intimidad, consiguió convencer a un cliente suyo, un turco que vendía muebles en la calle Heyvaert, de que me contratara.

El turco era un cincuentón arrogante, casi obeso, con un rostro macizo lleno de lunares y una barriga enorme y fofa que temblaba como un flan. Empezó quejándose de lo mal que iba el negocio, de las facturas impagadas que se acumulaban en su buzón. Poco le faltó para ponerse a lloriquear. Mientras Rayan insistía en avalarme, el turco se rascaba la nuca con cara de fullero.

Tras haberme evaluado a hurtadillas, me preguntó si tenía carné de conducir.

—Por supuesto.

—¿Has conducido ya camiones?

—Depende de cuáles. Furgonetas sí, semirremolques no.

Volvió a rascarse la nuca y fingió consultar un registro sobre su mesa de trabajo:

—De verdad, Rayan, me pones en un aprieto. Pero ya que no te puedo negar nada, esto es lo que propongo para tu amigo: treinta euros por cada entrega, incluida la instalación.

Por supuesto, trabajará en negro, y solo cuando lo necesite.

—¿No te han robado dos veces en tu casa, Souleymane? —le recordó Rayan.

—Tampoco hay que exagerar. Me han forzado la cerradura y roto dos o tres cajones, pero no se han llevado nada. Además, no hay nada que robar en mi casa. Mis muebles son de lo más normalito y mi caja fuerte está vacía. Según la policía, se trata de delincuentes habituales que buscan cobijo por una noche.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que te instale cámaras de vigilancia?

—Para disuadir a otros posibles okupas. No me apetece que mi tienda sirva de albergue a esa gentuza. Y menos hoy día, con tanto terrorista suelto.

—Razón de más para tener un vigilante nocturno. A Khalil le vendría de perlas ese puesto, siempre que fueras un poco más generoso.

—No necesito ningún vigilante. Mi dispositivo de alarma funciona perfectamente.

—Un sistema de alarma puede neutralizarse.

—Me dijiste que no.

—No hay sistema de alarma fiable al cien por cien, Souleymane, y bien que lo sabes.

Los *hackers* nos lo demuestran a diario. Un vigilante es más disuasivo.

El comerciante hizo una mueca de escepticismo.

—Por favor —insistió Rayan—. Es la primera vez que te pido un favor. Contrátalo hasta que encuentre un trabajo más estable. Khalil es el único que puede mantener a su familia. Tiene cinco bocas que alimentar y un padre enfermo.

La casualidad —o más bien una señal del cielo— hizo que sonara el teléfono en ese preciso instante.

Tras colgar, al patrón le chispeaban los ojos.

—Tu protegido tiene la baraka —dijo a Rayan—. Es la primera vez este año que me hacen un pedido de diez mesas de despacho, diez armarios, cuarenta sillas y ocho mesas bajas.

Me reclutó inmediatamente. Como repartidor y como vigilante.

Rayan estaba feliz por mí y, sobre todo, aliviado por poder al fin traerse a su novia a su casa. No le tuve en cuenta que quisiera librarse de mí, aunque, pese a que me hubiera alojado y buscado un trabajo, no conseguía perdonarle las barbaridades que había dicho sobre el sacrificio de Driss.

7

ME ENTERÉ POR LA RADIO de que la madre de Driss había salido del hospital donde la tuvieron ingresada tras el *shock* que le produjo la muerte de su hijo y los engorros subsiguientes.

Decidí pasar a verla.

Tras haberme cerciorado de que su casa no estaba vigilada, me presenté allí bien avanzada la noche.

La divorciada de la planta baja había envejecido de golpe. Al reconocirme en el rellano, se echó a mis brazos. Tuve que ayudarla a caminar hasta el salón.

—¿Qué le han hecho a mi hijo? —lloraba.

—Tu hijo está en el paraíso.

—Y yo en el infierno.

—Eso no es cierto.

—No eres tú quien ha perdido un hijo. Eres demasiado joven para comprender mi dolor. Añoro a Driss. Es verdad que se ausentaba a menudo, pero siempre regresaba. El mundo ya no es el mismo sin él. Yo también quiero morir.

—No digas eso.

—¿Qué me queda ya en esta vida?

—Deberías estar orgullosa de él.

—Soy su madre. No necesito estar orgullosa de él puesto que lo sigo queriendo, más que a nadie en el mundo. Todas mis desgracias las he sobrellevado solo por él.

Se sonó con un pico de su mugriento vestido. Tenías las medias rotas. Olía mal, como si llevara días o semanas sin ducharse.

—Me han dicho que te han despedido del supermercado.

—Nadie quiere trabajar con la madre de un terrorista.

—Driss no era un terrorista. Ha luchado por la justicia. Tú no tienes nada que ver con eso y sin embargo te han despedido. Si Driss ha muerto, es porque en este país la justicia no es igual para todos.

—No es lo mismo perder un hijo que un trabajo.

—En este momento, Driss está en manos del Señor. Debes alegrarte por ello.

No se ha matado, se ha sacrificado para librar a este mundo de los enemigos de Dios.

—Los enemigos de Dios son quienes han mentido a mi hijo. Maldito sea el que lo trastornó de ese modo. No hay momento en que no lo maldiga.

El sufrimiento la hacía desvariar.

Me levanté para irme. Me retuvo por la muñeca.

—Eras amigo suyo. ¿Por qué no cuidaste de él?

—Dios cuidaba de él, *señora*.

Era la primera vez que la llamaba así.

La dejé con la certidumbre de que no volvería a verla.

Me había decepcionado.

MI HERMANA GEMELA SE REUNIÓ conmigo en un pequeño parque, no lejos de la catedral de Saints-Michel-et-Gudule. Llegó con unos cuarenta minutos de retraso debido a una falsa alarma en el metro. Me abrazó con alborozo y me apretó con fuerza contra su pecho como si lleváramos lustros sin vernos. El olor de su pelo y su perfume me reconfortaron. Tenía la impresión de estar de nuevo en mi elemento. Mi hermana y yo éramos de la misma pasta. Nos bastaba estar juntos para alcanzar una especie de plenitud.

—Te he traído esos buñuelos que tanto te gustan —me dijo, entregándome una bolsa de papel con manchurroneos de aceite.

No había estrella en el cielo capaz de superar la sonrisa de Zahra. Cuando se le estiraban los labios al sonreír, se le formaban unos hoyuelos en sus mejillas, cálidas como pétalos, hasta parecer ella sola todo un jardín.

—Bueno, ¿y esas prácticas en Amberes? —me preguntó con entusiasmo sentándose en

el banco.

—Son unas pruebas de perfeccionamiento.

—¿De qué?

—De carpintería. No sé hacer otra cosa.

—¿Piensas volver a trabajar con tu antiguo jefe?

—No me volvería a contratar. La última vez me acusó de fisgonear en sus cajones. En realidad, era un pretexto para sustituirme por su sobrino. Pero creo que hay un taller dispuesto a cogermelo. Se han puesto en contacto conmigo. Les he dejado mi currículum y estoy esperando.

—Hay que cruzar los dedos, no cruzarse de brazos.

Me cogió el rostro con sus manos blancas y me miró a los ojos con ternura. Como era unos minutos mayor que yo, se sentía obligada a mimarme.

—Has adelgazado. ¿No estarás pasando hambre?

—Claro que no. Hago chapuzas aquí y allá. No me doy atracones pero como lo bastante para alimentarme debidamente.

—Anoche soñé contigo. ¿Recuerdas la piscina del hotel, en Nador? Pues soñé que estábamos los dos allá, aunque en vez de piscina había un césped. Estabas en bañador, muy enfadado, y le estabas montando un pollo al gerente.

—Aquel hotel no tenía piscina.

—Solo era un sueño.

—No me gustan los sueños.

—Espera que acabe de contarte el mío.

—Déjalo ya. Ni siquiera soporto la realidad.

Abrí la bolsa y di un bocado a un buñuelo.

—Me tienes preocupada, Khalil.

—No hay motivo para ello.

—Tienes que hacer las paces con nuestro padre.

—No tengo ganas de volver a casa. No haría más que empeorar las cosas. El viejo se pondría de nuevo a buscarme las cosquillas, como de costumbre. Quiere que lo ayude en la tienda de comestibles. ¿Me ves vendiendo verduras? Yo no. Además, ni siquiera me pagaba.

—¿Sabes que está muy enfermo? El médico le ha dicho que tiene el corazón hipertrofiado. Y no solo eso. Le cuesta orinar. La semana pasada se desmayó en plena calle. Mamá no ha vuelto aún de Marruecos y me cuesta mucho llevar yo sola la casa, además de cuidar de nuestro padre y todo lo demás.

—¿Y qué hace en Marruecos?

—Acompañando a su hermana. A Anissa la han enterrado en el cementerio tribal, junto a los patriarcas Ba-Cherif y Hach Sidi-Amrane. Además, a la abuela le ha dado un arrechucho y mamá no ha tenido más remedio que quedarse para atenderla.

Miró fijamente sus zapatos y se sumió en un profundo silencio.

—¿Ha pasado por casa la policía? —le pregunté de improviso.

—¿Por qué tendría que pasar la policía por casa?

—Vaya uno a saber. Al parecer están citando a todo el mundo en comisaría.

—Pues a nosotros no. No hay motivo para ello. ¿O se te ocurre alguno?

—Driss creció con nosotros.

—¿Y qué? También Rayan ha crecido con nosotros. Y un montón de chavales más de

los que mamá cuidaba. Somos gente sencilla. Nos cuesta llegar a fin de mes y

no nos interesa para nada complicarnos la vida —dijo con cara entristecida—. Estoy pensando en Anissa. Lo que le ha ocurrido es tan injusto... Cuando pienso que fueron sus compañeros de trabajo los que la llevaron al Bataclan para celebrar su cumpleaños. Ironías del destino.

Se me atragantó un trozo de buñuelo.

—Yo quería mucho a Anissa —prosiguió mi hermana—. Nuestras madres no se llevaban bien, pero entre primas la cosa era distinta. Cuando nos juntábamos en Nador durante las vacaciones de verano, me llevaba a la heladería y me compraba unos sorbetes enormes. Incluso cuando yo tenía dinero. Era una buena chica. Tan joven y preparada. No se merecía acabar de ese modo. Nadie se merece acabar así.

—Es la voluntad de Dios.

—Es cierto —admitió suspirando—, es la voluntad de Dios.

El pequeño parque me pareció de pronto siniestro. El verde de los árboles se oscureció; un olor a orina y a vómito vició el aire a mi alrededor.

—Caminemos un poco, ¿no te importa?

—Tengo que volver a casa. He perdido demasiado tiempo con esa falsa alarma en el metro.

Volvió a cogerme la cara con ambas manos y me miró con una ternura suave como una

caricia.

—Piensa en lo que te he dicho, Khalil. Intenta reconciliarte con nuestro padre. Lo necesita, ¿me entiendes? Eres su hijo varón, el único que tiene.

Me dio un beso en la frente con un exquisito cuidado. Era tan afectuosa, tan buena y guapa... Jamás entenderé por qué el bruto de su marido la repudió.

—Por favor, quédate un momento más conmigo.

Miró su reloj.

—Te lo ruego.

Apretó los labios. Siempre lo hacía cuando le pedía algo que la ponía en un aprieto.

—De acuerdo —dijo—. Caminemos un poco.

Cruzamos el parque de Bruselas hasta el museo Magritte. Luego nos separamos delante de una parada de autobús. Ella tomó el tranvía y yo seguí a pie hasta el Manneken Pis.

El mundo me pareció de repente tan opresivo como una camisa de fuerza.

Zahra me llamó tres días después. Nuestra madre había vuelto de Marruecos.

—Desde su regreso, no hace más que hablar de ti —me dijo.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? Lleva meses esperando que aparezcas por la puerta de casa.

—No quiero cruzarme con nuestro padre. Todo ha acabado entre nosotros.

—No siempre está en casa... ¿Por qué no te acercas mañana? Tiene cita en el hospital a las diez. Estará allí toda la mañana... Ven, por favor. Si vieras en qué deplorable estado está nuestra madre... Se me cae el alma a los pies. Hazlo por Dios y su profeta. Un buen

creyente no puede ser insensible a la pena de su madre.

Le prometí intentarlo.

Al día siguiente, a las once, estaba en casa. Mi padre había salido temprano para el hospital. Mi madre casi se desmayó entre mis brazos. Me besó las mejillas, la cabeza, los hombros, las manos, llorando y salmodiando extraños conjuros bereberes. Zahra no había exagerado: mi madre era un saco de

huesos envuelto con trapos.

La verdad es que nunca había sido guapa, pero la penosa vida que llevaba había acelerado su deterioro. Casada a la fuerza a los dieciséis años, la pobre no hizo más que parir. Primero Yezza, luego Mariam y Aícha, ambas fallecidas con dos años por una meningitis fulminante; luego Rokaya, que falleció con seis meses de muerte súbita.

Siguieron tres abortos espontáneos, el tercero de los cuales estuvo a punto de costarle la vida. Pero como mi padre quería un hijo a toda costa, nacimos Zahra y yo pese a las advertencias del ginecólogo. Mi nacimiento no satisfizo a mi padre, que deseaba tener otro varón. Mi madre estaba agotada. Temía por su salud. Como mi padre no dejaba de acosarla, se refugió en una especie de caparazón y se entregó en cuerpo y alma a la taimada impasibilidad de la melancolía.

Si me fui de casa, fue en buena medida para no tener que presenciar su infortunio. Mis desencuentros con mi padre venían principalmente de ahí: no le perdonaba que tratara a mi madre como a una bestia de carga.

—Siéntate a mi lado, hijo mío. Déjame que te toque hasta asegurarme de que estás realmente aquí conmigo.

—No estás soñando, mamá.

—Claro que estoy soñando. Eres mi sueño, Khalil. Cuéntame cómo te va la vida, dónde has estado, cómo vives.

—Estaba haciendo unas prácticas en Amberes. Intento especializarme en carpintería para montar mi propio negocio.

—¿Y eso es motivo para hacer como si yo no existiera? Tampoco cuesta tanto hacer una llamada de vez en cuando. Estaba preocupadísima, ¿sabes? No dabas la menor señal de vida y yo me imaginaba lo peor, accidentes y problemas de todo tipo.

—Mamá, ya sabes que a mí sí me llama—le recordó Zahra—. Estaba muy ocupado, eso es todo. Pero ahora está aquí con nosotras, así que disfruta del

momento.

Zahra había preparado té con menta y buñuelos. Mientras llenaba nuestros vasos, me quedé mirando las paredes descoloridas, el escaso y rudimentario mobiliario, cada vez más destartado. Las cortinas llenas de polvo. Ni siquiera recordaba desde cuándo estaban ahí. Seguramente desde siempre. Sobre nuestras cabezas, colgando de un clavo tras un cristal fisurado que a nadie se le había ocurrido cambiar, un viejo retrato del patriarca, Hach Sidi-Amrane, fallecido medio siglo atrás. Sobre una cómoda enana, un jarrón negro con un ramo de flores artificiales.

Me invadió, como si fuera una funesta bruma, un profundo malestar.

Nunca había sido feliz en este cuchitril.

Mi madre se puso a contar su estancia en el pueblo: la abuela, encamada de por vida por un derrame cerebral; el entierro de Anissa, cuya muerte había conmocionado a toda la tribu; el tío paterno, que había falseado unos documentos para poner a su nombre las tierras ancestrales, desposeyéndonos así de nuestra parte de herencia; los dos hijos de nuestra otra tía, desaparecidos en el mar tras intentar llegar a las costas españolas...

—Vamos, mamá —la interrumpió Zahra—. No solo ocurren desgracias en el Rif. Allá

la gente sigue casándose, celebrando acontecimientos felices, construyendo casas estupendas y ganando en las apuestas deportivas.

Mi madre lo admitió, pero como no se le ocurría nada bueno que contar, optó por callarse.

Yo estaba deseando irme. Los minutos me parecían horas.

Saqué de mi bolsillo una parte del dinero que me había mandado Lyès.

—Esto es para ti, mamá.

—No, quédatelo. Lo necesitas más que yo. No me falta nada.

—Cógelo, por favor. Cómprate lo que quieras. Ya sabemos que el tacaño de mi padre

tiene un agujero en la mano.

—No hables así de tu padre. Hace lo que puede. Es difícil salir adelante cuando se es verdulero. Deberías hacer las paces con él. No es mala persona, se siente infeliz. ¿Sabes que te echa de menos? Le gustaría mucho estar orgulloso de ti.

Estuve a punto de decirle que mi padre era un troglodita sin corazón, pero me contuve para no aguarle la fiesta. Le metí a la fuerza los billetes en la mano. Fingió rechazarlos, por pudor, pero acabó quedándose los.

Pese a que Zahra insistió, no me quedé a almorzar con ellas.

No me apetecía para nada tener que abrazar a mi padre.

Antes de irme fui a mi habitación para coger mi carné de identidad, mi pasaporte, alguna ropa y mi reloj barato.

8

SEGUÍAN SIN CITARME EN COMISARÍA.

Tampoco aparecía la policía por casa de mis padres.

Ni tampoco señal alguna de Lyès.

Era como si nunca hubiera pisado París. Como si hubiese soñado y luego despertado en el pellejo del Khalil anterior a Solidaridad Fraterna. Había vuelto a ser el ciudadano de siempre que esperaba a que anoheciera para acostarse y la mañana para volver a esperar a que anoheciera. El turco me explotaba a tope. Era su factótum. Cuando no había muebles que entregar o montar, me mandaba hacer la compra para su mujer. A las siete de la tarde cerraba el negocio conmigo dentro y echaba el candado sin dejarme la llave para que no me escaqueara cuando se hubiera ido. Puso a mi disposición un pequeño televisor portátil que funcionaba fatal, un termo para el café, una cocinilla y un catre en la trastienda. No necesitaba más. Desde luego, no

estaba muy a mis anchas, pero no me quejaba. Para sobrellevar mis insomnios sin agobio, contaba las arañas muertas en sus jardines colgantes, escuchaba los chillidos de los ratones en la oscuridad y, cuando el silencio me angustiaba, recitaba versículos en voz alta. Conseguí convertir el eco en interlocutor de mi voz.

Había pasado una semana. No me había topado con un solo *hermano*. Y eso que no había parado de entregar muebles en Molenbeek: dos o tres dormitorios completos, un despacho en la calle en que Driss subarrendaba un pequeño estudio encima de una imprenta, cómodas... Pero ni un solo *hermano* a la vista. Las aves de Ababil se habían volatilizado. Como si la tierra se las hubiera tragado...

Que Dios me perdone, pero casi me alegraba de no tener que cruzarme con ellos.

Pasé dos veces delante de la cantina de la asociación sin que me vibrara una sola fibra.

Resultaba extraño. No echaba de menos a mis compañeros en la fe. Si un mes antes me hubiesen dicho que podría prescindir de mis *hermanos*, no lo habría creído ni por asomo.

Me había vuelto completamente adicto a su compañía, era parte integrante de ellos, indisociable de su organismo. Desde hacía un año solo los frecuentaba a ellos, había cortado con el resto del mundo. Ni bares, ni cines, ni campos de fútbol ni discotecas. Se acabaron los amigos de infancia ajenos a Solidaridad Fraternal. Se acabaron los compañerismos de antaño entre belgas de origen y belgas de adopción, cuando salíamos juntos abrazados por los hombros y compartiendo los mismos bancos en las placetas y los mismos bocadillos. Al jurar lealtad al jeque, tenía que cortar con mi vida anterior, renegar de quienes no practicaban la oración, desconfiar de quienes no contribuían económicamente a los proyectos de la asociación. Y ahora me veía repartiendo muebles entre infieles. Increíblemente, había subido un armario a casa de un cliente que apestaba a

alcohol sin rechazar su propina, por lo demás irrisoria. Me detuvieron dos veces en un control. Los policías me pidieron los papeles y me los

devolvieron sin problema. «¿Qué lleva usted en su furgoneta, señor?»
«Muebles.» «¿Podemos echar una ojeada?» «Claro.»

Tras comprobarlo, me dejaron seguir mi camino deseándome buena suerte.

Resultaba surrealista.

Por la noche, tumbado en mi catre, intentaba reflexionar sobre mi situación. Pasaban los días y seguía sin ocurrir nada. Mi trabajo con el turco me obligaba a veces a dar la mano a descreídos, a verme en alguna ocasión a solas con una mujer medio desnuda dándome voces como si fuera su sirviente. Me decía a mí mismo que no era culpa mía, que tenía que protegerme hasta que las aguas volvieran a su cauce. No perdonaba a Lyès que me hubiera dejado en la estacada. A menudo daba vueltas a este asunto del «cinturón malo» y a mis deducciones al respecto, y llegaba incluso, el Señor me perdone, a experimentar un sentimiento de legitimidad por el hecho de reintegrarme en el mundo —

ya que los míos pasaban de mí— y cierto gusto por la *transgresión*.

Pero el Señor no pasaba por alto mis extravíos.

No tardó en manifestar su ira.

ERA LA HORA DE LA PAUSA para el almuerzo. Me había pedido un bocadillo en un kebab y me disponía a comérmelo cuando sonó mi móvil. Era mi hermana gemela.

—¿Qué le has hecho a Yezza? —me preguntó.

—Nada. ¿Por qué?

—Está histérica perdida. Exige que la llames de inmediato.

—¿Ha ocurrido algo?

—Solo me ha dicho que si no la llamas ahora mismo, vas a tener un problemón.

—¿Tienes su número de móvil?

—No tiene móvil. Llámala al fijo. Está en casa. Y ponte en contacto conmigo cuando hayas hablado con ella. Quiero saber qué está ocurriendo.

Salí a la calle para llamar a Yezza. Descolgó de inmediato. Sus gritos casi me revientan el tímpano.

—¡Escúchame bien, tú! Es la una y veintiocho. Voy a acabar tranquilamente mi almuerzo y volveré al trabajo. Si, al regresar a casa, sigue estando esta porquería en mi casa, te juro por nuestra madre que la llevaré a la policía y se la entregaré directamente al comisario.

—¿De qué me estás hablando?

—De esa asquerosidad que has escondido en el trastero.

—¿Qué asquerosidad?

—Nadie ha pisado mi casa aparte de ti.

Colgó con saña.

Un sudor frío como la muerte corrió por todo mi cuerpo. Tuve que apoyarme en una pared para no caerme.

El gerente del local, que me estaba observando tras la cristalera, frunció el ceño:

—¿Algún problema, Khalil?

Tardé un tiempo en reponerme. Tenía la garganta seca, la respiración entrecortada, y me costaba tragar; en cuanto a mis piernas, sentí que podían ceder en cualquier momento.

—¿Puedes prestarme tu coche? Es una urgencia.

—Todavía lo estoy pagando.

—Te lo ruego. Es un asunto de vida o muerte.

—Lo siento, ni siquiera se lo presto a mi hijo. Me ha costado un riñón.
¿Quieres que llame un taxi?

Me llevé las manos a la cabeza. Tenía que solucionar esto sobre la marcha.
Yezza no se andaba con chiquitas.

Llamé a Rayan.

—Estoy en la oficina —me dijo—. No puedo escaquearme.

—Es muy grave.

Silencio por su parte.

—¿Sigues ahí?

—Estoy pensando.

—Te necesito de inmediato.

—Voy a ver si puedo arreglarlo.

—Solo puedes hacer una cosa. Meterte en el coche y pasar a buscarme donde
mi jefe.

Es un asunto de vida o muerte.

RAYAN ME ENCONTRÓ EN LA ACERA, medio desfallecido.

Me metí en el coche y le supliqué que siguiera adelante sin detenerse. Se
alarmó al verme la cara.

—¿Qué es esto de un asunto de vida o muerte?

—Por favor, no me hagas preguntas. La cabeza me va a estallar. Vamos a
Mons.

Había atascos por todas partes. Cada cruce, cada frenazo acrecentaban mi nerviosismo.

Echaba pestes contra los semáforos, contra los conductores apresurados, contra los que iban pisando huevos. Por fin salimos de Bruselas. Solo conseguí calmarme cuando nos metimos en la E19.

Sin darme cuenta, miraba mi reloj cada dos segundos. Tenía los dedos entumecidos de

tanto tamborilear sobre el salpicadero.

—Me tienes estresado, Khalil. ¿Qué está ocurriendo?

—Se trata de mi hermana mayor. Tiene una depresión. Ha amenazado con matarse.

—¡Joder!

Rayan empezó a adelantar filas de coches con las manos agarradas al volante. De cuando en cuando me pedía que me calmara. No lo oía, no despegaba la vista de mi reloj.

Llegamos a Mons en menos de una hora. Rayan aparcó su coche ante la entrada del edificio. Subí las escaleras a la carrera hasta el quinto piso para no tener que esperar el ascensor. Mi hermana no estaba en casa. Fui directamente al trastero. Mi cinturón explosivo no estaba donde lo había ocultado. Me entró el pánico. Se me nubló la vista y se me desbocó el corazón. ¿Lo habría llevado Yezza a la comisaría? *No, no, no habrá sido capaz de hacerme esto.* Apenas eran las tres y media. No me había retrasado. Busqué en las habitaciones y entré dos veces en la cocina hasta que vi el cinturón en el fregadero.

Respiré con alivio. Lo recogí, lo metí en una bolsa de tela y bajé las escaleras en volandas.

Con las prisas, se me olvidó cerrar la puerta del piso.

Rayan se sorprendió al verme regresar tan pronto.

—Bueno, ¿qué?

—No está en casa. Una vecina me ha dicho que se la han llevado a un hospital hace más o menos una hora.

—¿Dónde está ese hospital?

—No es necesario que vayamos. Mi hermana está en buenas manos. Seguramente en la

UCI. Regresemos a Bruselas, tengo que tranquilizar a la familia.

—Puedes hacerlo por teléfono. En mi opinión, deberías ir a ver a tu hermana, preguntar cómo está, hablar con su médico, yo qué sé... No has hecho este viaje para nada...

—Te aseguro que no merece la pena. Ahora que está en el hospital, me he quedado tranquilo. Los médicos no me van a contar nada que no sepa ya. No es la primera vez que Yezza nos monta este número.

Rayan apartó los brazos y arrancó. Mi actitud lo tenía alucinado.

NO HABÍA ABIERTO LA BOCA desde que salimos de Mons. Conducía lentamente, absorto en sus pensamientos. De cuando en cuando meneaba la cabeza con cara de consternación, luego la erguía y miraba fijamente la carretera.

A unos cuarenta kilómetros de Bruselas, se volvió por fin hacia mí.

—¿Te importa si paso a ver un cliente? Me debe dinero.

—Me parece muy bien.

Me lo agradeció y tomó la primera salida de la autopista. Ya en la carretera nacional, rodeamos un pueblo y atravesamos una llanura hasta llegar a un cruce. Rayan vaciló antes de tomar un camino vecinal que, como una cinta alquitranada, corría paralelo a un

riachuelo medio oculto por la maleza. Aparte de una granja a lo lejos, aquello

estaba desierto. No se veía un alma en kilómetros a la redonda.

Rayan se detuvo a un lado del camino.

—¿Dónde vive tu cliente? Por aquí no se ve nada.

—Creo que hay un problema con la rueda trasera. ¿No te has dado cuenta de que el coche se ladea un poco hacia la izquierda?

—No.

—No hace falta que bajes. Voy a echar una ojeada.

Se apeó del automóvil.

Oí cómo abría el maletero.

Al cabo de un rato, al ver que no regresaba, me di la vuelta para saber qué estaba haciendo. Rayan estaba de pie tras la tapa abierta. Solo vi parte de un hombro suyo.

—¿Es grave?

No contestó.

Intrigado, me apeé.

Rayan estaba apoyado en el borde del maletero, anonadado, pálido. Me dirigió una mirada mezcla de horror, asco e incredulidad.

—Hijo de puta —me soltó con el cuello veteado por unas venas hinchidas de rabia.

Era la primera vez que oía a Rayan proferir tan obsceno insulto.

—¡Conque asunto de vida o muerte!, ¿verdad?

Mi bolsa estaba abierta a sus pies, con parte del cinturón explosivo caído sobre el asfalto.

Curiosamente, no reaccioné. Puede que el susto que me había dado mi hermana unas horas antes hubiera consumido todas mis emociones.

—Le he estado dando vueltas desde que saliste del inmueble. Estaba claro que lo que te tenía trastocado era la recuperación de esta bolsa, no la vida de tu hermana. Me preguntaba qué podía haber dentro. ¿Droga? ¿Dinero? ¿Objetos robados? Me esperaba cualquier cosa menos *esto*.

—No es lo que crees, Rayan.

—Me basta con lo que estoy viendo.

—Déjame que te explique.

—¿Explicarme qué?

Blandió el gato del coche:

—Como des un paso hacia mí, te machaco la cabeza. Atrás, atrás...

Alcé las manos a la altura de los hombros en señal de rendición.

—¿Por qué? —aulló—. ¿Por el paraíso? Lo tienes a tu alrededor, el *verdadero*. Mira lo bonito que está el campo. Hay pájaros en los árboles y puedes corretear por el campo hasta caer agotado. Si no estás contento, espera a la primavera. ¿Qué coño tienes en la cabeza?

—Te aseguro que estás equivocado, Rayan.

—Hasta hace cinco minutos, estaba en efecto equivocado con respecto a ti. Pero ya no.

¡Conque estabas en París para disuadir a Driss de que hiciera el gilipollas!, ¿verdad? Te creí. Porque yo también lo habría hecho en tu lugar. Pero no estabas en París para desanimar a un imbécil cargado de explosivos, sino para volar tú también por los aires.

—Es verdad, salvo que me eché atrás. Puedes tocarme, soy de carne y hueso. Estoy vivo. No he matado a nadie.

—Ya... Eso es lo que dices...

—Te juro que es verdad. No he matado a nadie.

—¡Sí, Khalil, has matado a alguien: a ti mismo! Te mataste en el momento en que te uniste a esas nebulosas que nos ensombrecen.

—¿Por qué te niegas a escucharme? Tenía un cuchillo en el cuello. Te juro que no quería ir a París. Si me tienes delante, no es porque me haya rajado sino porque me negué a matar a inocentes... No soy un asesino. Te lo suplico, no me entierres tan pronto. Te necesito. No me dejes tirado. Mi vida peligra. Me andan buscando.

Se me quedó mirando con desprecio meneando la cabeza. Se le notaba asqueado.

—Pedazo de monstruo, cabrón, imbécil. ¿Cómo has podido dejarte convencer por esa

chusma? No me lo puedo creer. He estado alojando en mi casa a un terrorista, un cerdo terrorista que se cree un héroe —escupió al suelo, se abofeteó la cara —. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Me siento tan miserable, tan asqueroso...

Cerró con fuerza el maletero y se metió en el coche.

—¡No irás a dejarme aquí!

—¡Lárgate, gilipollas!

—¿Piensas denunciarme?

—¡Que te den!

Arrancó.

Corrí tras el coche, pero Rayan aceleró y tuve que detenerme.

Cuando lo perdí de vista, volví sobre mis pasos, recogí la bolsa y bajé hacia

el riachuelo en busca de un agujero donde enterrar el chaleco de explosivos.

II

CONCIERTO EN DO MENOR PARA UN KAMIKAZE

Cuando se les dice «¡no corrompáis en la tierra!», responden: «¡Pero si somos reformadores!». ¿No son ellos, en realidad, los corruptores? Pero no se dan cuenta.

Corán, sura al-Baqarah, II, 11-12

9

EL CIELO EMPEZABA A OSCURECERSE y un viento gélido, afi lado como una cuchilla, me laceraba el rostro.

Anduve a campo través para evitar la carretera, por temor a que mi insólita presencia por aquella zona despertara sospechas. Caminaba sin rumbo, enrabiado y con ideas espantosas en la cabeza. ¿Debía regresar a Bruselas o huir del país? No sabía qué hacer.

A lo lejos vi una aglomeración urbana.

Eché a correr con la esperanza de encontrar allí un medio de transporte.

Había anochecido cuando el autocar me dejó en la estación de autobuses de Saint-Gilles. Me metí en un taxi hasta la calle Heyvaert. Una vez allí, me situé en la esquina de una calle adyacente para vigilar la tienda y comprobar que no hubiera cerca un coche policial. El turco esperaba con signos de impaciencia ante la puerta de su negocio. De las ocho llamadas sin contestar que había en mi móvil, cinco eran suyas, y las otras tres, de Zahra.

Normalmente echaba el cierre a las siete y ya eran más de las ocho. ¿Había avisado Rayan a la policía? ¿Me estarían tendiendo una trampa?

La gente caminaba a mi alrededor pensando en sus cosas. Por encima de mí, un hombre fumaba en su balcón y se excusó con un gesto de la mano cuando su

colilla cayó a mis pies.

El turco sacó su teléfono; el mío sonó en mi bolsillo. Al no obtener respuesta, apagó las luces de la tienda y se fue hacia el aparcamiento donde tenía su coche.

Permanecí en aquella esquina hasta las nueve. No había aparecido ningún vehículo policial, ni siquiera un patrullero del barrio. Una llovizna empezó a picotear mi chaqueta.

Me di cuenta de que me estaba quedando helado.

Tomé el tranvía hasta la basílica de Koekelberg. Tampoco había actividad sospechosa en los alrededores de las calles Herkoliers y Jette. El bloque en el que vivían mis padres estaba sumido en el penumbroso silencio propio de la hora. Philippe, el anciano que vivía en la planta baja, estaba paseando a su perro; un grupo de adolescentes charlaba bajo la lona de un quiosco cerrado; dos hombres inspeccionaban el motor de un vetusto coche. Oí el ruido de sus herramientas. Se olía de lejos el pestazo a cerveza y a patatas fritas de la tasca de los hermanos Bardin.

Las persianas de nuestra casa estaban subidas, pero no se veía ninguna sombra tras las cortinas.

Cogí un autobús para ir al taller abandonado. Como pillaba lejos de la parada más

cercana, tuve que caminar bajo un frío creciente. Al subir la cuesta de la calle, me topé casualmente con Moka. El sexagenario estaba sentado al pie de una farola con el pantalón recogido por encima de una rodilla. Tenía un gran rasguño en la pantorrilla.

—Me ha atropellado un ciclista —me dijo—. No solo no se ha molestado en detenerse

sino que además me ha llamado cerdo. ¿Acaso tengo cara de marrano?

Me acuclillé para ver de cerca la herida.

—No parece nada grave.

—Mejor... pero doler, duele.

—¿Puedes caminar?

Lo ayudé a levantarse. Dio unos cuantos saltitos y estiró la pierna en varias direcciones.

—¿Qué tal?

—Puedo mover los dedos de los pies, o sea, que no tengo nada roto.

—¿Quieres que te acompañe hasta tu casa?

—Me parece bien.

Moka vivía en un antiguo bajo comercial de un edificio gris como un día de invierno.

En otro tiempo fue una tienda a la que acudía la gente del barrio para que le retocaran la ropa. El sastre era un ancianito demacrado, encorvado como un sauce y con muchos pelos en las orejas. Llevaba unas gafas tan gruesas que sus ojos se veían desde distintos niveles.

Era un hombre extraño, esquivo y silencioso. Parecía un espectro, tal era su identificación con la penumbra de su taller. Siempre me pregunté cómo era capaz de coser entre tanta oscuridad. Parecía mal alimentado, pero probablemente fuera porque solía olvidársele cobrar a todos los que le dejaban una factura a deber. Yo iba a menudo a verlo, con Zahra, para que remendara la ropa de mi padre. En la entrada de su tienda había una bombonera en la que yo metía la mano cada vez que se daba la vuelta. Mi hermana me lo reprochaba con la mirada y me amenazaba con chivarse a mi padre, aunque nunca lo hizo. Yo me encogía de hombros y me llenaba los bolsillos de chucherías aciduladas que luego regalaba a Mansourah, una odiosa niñata de diez años de la que estaba locamente enamorado. Tiempo después, el viejo sastre empezó a tener problemas con unos jóvenes mal encarados que habían instalado su base en el callejón sin salida contiguo. Una

noche recogió sus pertenencias y se esfumó.

Ignoro cómo acabó Moka ocupando el local.

El interior era una leonera. No había nada en su sitio. La nevera estaba pegada a la cama; el hornillo, enchufado a una toma destripada, libros y revistas hacían las veces de alfombra, usaba una caja llena de paquetes vacíos para trancar la puerta, y su desvencijada mesa estaba cubierta de restos de comida.

—¿Cuánto tiempo hace que no ventilas esto?

—Es por el frío —dijo Moka—. No tengo calefacción.

—Te arriesgas a morir asfixiado en este cuartucho.

Se encogió de hombros.

—¡Bah! A mi edad, ¿qué más puedo esperar de la vida?... Ponte cómodo. Si tienes hambre, debe de quedar algo de queso en alguna parte.

—Esta noche pago yo la cena.

Salí a comprar unos bocadillos en un kebab.

Cuando regresé, Moka se había vendado la pantorrilla con unos trapos. Su corte era superficial, pero él parecía tomárselo como si fuera una herida de guerra.

—Los jóvenes de hoy no respetan a nadie —dijo haciendo una mueca exagerada—.

Son capaces de pisotearte sin inmutarse. Estaba cruzando tranquilamente la calle ¡y pumba!... me pega un revolcón. Pudo avisarme con el timbre, ¡pero qué va!... Me atropella y se aleja como si la cosa no fuera con él. Y encima me llama cerdo. ¿Te das cuenta... decirme eso a mí? Así anda el mundo.

No estaba yo para aguantar sus lamentos.

—¿No te importa que pase la noche aquí? Mi padre me ha echado de casa.

—Por mí, encantado.

—No tienes obligación, ya sabes...

—Estás en tu casa, Khalil. Necesito compañía. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Tengo un saco de dormir que nunca he usado.

Sacó su bocadillo del envoltorio. Antes de morderlo, meneó la cabeza arrugando la frente:

—Echo de menos a los chavales —me confesó—. Desde que en la mezquita han hecho

correr la voz de que soy un perverso, ya ningún crío se junta conmigo.

—Sí, lo he oído decir.

—Lo que más pena me da es que nadie me haya defendido. La mayoría de esos barbudos se han criado conmigo. Saben que no soy un pedófilo. Les gustaba que les contara mis historietas, y siempre me estaban pidiendo que lo hiciera.

—¿Has leído todos estos libros? —le pregunté para cambiar de tema.

—¿Y de dónde crees que sacaba mis aventuras?

Tendió la mano hacia una caja, sacó unas cuantas rebanadas de pan de especias y me las ofreció:

—Son de la marca Mireille Oster. Una auténtica delicia. Kacem me la ha enviado desde Estrasburgo.

Mordió su bocadillo antes de añadir:

—Kacem sí me habría defendido. Es el único que se acuerda de mí. A veces me manda

algo de dinero... Estoy orgulloso de ese chaval. ¿Sabías que es ayudante de un diputado europeo? ¿Te das cuenta? Nadie pensaba que valiera tanto.

—No es más que un sirviente. Se limita a llevarle café a su amo y a sostenerle el paraguas para que no se moje.

—¿Por qué dices eso?

No contesté. En realidad, no sabía quién era Kacem.

Me senté en un sillón desfondado, espantando de paso a una enorme cucaracha que corrió a refugiarse tras una vieja radio de los años sesenta.

—¿Por qué dirán esas monstruosidades sobre mí en la mezquita? Yo quiero a los críos como si fueran mis hijos. ¿Acaso es un crimen querer a los niños?

—No es un crimen.

—El auténtico crimen es el que cometen con los chicos en la mezquita.

—Tú nunca vas a la mezquita, Moka. No puedes saber lo que se hace allí. ¿Lo ves? Tú también acusas a la gente sin conocerla.

Esbozó un gesto de cansancio.

—Tienes razón. Hoy en día no paramos de decir idioteces sobre los demás. Pero tendrás que reconocer que la vida era mucho mejor antes...

—Éramos demasiado pequeños para darnos cuenta de las putadas que gasta la vida.

—No estoy de acuerdo. Antes también se oía hablar de cosas buenas. Las personas se saludaban, se preguntaban las unas por las otras. Hoy ves pasar un entierro y ni siquiera te detienes.

Cogió de la nevera una botella de refresco medio vacía y se volvió hacia mí:

—Cuando pienso en lo de Driss, se me cae el alma a los pies... Era amigo tuyo.

¿Estabas al tanto de lo que pensaba hacer?... Claro que no. Nadie lo habría imaginado capaz de cometer tal atrocidad.

Volvió a guardar la botella en la nevera sin haberse siquiera servido y con la frente cada vez más arrugada:

—No consigo entender por qué lo ha hecho.

—Cada cual cumple con su deber, Moka.

Negó con la cabeza:

—El deber, Khalil, consiste en vivir y dejar vivir. No hay nada más valioso que la vida y nadie tiene derecho a quitarla.

—¿Te acuerdas de Amadou, el negrito de la calle Flûte-Enchantée?

—Claro, ya no anda por aquí. ¿Sabes algo de él?

—Murió en un accidente conduciendo un coche robado y perseguido por la policía...

Me pregunto qué habría sido de él si no le hubieran roto el corazón. Seguramente un gran futbolista al que los grandes clubes se habrían rifado por millones. Pero hubo que cortar la chapa para poder sacarlo del coche. ¿Y sabes por qué? Por culpa de una palabra... de una miserable palabra. Habíamos ido a jugar al fútbol. ¿Qué edad tendríamos, doce o trece años? Un vigilante sebo y racista con cara de perro nos prohibió entrar en el vestuario.

Pensó que íbamos a hurgar en las bolsas de los demás jugadores. Como Amadou protestó, porque era titular de su equipo, el vigilante lo aplastó contra la pared y le dijo: «Vuelve a tu selva, Chikungunya de los cojones»... A partir de entonces Amadou, ese regateador fuera de serie que soñaba con llevar la camiseta de los Diablos Rojos, no volvió a ser el mismo.

Moka hizo una mueca, poco convencido:

—Eso no basta como motivo... No es lo mismo acabar en un accidente que en un atentado.

—El asunto no está en cómo acaba la cosa sino en cómo empieza. No hace

falta mucho para perder la autoestima. Entonces todo se viene abajo y no hay manera de detenerlo.

Parecerá una tontería, pero a veces basta con eso para joder toda una vida. No hay nadie más frágil que un apátrida, Moka.

—Que yo sepa, Amadou nació en Molenbeek.

—La continua alusión al color de su piel le impedía sentirse como los demás belgas. A Driss le pasaba lo mismo. Y a mí también, y a toda esa gente venida de fuera, a la que aparcan en barriadas de mala muerte y señalan con el dedo cada vez que se aventuran fuera de su zoológico... La gente no se da cuenta de las catástrofes que provocan con sus palabras despectivas. Los auténticos criminales no son los que se inmolan en medio de una muchedumbre, sino los que propician esa carnicería. Así que, por favor, no juzgues a Driss tan a la ligera.

—No se mata a inocentes porque un cerdo racista haya dicho gilipolleces.

—¿Esa es tu manera de echarme de tu casa, Moka?

—En absoluto.

—Entonces corta el rollo porque ya me vale.

AL DÍA SIGUIENTE MI HERMANA gemela me llamó para anunciarme que la madre de Rayan

había pasado por casa para entregar las cosas que yo había dejado en casa de su hijo.

—¿Dónde quieres que te las lleve?

—Ahora estoy en Amberes por dos o tres días. Déjalas donde Issa, el panadero...

¿Cómo estaba la madre de Rayan? ¿Entró a ver a mamá o se limitó a entregar las cosas en la puerta de casa?

—Estaba como de costumbre. Se quedó con nosotras una media hora. Bebimos té y hablamos de nuestra tierra. Las cosas no van bien por allí, como sabrás. ¿Y tú, cómo te fue con Yezza? ¿La has llamado?

—Sí.

—¿Por qué estaba tan descompuesta? A mí no me ha querido decir nada, solo que era

un asunto entre ella y tú.

—Se está volviendo loca —le dije sin más.

Volví a la calle Heyvaert para vigilar. Ningún vehículo policial se detuvo delante de la tienda del turco. Por la noche me acerqué al taller abandonado por si aparecía por allí Ramdane el albañil o algún otro *hermano*. Pero no.

Al tercer día hice acopio de valor y volví a mi trabajo. Estaba harto de moverme en un mundo paralelo donde todo me disgustaba. El jefe no me echó la bronca. Se tragó la historia del intento de suicidio de mi hermana mayor y me dio instrucciones sobre los próximos repartos.

Una semana después, un joven se presentó en la tienda. Compró una cama sencilla, una mesilla de noche y un armario, pagó en efectivo y me rogó que lo acompañara a su casa para ayudarlo a subir los muebles que acababa de adquirir.

—No necesitamos tu furgoneta, tengo la mía —me dijo—. Así me ahorraré ese gasto.

Era un chico más bien simpático. Parecía una persona culta, con gafas de estudiante y pelo cortado al cepillo. Vivía solo en un edificio destartado de un barrio dormitorio. Me ayudó a descargar los muebles en su apartamento de dos habitaciones, sito en el segundo piso, y esperó en el salón a que acabara de montar la cama y el armario.

Estaba recogiendo mis herramientas cuando una voz resonó a mi espalda:

—Bueno, ¿qué te parece tu nuevo alojamiento?

¡Esa voz!... Di un respingo como si hubiera oído la llamada del muecín.

Lyès estaba en el quicio de la entrada, recién afeitado y embutido en un chándal rojo y negro. No lo reconocí de inmediato sin la barba. Estaba tan contento de volver a verlo que el destornillador se me cayó de las manos... Y yo que llegué a pensar que podía vivir sin mis *hermanos*... ¡Ja! Había intentado convencerme de que podía arreglármelas sin ellos, pero bastó que Lyès reapareciera para que las cosas se enderezaran. Mis dudas, mis obsesiones, mis frustraciones se esfumaron. El corazón me latía con tal fuerza que llegó a dolerme. Había dejado de ser un pecio a la deriva. Me sentí de nuevo encarrilado, del todo en mi elemento.

Lyès apartó los brazos para apretarme contra sí. Casi desaparecí bajo sus hechuras de coloso.

Al verme abrazado a mi emir, me sentí más feliz que nunca. Volví a notar el olor de los míos, su calor, su contagioso fervor. Me sentía aliviado, sosegado, salvado, colmado, y a la vez me reprochaba haber creído no volver a echar de menos a mis *hermanos*.

Lyès me empujó levemente para contemplarme de cuerpo entero:

—Estás en forma. Por lo que veo, te las has apañado mejor que nosotros.

—¿Dónde os habíais metido?

—¿Tú qué crees?

—Llegué a pensar que no os volvería a ver.

—Hiciste mal.

—Estaba totalmente desorientado.

—Velábamos por ti a distancia.

—Pues ni me di cuenta.

Me pidió que me sentara. Preferí quedarme de pie. La alegría por el reencuentro se desvaneció de inmediato. Volvieron a sobrecogerme mis semanas de angustia y todos esos reproches que estuve rumiando en mi soledad.

—Podrías haberme dado alguna noticia.

—Te envié a Ramdane.

—Menudo emisario... Ni siquiera fue capaz de buscarme un piso franco.

—Te dejó el taller de la asociación.

—Un taller abandonado.

—Al menos tenía luz y agua corriente.

—Pero no calefacción. Dormía sobre cartones.

Puso sus manos sobre mis hombros y me obligó a sentarme sobre la cama que yo mismo acababa de montar.

—Te mandé dinero. El suficiente para que compraras un calentador y mantas... Pero basta, no vayamos a discutir por tonterías. Nadie se lo ha estado pasando bomba últimamente. Yo mismo he estado oculto en distintos sótanos. Te recuerdo que estamos en guerra.

En guerra... La noche del 13 de noviembre centelleó en mi mente. El aullido de las sirenas de París taladró mis sienes, acelerándome el pulso y erizándome el vello con miles de espinas.

No reconocí mi voz cuando me oí decir:

—El RER estaba abarrotado de gente. Habría provocado una masacre. Se me agarrotó

el dedo de tanto apretar el pulsador... pero nada.

—Estamos al tanto de lo que ocurrió.

—Yo no. Quiero que me lo expliquen.

—El jeque lo hará en su momento.

Hizo una señal al chico, que seguía en el salón, para que se reuniera con nosotros.

—Te presento a Hédi, un *hermano* oriundo de Túnez. A partir de ahora viviréis juntos.

Tendréis tiempo de sobra para conoceros.

—¿Cuándo podré ver al jeque? Tenemos que aclarar ese asunto del chaleco falso.

Lyès me miró con enfado. Apretó los dientes.

—Deja de preocuparte por ese asunto, Khalil.

—Estoy obsesionado con él. Deberías haberme visto en París, una ciudad desconocida para mí, sin documentación ni dinero, con controles policiales en cada esquina. Ni siquiera tenía un cuchillo para degollarme en el peor de los casos. ¿Y si me llegan a detener, qué hago?

Lyès mandó al tunecino a comprar comida. Cuando este se fue, el emir me dijo:

—Era un chaleco para prácticas.

—¿Para prácticas?

—Exacto. Un instrumento pedagógico que usamos para que nuestros futuros artificieros aprendan a montar cinturones explosivos. Alguien debió de equivocarse al colocarlo donde no debía. Debimos haberlo revisado, pero no lo hicimos. Es lamentable, pero lo hecho hecho está. El jeque te pide perdón por ello. Tiene previsto recibirte en privado para zanjar este desafortunado incidente.

—¿Cuándo?

—Cuando le sea posible. Los servicios enemigos lo vigilan todo. Están desmantelando a toda prisa la red Shâm, lo cual demuestra que hay filtraciones. Nuestro grupo no corre peligro por ahora, pero no nos fiamos. Las mezquitas están llenas de infiltrados, y hay soplones en todos nuestros barrios.

Me agarré la cabeza con ambas manos para reflexionar. Pero ¿cómo hacerlo con ese avispero que tenía en la sesera? La historia del *chaleco falso* me tenía mosqueado. Algo en la versión de Lyès me remitía a la de Ramdane, y el emir me resultaba tan insondable como el albañil. *Estamos al tanto de lo que ha ocurrido*. ¿Cómo era posible? ¿Quién les había contado mi desventura parisina? Nadie, aparte de mí, podía saber lo que había ocurrido en el RER. Yo temiendo que me tomaran por un cobarde, sin saber cómo iba a poder justificarme, defenderme, enarbolar el teléfono estropeado como prueba para que se me creyera y rehabilitara, y ahora resultaba que me *pedían excusas*, que *deploraban* lo ocurrido, que querían *zanjar este desafortunado incidente*. Demasiado fácil.

Sentí la mirada de Lyès sobre mi nuca como si fuera una cimitarra.

Me recompuse:

—¿Cómo identificaron a Driss?

—Tenía antecedentes.

—Me pregunto...

—Te haces demasiadas preguntas, Khalil —me interrumpió Lyès—. Eso no está bien.

En cuanto a Driss, los investigadores están convencidos de que pertenecía a la red Shâm.

Aparte de su madre, ninguno de los nuestros ha sido interrogado. No ha habido orden de registro de nuestra asociación. Evidentemente, nuestra mezquita está bajo vigilancia, pero no tienen prueba concreta que la convierta en objetivo

prioritario. La espían como hacen con todos los demás lugares de culto.

Me levanté para abrir la ventana. Me estaba asfixiando. El aire frío me despabiló un poco. Respiré hondo, espiré, inspiré, y me di cuenta de que me temblaban las manos. El brutal paso de la alegría por el reencuentro a las dudas asesinas me tenía agotado mentalmente. Me apoyé en el alféizar de la ventana para recuperarme. A lo lejos, en un descampado, unos vagabundos habían encendido una hoguera en un barril. Tendían sus manos hacia delante como condenados ante las puertas del infierno.

—¿Qué te pasa, Khalil? Has tenido una mala racha, eso lo entiendo. ¿Pero es así como reacciona un creyente que estaba dispuesto a entregar su vida? Reacciona, y rápido. Si permites que la duda embargue tus convicciones, el Maligno no tardará en invitarse a tu mesa y acabarás comiéndote tus propias carnes.

—...

—Date la vuelta, Khalil. Quiero leer en tus ojos lo que perturba tu alma.

No tuve el valor de volverme hacia él.

Lyès me agarró con firmeza por el hombro y me obligó a girarme. Su mirada me penetró como una sonda mortal. Por primera vez, tuve miedo de ese hombre que era mi amigo de infancia, mi mentor y mi emir.

—¿En qué estás pensando?

Necesitaba encontrar una escapatoria cuanto antes porque ya no era dueño de mi destino.

Le dije, expeliendo el coágulo que tenía en la garganta:

—¿Tú te fías de Alí, el chófer?

—¿Es él quien te preocupa?

—¿Quién va a ser si no?... Ese tío es menos fiable que una serpiente. Si hubieras visto cómo se largó cuando nos dejó en Saint-Denis... Estaba loco

por quitarse de en medio.

Cuando lo llamé por teléfono para que regresara y me sacara del atolladero en que me había metido el maldito chaleco, activó el contestador... Estoy seguro de que si lo pillara la poli, lo soltaría todo.

—No tenías por qué llamarlo por teléfono, Khalil. Eso contravenía las normas. Pero no te preocupes, Alí no supone ningún riesgo para nosotros. En cuanto a ti, por el momento ni se te busca ni eres sospechoso. Además, tienes una coartada irrefutable. La noche del 13 al 14 de noviembre estabas en Bruselas.

—Podríaís haberme buscado una mejor coartada. ¡Yo... fornicar con una mujer casada,

y encima madre! Es como si cometiera de verdad el pecado de la carne.

—Tu misión es más importante que tus problemitas de ego. Es la coartada que te

hemos elegido. Te atienes a ella y punto. Algunos de nuestros hermanos trabajan como camareros en bares, o de vigilantes en cabarés. A ojos del Señor, no son menos puros que un imán en su almimbar. Así que, haz el favor, no te pases de la raya. Eres parte de un proyecto, y lo demás no es asunto tuyo. A partir de ahora, te alojarás aquí. Es un lugar tranquilo. Límitate a ser discreto. Por supuesto, seguirás trabajando con el turco hasta nueva orden, salvo que ya no tienes obligación de jugar al vigilante nocturno en su almacén. Si todo va bien, volveremos a la acción dentro de dos o tres meses. Tenemos tarea por delante. La próxima vez revisaremos tu arsenal de guerra antes de mandarte al frente. Espero que sigas dispuesto a ello.

—Más que nunca —le dije sin la menor vacilación.

10

MI JEFE NO PROTESTÓ CUANDO le anuncié mi decisión de dejar la vigilancia nocturna. Más bien se alegró de rebajarme el sueldo. Al final, nos llevábamos bastante bien. A veces almorzábamos juntos en su despacho y

charlábamos sobre esto y aquello. De cuando en cuando me dejaba las llaves de la tienda y se iba por ahí a vacilar con su todoterreno de lujo. Estaba orgulloso de él, y se pasaba buena parte del día sacándole brillo por dentro y por fuera, perfumándolo y rastreando la menor mota de polvo sobre el salpicadero y los asientos de cuero. A Souleymane le encantaba aparcar su rutilante carro delante de la tienda para dejar boquiabiertos a vecinos y transeúntes.

Me daba cierta lástima.

No hay ebriedad más burda que esa desaforada veneración por el lustre y los oropeles, ni más grotesco pecado que el de la ostentación.

Los devaneos de mi jefe no me impedían cumplir con mi tarea. Estaba al día en el registro de las entregas y en las entradas de dinero sin que faltara un céntimo, tomaba nota de los pedidos, negociaba con los clientes como si fuera el propio dueño. Al principio el turco revisaba meticulosamente las ganancias dándole una y otra vez a la calculadora.

Pero ya no. Apenas echaba una ojeada a las facturas, y solo por cumplir. De vez en cuando su hijo, un holgazán de veintidós años, aparecía por allí para husmear en la caja, pero yo lo despachaba sin miramientos.

Al anoecer me encontraba con mi compañero de piso. Hédi no era muy hablador, pero cuando no tenía más remedio que hacerlo, decía cosas sensatas. Según Ramdane, el tunecino tenía un montón de diplomas. Era lo único que sabía de él. Su historia, su trayectoria ideológica y sus funciones dentro de nuestro grupo eran alto secreto. Una noche que estábamos viendo por la tele un documental sobre los inicios del nazismo en Alemania, se puso a cuestionar las tesis oficiales y juraba que Adolf Hitler no se había suicidado, sino que murió treinta y cinco años después del final de la guerra en el sur de Argentina. En realidad me importaba un bledo la suerte del Führer, pero asentía sin discutir a las teorías de mi compañero. Se sabía un montón de verdades sobre los entresijos de la política occidental, los chanchullos internacionales, los envites geoestratégicos, las conflagraciones en Oriente Próximo, el asesinato de Muamar el Gadafi, el nuevo orden mundial y su reconsideración de las fronteras heredadas del colonialismo para avasallar a los pueblos indefensos y arrebatarles sus riquezas. Podía hablar durante dos

horas seguidas sin tomarse un descanso para luego callarse durante días enteros. A veces tenía la impresión de estar conviviendo con un espíritu burlón. Hédi estaba siempre sumido en sus lecturas, que solo abandonaba para hacer sus oraciones, que nunca se saltaba. Se había descargado en el iPhone la aplicación de las llamadas del muecín. A la primera señal, ya estaba de pie sobre su alfombrilla, orientado hacia el este.

Elegía los versículos más largos y permanecía un buen rato prosternado. A mí me resultaba excesivo verlo así, tan riguroso en lo tocante a la religión, pero no me costaba convivir con él. Compartíamos las tareas domésticas. Él se encargaba de la limpieza y yo de cocinar. Yo estaba algo más enganchado que él a la tele, pero lo único que me pedía era que bajara un poco el volumen mientras estaba leyendo.

Sin embargo, una mañana lo vi guardar un paquete de preservativos en el botiquín del cuarto de baño. ¡Y yo que lo tomaba por un santo!... Mi indignación pareció extrañarle:

—No hago sino satisfacer una necesidad natural.

—No tienes derecho a ello.

—Pues sí que tengo derecho. Y tú también. Estamos predestinados al sacrificio supremo. ¿Qué sentido tiene morir dejando viuda y huérfanos? Hay una fatua que nos permite el placer de la carne.

—¿Me estás hablando del matrimonio de placer?

—El matrimonio de placer es una distorsión desvergonzada de los dogmas islámicos, una torticera maniobra chií para licitar la fornicación extraconyugal, algo que la charía condena categóricamente. No tiene nada que ver con la excepción que se hace con guerreros como tú y yo. Por supuesto, también están los que se abstienen, pero eso no los pone por delante de quienes ceden a la legítima llamada del instinto.

Por mi parte, prefería abstenerme.

Cuando Hédi regresaba de alguno de sus *encuentros*, intentaba sonsacarle

algún comentario, aunque solo fuera por mantener una conversación, ya que me costaba soportar su mutismo. Se limitaba a sonreír sin soltar prenda.

EL IMÁN SADEK FUE DETENIDO con la intención de expulsarlo a Marruecos. La radio y la tele no hablaban de otra cosa. Por los platós desfilaban expertos, periodistas famosos, defensores de los derechos humanos, políticos de moda; algunos estaban a favor de la extradición, otros en contra. En cuanto a Rabat, protestaba, negándose a cargar con un

«fanático» de nacionalidad belga al que el reino alauí había despojado de su nacionalidad de origen.

Estuve siguiendo por la radio la intervención del abogado del imán. No faltaron las broncas y los insultos.

Cundió el pánico en nuestros cuarteles.

No hubo redada en la sede de Solidaridad Fraterna, pero por precaución sacaron de allí a algunos de sus miembros, dejando solo a las mujeres, a los cocineros y a algunos voluntarios libres de toda sospecha.

Lyès, nuestro emir, se esfumó tras haber dejado a Ramdane como suplente.

Este era el típico oportunista a quien bastaba con que se le confiara la custodia de un cachorro para que pretendiera hacer marcar el paso a toda la perrera. Se creyó que lo habían investido comendador supremo. Controlaba la logística, convocaba a quien le daba

la gana y a la hora que fuera por cualquier tontería. En cuanto a discreción, habría puesto sobre aviso a un perro viejo y achacoso de tanto fanfarronear y atribuirse las mayores hazañas. Pretendía hacernos creer que era el más íntimo colaborador del jeque. Por supuesto, todo era mentira. Ramdane no pasaba de ser un lacayo y un bocazas. Por él pude por fin saber cómo se habían enterado el emir y el jeque de lo ocurrido en el RER.

—Porque, precisamente, no ocurrió nada cuando debía ocurrir algo —me contestó.

Me contó que la noche del 13 al 14 de noviembre de 2015 el jeque, Lyès, el imán Sadek y su yerno estaban en Charleroi, en casa de su cuñado, un promotor inmobiliario que me había proporcionado mi actual escondrijo. Estaban los seis disponiéndose a darse la gran cena, que de hecho ninguno de ellos probó. Los medios de comunicación estaban difundiendo sin parar la desbandada que habían provocado los atentados parisinos.

—Estábamos muy preocupados. La masacre proyectada dentro del estadio no se produjo. Lyès no comprendía por qué nuestros *enviados especiales* —hizo un símil de comillas con los dedos— se habían hecho explotar fuera del recinto. La operación parecía haber fracasado. Tú eras nuestro último recurso. Las cadenas televisivas pasaban del Bataclan a las terrazas de los alrededores de la plaza de la República, volvían a los atentados fallidos de Saint-Denis, pero no decían nada del RER. A las dos de la mañana seguíamos en las mismas. Para Lyès, o bien te habías rajado o bien la policía te había detenido. En ambos casos corríamos el mismo peligro. El jeque dio orden de dispersión inmediata y cada cual se fue por su lado.

—Llamé a Alí, el chófer.

—A ver si te enteras... Está prohibido usar el teléfono. Alí no podía llamarnos ni llamarte a ti... Durante los días que siguieron a los atentados, hubo apagón total. Yo me quedé con el jeque en Charleroi, en lugar seguro. Como no dabas señales de vida, estábamos convencidos de que te habían detenido y te estaban interrogando en secreto para que nos delataras. Solo supimos de tu regreso a Bruselas cuando el artificiero nos dijo que habías pasado por su casa. Así fue como nos enteramos del motivo por el que no hubo explosión en el RER y de que no había sido culpa tuya. Te confieso que nos sentimos aliviados, pero había que localizarte cuanto antes. Me ordenaron que te buscara y por fin te encontré. Eso es lo que ocurrió.

—¿Llegasteis a creer que había desertado?

—Al principio, sí.

—¿De verdad parezco alguien capaz de tal cobardía?

—No te lo tomes a mal, Khalil. En estos casos, hay que ponerse en lo peor. Si

no, no hay forma de tomar las medidas oportunas. Pero estás aquí, con nosotros, más decidido que nunca. Ten por seguro que el jeque está doblemente orgulloso de ti. Por tu valor y luego por tu sangre fría cuando no tenías a quién recurrir.

Me abrazó y me dio un beso en la frente, una señal de respeto que, normalmente, se reserva para los dignatarios islamistas.

Por fin me sentí *expurgado* del veneno que me corroía las tripas y la mente. Sin

embargo, si bien mi incumplida misión en París se debía a un desafortunado error por fin aclarado, seguía teniendo mis dudas sobre lo del chaleco «pedagógico». Vale que mi cinturón de kamikaze fuese una copia para aprendices, pero ¿cómo se explicaba que la carga fuera de lo más real?

El imán Sadek fue finalmente expulsado a Marruecos.

—Los chacales del Atlas se lo van a comer crudo apenas aterrice el avión — predijo Hédi.

—Lo vengaremos —prometió Ramdane.

ESTABA TOMÁNDOME UN CAFÉ en un bareto cercano a la tienda. Unos adictos a las carreras de caballos charlaban a mi alrededor. Una mujerzuela fumaba en la calle mientras discutía con un negro altísimo. En la barra, dos jubilados no acababan de ponerse de acuerdo sobre las cualidades de un caballo. El camarero les aconsejaba que apostaran por una yegua llamada Jumper. Tras él, su mujer limpiaba vasos con cara de malas pulgas.

Una pantalla de plasma difundía un reportaje sobre un circo. Se veía una carpa destartalada, unas fieras famélicas en sus jaulas y a un payaso quejándose de las condiciones de trabajo y rodeado por un grupo de acróbatas que le daban la razón asintiendo con la cabeza. De pronto se produjo un cambio de imagen y se vio un plató de informativos. La locutora anunciaba algo urgente.

—Sube el sonido —gritó un cliente.

El camarero pulsó su mando a distancia.

La locutora dio la palabra a un corresponsal. Este, micro en ristre, se volvió hacia la estatua del Manneken Pis rodeada por un cordón de seguridad y varios furgones policiales.

Algunos guardias armados intentaban contener a los más curiosos.

—En principio, parece tratarse de un atentado terrorista que, afortunadamente, no ha provocado víctimas —dijo el corresponsal—. Un hombre ha intentado apuñalar a dos agentes de las fuerzas del orden. Según unos testigos, el individuo, de unos treinta años, gritó *Allahu Akbar* antes de abalanzarse sobre ambos policías esgrimiendo un cuchillo y obligando a estos a disparar. El agresor ha sido trasladado al hospital más cercano. Según la policía, solo está herido.

—¡Qué gilipollas! —exclamó el camarero—. Atacar a polis armados hasta los dientes

con una jodida navaja y a grito pelado. Menudo efecto sorpresa.

—Pues un gilipollas menos en el mundo —masculló uno de los jubilados.

Volví a la tienda.

Al día siguiente, la foto del *hermano* salió en primera plana de los diarios. «El kamikaze del Manneken Pis» lo titulaba *Le Soir*. El jefe de la policía aseguraba que el agresor, un desconocido para los servicios de información que había fallecido en la ambulancia, llevaba puesto un cinturón explosivo falso.

No conseguía entender aquello.

A MEDIANOCHE, RAMDANE ME TELEFONEÓ. Yo estaba durmiendo.

—Espero no haberte despertado.

—Demasiado tarde, acabas de hacerlo.

—¿A qué hora cierra tu tienda?

—A las siete.

—De acuerdo. Mañana mandaré a alguien a buscarte a las siete en punto.

—Que no sea Alí, por favor. Podría partirle la cara.

—Ya no tiene cara.

Algo en su voz me heló la sangre. (Más adelante me enteraría de que Alí no regresó a su casa la noche del 13 al 14 de noviembre. Encontraron su coche carbonizado en un descampado, pero su cuerpo no apareció.)

Al día siguiente, a la hora convenida, un taxi pasó a recogerme en la calle Heyvaert. Lo conducía Bruno Lesten, ahora rebautizado Zakaria. Mi antigua bestia negra del último curso de primaria, que me tenía aterrado, había cambiado completamente. Se había casado con una musulmana y convertido a nuestra religión. Alto, con un pelo tan rojizo como una hoguera de leña, fue uno de los primeros belgas de nacimiento que se unió a la asociación.

Siempre situado en las primeras filas en la mezquita, llevaba consigo un Corán y recitaba de memoria algunas suras en árabe. El jeque lo quería mucho.

No estábamos muy unidos; convivíamos sin más en el seno de la cofradía. Algo en su mirada me desagradaba. Cuando me lo cruzaba, no me sentía a gusto. Además, apenas contestaba a mis saludos. Nunca entendí por qué Driss lo admiraba tanto. Bruno no tenía ni carisma ni talento; era mal encarado y taciturno, y parecía disfrutar reprendiendo a la gente.

—¿Bruno?

—Zakaria —me corrigió.

—No esperaba verte.

—Yo tampoco —me dijo con sequedad.

—¿Cuándo has regresado?

—¿Regresado de dónde?

—Pues... de donde sabes.

—¿Y qué se supone que debo saber?

—¿No estabas en Siria?

Se le congestionó el rostro.

—Yo nunca he estado allí.

—Yo creía...

—¿Estás sordo o qué? Te estoy diciendo que ni siquiera sé donde se encuentra ese puto país.

Sin embargo, fue parte del primer contingente que había ido a guerrear contra Bachar al Assad. Al contrario que sus compañeros de armas, que saturaban las redes con sus fotos y vídeos de yihadistas victoriosos en los campos de batalla —unos enarbolando cabezas decapitadas de sus presas, otros cargando las camionetas con cadáveres de enemigos—, Bruno era de lo más discreto en ese aspecto.

—¿Quién te ha contado esa estupidez?

—Es lo que creía haber escuchado.

—¿Escuchado en boca de quién? ¡Cada uno a lo suyo! Si no, me voy a tener que cabrear. ¿Queda claro?

—No pretendía cabrearte.

—Más te vale. Cuando no se tiene nada interesante que decir, lo mejor es cerrar el pico.

Y si es demasiado pedir, lo solucionamos por la vía rápida. Y solo hay una manera de hacer callar para siempre a los parlanchines —añadió en tono amenazador—. Se les ahorca por la lengua.

No insistí.

Metió la primera y arrancó a toda pastilla. Si un gato hubiese cruzado la calle, lo habría atropellado solo para demostrarme hasta qué punto mi observación lo había irritado.

—¿Adónde vamos? —le pregunté para que no tomara mi silencio por cobardía.

—A Knokke-Heist.

—Todavía no estamos en verano.

Me miró de mala manera.

A Bruno no le gustaban ni el humor ni la familiaridad, motivo por el cual guardaba las distancias con él. Era un peligro latente, de ojos que torpedean sin previo aviso y boca mordedora.

—¿Puedes poner la calefacción? Se queda uno helado aquí dentro.

No puso ni la calefacción ni la radio.

Viajamos hasta la costa sin intercambiar una sola palabra más.

Una vez en Knokke-Heist, esperamos órdenes aparcados detrás de una gasolinera.

Quise ir en busca de café caliente pero Bruno me lo impidió.

—En la guantera hay todo lo necesario.

Había un bocadillo reblandecido y frío, una botella de agua mineral, una bolsa de caramelos acidulados, pero nada de café.

Bruno consultó su reloj antes de marcar un número de teléfono.

—Ya hemos llegado —anunció a su interlocutor—. ¿Dónde estás?...

Miró por el retrovisor. Dos destellos de faros perforaron la oscuridad a nuestras espaldas.

—Vale, pero no conduzcas demasiado rápido. Apenas se ve con esta mierda de niebla.

Un coche nos adelantó y Bruno lo siguió.

—¿Quién es?

—Cuanto menos sepas, mejor para todos...

—Esta no es la carretera de Knokke-Heist.

—Cambio de planes, vamos a Zeebrugge.

LLEGAMOS A NUESTRO DESTINO en medio de una espesa niebla. El coche se detuvo a la altura de un chalé con muy buena pinta, puso el intermitente izquierdo y siguió adelante.

Bruno giró allí donde le habían indicado. Una verja eléctrica se abrió sobre un patio cubierto de gravilla. Dos hombres armados con kalashnikov nos estaban esperando en la escalinata de la entrada.

—¡Joder, que esto no es una peli de narcos! —los apostrofó Bruno—. Esconded vuestros fusilitos de mierda, que os puede ver un vecino...

El piadoso Bruno no había renunciado del todo a su vocabulario barriobajero.

Los dos hombres no le hicieron caso. Nos hicieron pasar dentro, nos dejaron con un coloso negro vestido con chándal y regresaron a su puesto.

El jeque nos recibió en un inmenso salón amueblado al estilo marroquí. Nuestro venerado imán parecía haber envejecido un montón desde la última vez. No nos dio el abrazo tradicional, sino que nos señaló una banqueta acolchada.

Lyès estaba allí, sentado sobre un puf.

No había nadie más.

En la sala se respiraba un ambiente insano y opresivo.

El jeque estaba de mal humor. Despidió con sequedad al coloso negro, que había acudido para preguntar si necesitábamos algo. Se sentó sobre un cojín con su rosario en la mano y se nos quedó mirando como para asegurarse de que estábamos efectivamente allí.

—Han entregado al imán Sadek a sus sepultureros —nos anunció—. Lo han extraditado en un avión especial. Por lo que sabemos, lo han tenido en un lugar secreto en Casablanca antes de trasladarlo a otra parte. Hemos perdido su pista. Con toda seguridad, los esbirros del rey lo van a torturar hasta la muerte para sonsacarle información sobre nuestra organización. El imán Sadek es un santo, pero es de carne y hueso. No sabemos si podrá soportar la tortura. Los verdugos han desarrollado unas técnicas tan sofisticadas que, a veces, pueden hasta con los más duros de pelar. Por tanto, tenemos que estar más atentos que nunca.

—Ya hemos adoptado todas las medidas posibles —le aseguró Lyès.

—Toda fortaleza tiene su punto débil, emir.

Se volvió hacia nosotros:

—Una cosa está clara: el imán Sadek no saldrá vivo de la ratonera donde lo ha arrojado Bélgica. Conocemos de sobra la crueldad de los esbirros del régimen alauí como para creerlos capaces de la menor muestra de humanidad. Son muchos los hermanos que han perecido en las mazmorras del rey tras haber sido humillados, despellejados y destripados en fosas sépticas.

Desgranó su rosario doblando la nuca, como si quisiera contener un sollozo. Su emoción nos incomodó a Bruno y a mí. Lyès se esforzó en mantener una actitud solemne.

El jeque se secó una lágrima que no tuvo oportunidad de ver y meneó la cabeza. La barba se le estremecía por el esfuerzo en sofocar la pena que lo

embargaba.

Tras un profundo silencio, siguió desgranando su rosario.

—Nuestra causa va a echar horriblemente de menos al imán Sadek. Ha sido nuestro maestro y nuestro guía. Me resulta insoportable imaginarlo entre las garras de esos demonios. Algo me dice que ya ha dejado de sufrir, pero los esbirros del rey son expertos en resucitar a un muerto para proseguir con su asquerosa tarea.

Se dio un manotazo de despecho en un muslo:

—El consejo ha decidido reaccionar con fuerza. Si Marruecos quiere jugar con fuego, vamos a arrojar sobre él las llamas del infierno. Os he convocado, hermano Zakaria y hermano Khalil...

—Yo me apunto —dijo Bruno.

—No he acabado mi frase.

—Sé lo que espera usted de mí, jeque.

—No es necesario que me deis una respuesta de inmediato. Os doy tiempo para que os lo penséis...

—Yo ya lo tengo pensado, jeque —insistió Bruno.

—No dudo en absoluto de tu fervor, hermano Zakaria, pero es imperativo, para tenerlo todo bien atado, que ambos os lo penséis bien. Tu entusiasmo me emociona, así como tu entera disponibilidad, pero es mi obligación concederos un periodo de reflexión. Así no tendré la sensación de haberos pillado de improviso o de presentaros los hechos consumados. El consejo ha pensado en vosotros por una sencilla razón. Tú, Zakaria, porque tu familia política vive allí y no tienes antecedentes; y tú, Khalil, porque eres marroquí de origen y tampoco estás fichado, ni aquí ni allí. Pero no sois los únicos de la lista de candidatos. El consejo lo decidirá de acuerdo con las condiciones de la misión.

—Me sentaría muy mal que eligieran a otro antes que a mí —se obstinó

Zakaria—. Ya

me sentó fatal que me excluyeran, en el último momento, de la operación de París. Desde mi regreso forzado a Bélgica, no espero otra cosa. No entiendo por qué se me obligó a volver. Me encontraba a mis anchas en el frente. Con el debido respeto, jeque, exijo pasar

a la acción.

Lyès aprobó con la cabeza.

—Cada cosa a su debido momento —sentenció el jeque—. El consejo no ha tomado todavía una decisión.

—Quiero para mí esta misión —casi gritó Bruno.

—Yo también —dije a mi vez.

El jeque y Lyès intercambiaron una mirada de satisfacción.

—Comunicaré vuestra decisión al consejo, os lo prometo.

—Se lo agradecería infinitamente —le dijo Bruno.

El jeque se levantó para darnos un abrazo.

—Personalmente —nos confesó—, me gustaría que os encomendaran esta operación.

Marruecos se merece un buen castigo. La pena que siento por el imán Sadek me resultaría menos dolorosa si, para vengarlo, el consejo eligiera a hombres de los míos.

Nos pidió que lo siguiéramos a otra sala.

—Supongo que todavía no habéis cenado.

—Hemos picado algo.

—Mal hecho. He encargado una comida para nosotros cuatro.

No fue una comida sino un festín.

BRUNO Y YO REGRESAMOS a Bruselas esa misma noche. Tampoco intercambiamos una sola

palabra durante el regreso.

Bruno no estaba contento. El hecho de que nos juntaran para una hipotética operación no le hacía ninguna gracia, convencido como estaba de que un creyente que fracasa tan estrepitosamente en el cumplimiento de una misión tan sagrada es un ser maldito. En su opinión, yo era capaz de gafar al combatiente más esforzado y de chafar la más noble de las misiones.

Su actitud no me afectaba para nada. Bruno era más digno de compasión que de recriminación.

II

RAMDANE LLAMÓ A MI PUERTA. Por la cara que traía, parecía preocupado. Me aparté para dejarlo pasar, pero se negó con un gesto de irritación.

—Te he llamado diez veces a tu móvil.

—Ya no me quedaba saldo.

—Eso no es excusa, Khalil. Todos tenemos que estar siempre disponibles, tanto de día como de noche.

Eran casi las once de la noche. Estaba a punto de acostarme tras un duro día de trabajo.

Había repartido y montado dos grandes armarios, una cómoda y dos literas que me habían dado mucha tarea.

—Vístete —me ordenó—. Tengo que hablar contigo.

—¿No podemos hablar aquí?

—No. Salgamos a dar una vuelta.

Me puse una chaqueta por encima del chándal que usaba como pijama y unas deportivas y salimos de casa.

El plenilunio inundaba el barrio dormitorio con una luz plateada. Aparte de los coches aparcados en fila en ambas aceras, el entorno parecía una maqueta de tamaño natural. Ni un solo ruido, ni un asomo de insomnes por la calle. La gente estaba encerrada en su casa, frente a la tele y haciendo como si no existiera. Desde que me había mudado a este gris y desangelado barrio, aún no había llegado a cruzarme con un solo vecino.

Ramdane me abrió la puerta de su coche antes de montarse él. Su fingida deferencia me molestó. Era demasiado marrullero para ser educado y demasiado falso para ser creíble.

Puso en marcha el motor y dejó que se calentara un rato.

—¿Sabes de algún lugar agradable por aquí?

—Hay una comisaría a la vuelta de la esquina.

Frunció el entrecejo y, al captar que se trataba de una ironía, soltó una risotada.

—Qué gracioso eres.

Me dio una palmada en el muslo. Su gesto me irritó aún más.

—¿No conoces ningún restaurante agradable?

—Esto es un barrio dormitorio. Ni siquiera hay una tienda donde comprarse una cuerda de cáñamo y un taburete.

—Tienes razón. Este tipo de lugares es flipante. Esto parece un grandísimo dormitorio donde ponerse a esperar la muerte. (Tragó saliva al darse cuenta de su pifia.) Yo —añadió de inmediato— no consigo pegar ojo si no hay una

pandilla de jóvenes charlando en los bajos de mi bloque. Cuando estoy tan a gusto en mi cama y oigo el ruido del motor de un coche, lo vivo como una caricia. No soporto tanta tranquilidad. Una vez en que tuve que quedarme a dormir en pleno campo, tuve pesadillas de tanto silencio.

—¿Me has traído hasta aquí para contarme tu vida?

Me fulminó con la mirada.

—¿Por qué estás tan desagradable, Khalil? Cualquiera diría que un sacamuelas te ha arrancado la sonrisa. Siempre he ido de buen rollo contigo.

—Estoy reventado y necesito descansar.

Puso el coche en marcha y dio la vuelta a una manzana de viviendas.

—Yo también estoy reventado. Si por mí fuera, ya estaría en el sobre. Pero tenemos prioridades. Esto de hacerse cargo de la interinidad no es ningún chollo. Es tan engorroso como intentar coger dos melones con una sola mano. Hay que solucionar problemas por allí y a la vez coordinar actividades por allá. La responsabilidad es una carga, no un privilegio. Así que, por favor... un poco de respeto.

Estuvo esperando que me excusara, pero no dije nada. Carraspeó y redujo la velocidad para orientarse antes de tomar una avenida embarrada que llevaba directamente a un descampado.

Aparcó bajo un árbol y apagó el motor.

—¿Qué hiciste con tu cinturón de explosivos? —me preguntó a bote pronto.

Me quedé tan aturdido como si me hubiera disparado a bocajarro. Era lo último que esperaba que se me preguntara.

Ramdane supo de inmediato que acababa de apuntarse un tanto. Tamborileó con sus dedos sobre el volante, seguro de controlar la situación.

Tardé un momento en reponerme.

—Lo destruí.

Asintió con la cabeza redondeando los labios:

—Lo destruiste. Bien... ¿Y qué hiciste con la carga?

—¿Adónde quieres ir a parar, Ramdane?

—Llevabas puesto un chaleco explosivo. Quiero saber qué hiciste con él. Qué menos,

¿no te parece? Se trata de un material que no se ha utilizado. Cuando un soldado regresa de una misión, entrega su arma al almacenista. No tienes derecho a quedarte con una prueba que podría perjudicar a nuestro grupo.

—Te repito que lo destruí.

—Tal vez te dishiciste de él en París. Si los servicios enemigos lo encontraran, te identificarían de inmediato por las huellas digitales y el ADN que has dejado forzosamente encima.

Me estaba acorralando, cortando toda escapatoria. No había previsto tener que devolver nada al grupo. Pero lo peor no era eso: es que tampoco recordaba dónde había enterrado el cinturón. Tenía una vaga idea acerca de una rotonda, insólita en plena campiña, de una serpenteante carretera secundaria que bordeaba un río, pero me resultaba imposible recordar la salida de la autopista que había tomado Rayan cuando regresábamos de Mons, ni cualquier otra referencia susceptible de orientarme.

Ramdane me tenía acogotado... Curiosamente, él mismo me sacó del apuro. Dijo con

voz serena:

—Pero si estás seguro de haberlo destruido, el problema está resuelto.

Volví a respirar con normalidad.

—No hay la menor posibilidad de que los servicios lo encuentren —le dije.

—Con eso me quedo tranquilo... Estaba muy preocupado.

Se sonó con un clínex, exhaló un «¡ah!» de alivio y bajó la ventanilla para refrescarse.

—No sabes la preocupación que me quitas de encima, Khalil. Me imaginaba lo peor.

Por supuesto, no lo he comentado con nadie. Bastantes problemas tenemos ya. Pero reconoce que me sobran motivos para estar acojonado. Con esa tecnología tan puntera que manejan los servicios de información, son capaces de dismantelar una red con un pelo púbico... ¡Uf!, por fin puedo pensar en otra cosa.

Me dio otro manotazo en el muslo.

—¿Qué tal os fue ayer con el jeque?

O sea, que se trataba de eso. Ramdane me había presionado para poder hacerme la pregunta que realmente le interesaba: por qué me había convocado el jeque. Ese cabrón se las sabía todas. Tuve que contenerme para no agarrarlo por el pescuezo después de lo que me había hecho pasar.

—Por lo que sé, eres su colaborador más cercano —le dije con sorna—. ¿No te lo ha

contado?

—Últimamente estoy demasiado ocupado. Además, vivo en Bruselas y él en otra parte... ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Pues... ese encuentro.

Babeaba como una fiera ante el cadáver de su presa.

—¿Me prometes no contarle? —le solté como cebo para tomarle el pelo.

—Tienes mi palabra de emir interino.

Lo dejé cocer a fuego lento durante un buen rato antes de darle la puntilla:

—El jeque me ha propuesto que ocupe el puesto de Lyès.

Se contrajo como un cangrejo acorralado. Su prominente nuez se le cruzó en la garganta. Bajo la blanquecina luz de la luna, su rostro parecía de cera.

—No tienes la suficiente experiencia para ese cargo —farfulló—. Ni la veteranía.

Nunca has tenido mando sobre nadie. ¿Por qué tú? Hay una lista entera de gente que te precede... ¿Y qué pasa con Lyès? ¿Lo han destituido?

—Ha habido una promoción —le mentí para encelarlo todavía más—. Se unirá al consejo de aquí a un mes o dos.

—¿Y yo?

—De ti no hablé...

—¡Pues vaya!... Esta noche soy yo quien manda sobre ti, y mañana serás tú el que me

haga marcar el paso. No es justo. Con todo lo que he currado y esta interinidad que cumplo al dedillo... No me merezco esto.

—No te preocupes, he rechazado la oferta. No tengo la suficiente experiencia para ese cargo. Le he dicho al jeque que tú lo harías mucho mejor que yo.

—¿Me has propuesto en tu lugar?

—No veía a quién más proponer. Considerando tu veteranía dentro de la asociación y tu abnegación, el cargo de emir te corresponde de pleno derecho.

Ramdane pareció resucitar. Pasó de la aflicción al júbilo a la velocidad del rayo. Sus ojos volvieron a centellear.

—¿Y qué ha decidido el jeque?

—Primero tiene que consultarlo con el consejo. Pero no estaba en contra. Creo que tienes una posibilidad siempre que no se sepa lo que te acabo de contar. Ya sabes cómo son los miembros del consejo. Basta con que se rumoree un nombre para que le pongan una cruz.

—En ese caso, no me has dicho nada.

—Vamos a ver... Si ni siquiera nos conocemos.

Ramdane se secó la cara con otro clínex, temblando como un flan. Se apeó del vehículo para respirar hondamente el aire fresco, se estiró contorsionándose, sentado sobre el capó, y se dejó llevar por sus ensueños. Ya se veía ascendiendo por las escalas del Levante hasta alcanzar el sol.

Driss tenía razón: están los que hacen la guerra y luego los que se dedican a los negocios.

Permanecí en mi asiento, observando cómo Ramdane planeaba mil proyectos en su cabeza de besugo. No recordaba haberlo visto una sola vez presentarse voluntario para una operación de alto riesgo ni para vigilar alguna sinagoga. No pasaba de ser un mendigo de

privilegios, un calculador nato siempre presto a rentabilizar la menor oportunidad sin correr el menor riesgo.

Me daba asco.

¡Cuando pienso que estaba dispuesto a sacrificarme en cuerpo y alma para librar al mundo de ese tipo de gentuza!... Incluso en el paraíso, me habría disgustado haber dejado semejante escoria detrás de mí.

12

MI HERMANA GEMELA ME CITÓ delante de la oficina de correos. Hacía buen tiempo; Bruselas se había entregado al sol sin contemplaciones. Las terrazas de las cervecerías estaban abarrotadas. Las tiendas relucían a la luz del día. Una multitud de gente paseaba por los bulevares. En Bruselas, basta

con que el cielo esté un poco despejado para que las calles cobren un ambiente festivo. Pero un rayo de sol no basta para una redención. Esta ciudad siempre me había mentido. Hacía tiempo que había dejado de creer en sus promesas.

Zahra me esperaba en la acera, vestida con el abrigo que yo mismo le había regalado por sus veinte años. Me hizo señales con ambas manos. Estaba tan contenta de verme que cruzó la calle sin preocuparse por los coches.

—¿Qué tal ese viaje a Amberes?

Tardé unos segundos en entender su pregunta.

—La rutina de siempre.

—¿No ibas a estar allí solo dos o tres días?

—Pues la cosa se ha prolongado... Pero ha merecido la pena. Ahora tengo trabajo.

—¿De verdad? ¿En Amberes?

—Aquí, en Bruselas. Trabajo en la tienda de un vendedor de muebles que es muy buena persona. Si todo va bien, espero que podamos ser socios.

—¿O sea, que vas a ser tu propio jefe? Eso es estupendo.

—Todavía no hemos llegado a tanto, pero vamos por buen camino.

—Me alegro muchísimo por ti. Así podremos verte más a menudo.

Me agarró por la muñeca y me llevó tras ella.

—Ven, quiero presentarte a alguien.

Estaba excitadísima.

Me llevó hasta una agencia de viajes, a un centenar de metros de la oficina de correos.

Una joven estaba archivando unos informes, vestida con un traje de chaqueta tan ajustado que me indispuso de inmediato.

Las dos chicas se abrazaron con demasiado entusiasmo para mi gusto. Me mantuve algo apartado para no tener que dar la mano a la desconocida.

—Estaba por el barrio y he pasado a saludarte —le dijo mi hermana.

—Qué bien...

—¿Recibiste mi SMS?

—Claro.

—¿Estás de acuerdo?

—Primero se lo tengo que preguntar a mi jefe. Hace meses que no me tomo unas vacaciones.

—Me gustaría que fueras a la fiesta. Necesitamos a todas las chicas posibles.

—Veré lo que puedo hacer.

—Muy bien... Volveremos a hablar del tema esta tarde, en casa de Nawal...

¿Conoces

a mi hermano?

La chica se me quedó mirando antes de negar tímidamente con la cabeza.

—Se llama Khalil. Pronto trabajará por su cuenta. Es un carpintero fuera de serie...

La chica apartó levemente la cabeza, incómoda.

—Bueno, tengo que irme. Veo que tienes un montón de trabajo... Hasta luego, Leila.

—Por supuesto, Zahra. Tengo algo que recoger de casa de Nawal.

Salimos a la calle. Mi hermana estaba roja como un tomate.

—¿Has visto los ojos que tiene? —me preguntó con la voz contraída por la emoción—.

Verde puro. Son como esas canicas de cristal con las que jugábamos tú y yo de niños. Los tiene tan transparentes que se le pueden leer hasta los pensamientos.

No me enteraba de nada.

Se detuvo al final de la calle, jadeante.

—¿A que es guapa?

—Es guapa.

—Es una chica estupenda, seria y todo lo demás. Todo el mundo la pone por las nubes.

Su padre es contable, y su madre, maestra. Tiene dos hermanos estudiando en la universidad. Una familia como Dios manda...

—¿A qué viene tanta coba, Zahra?

Me apretó con fuerza las muñecas.

—Apenas la vi, pensé en ti. He estado indagando y estoy convencida de que Leila está hecha para ti. ¿Te das cuenta? Podrías tener hijos con los ojos claros.

—¿Qué?

—Antes o después tendrás que formar una familia, Khalil, ¿no crees?

—Lo siento, ya estoy pillado.

—No me digas que has vuelto con esa loca de Mansourah.

—No, con esa loca no.

—¿La conozco?

—No creo.

—¿Y qué tiene que no tenga Leila?

—El velo integral.

Zahra estaba decepcionada. El entusiasmo se le esfumó, dando paso a una perplejidad contrariada.

—El velo integral no demuestra nada, Khalil. Conozco a chicas que lo llevan a todas horas pero que no dejan de meterse en coches sospechosos.

—No es el caso de la mía.

—Tienes que presentármela.

—Cuando sea el momento oportuno.

Miró a su alrededor, desconcertada.

—Escúchame, no quiero obligarte a nada. El matrimonio es algo serio. No tomes decisiones que luego vayas a lamentar. Yo que tú, me lo pensaría dos veces. Leila es estupenda, culta y piadosa. No te fijes solo en su forma de vestir. Se lo manda su jefe. Te aseguro que es una chica sana. Rezamos juntas los viernes en la mezquita... ¿Y si fuéramos a un café para charlar tranquilamente?

—Deberías evitar los cafés. Está muy mal visto que una chica se sienta en un local lleno de desconocidos. Esos lugares están hechos para los hombres.

—Entonces vayamos a casa.

—Sabes de sobra que no es posible, Zahra.

—Nuestro padre nos necesita. La imagen por resonancia magnética le ha detectado un adenoma de próstata. El urólogo le ha mandado hacerse una biopsia para determinar la naturaleza del tumor.

—Es la voluntad de Dios.

—De acuerdo, pero se trata de ti. Dios no te prohíbe reconciliarte con tu progenitor. Al contrario, el islam propugna el perdón. La piedad filial es tan sagrada como la piedad en sí misma. Además, ¿qué puedes reprochar a nuestro padre? ¿Que te haya dado algún que otro tirón de orejas? No veo motivo para tanto rencor. Al fin y al cabo, es tu padre.

—Para ello debería primero dejar de emborracharse como un cerdo.

—¿Como un cerdo? —se indignó casi atragantándose—. ¿Así es como tratas a tu padre? ¿Como un cerdo? (Los ojos se le anegaron en lágrimas.) No tienes derecho. Y

además no te lo consiento, ¿me oyes? Pregunta a cualquier imán si Dios admitiría que un hijo llamara cerdo a su padre. En eso el Corán es categórico. Ni siquiera se tiene derecho a

contradecir a los padres, y aún menos a reprenderlos. En cuanto a odiarlos, eso es sacrilegio.

Le temblaban las mejillas.

—Si me tienes cariño, Khalil, si quieres volver a verme, vuelve a casa y pide perdón a tu padre. Quiero que le beses la cabeza, que te arrodilles ante él y te disculpes aunque estimes que no tienes nada que reprocharte. Si no, ni siquiera intentes llamarme por teléfono.

Dicho esto, me dejó plantado en la acera y se dirigió a paso rápido hacia el autobús, que acababa de detenerse en la parada.

No podía imaginar que nunca más volvería a oír su voz.

ESA MISMA NOCHE SONÓ EL TELÉFONO en casa de Hédi.

Mi compañero de piso encendió la luz de mi dormitorio.

—Vístete. Me han pedido que te lleve a Gante.

—¿Ahora? —mascullé, medio dormido y enfadado porque se me molestara a esa hora,

convencido de que se trataba de otro exceso de celo de Ramdane.

—Ahora mismo. Llévate tus cosas contigo, incluso tus documentos y tu pasaporte.

UN COCHE NOS ESPERABA en la entrada de Gante. Lo seguimos hasta una pequeña casa de ladrillo macizo que daba a una huerta. El coche que nos escoltaba frenó delante de la verja, puso el intermitente y siguió su camino, como en Zeebrugge. Esta vez no nos recibió en el vestíbulo un negro con chándal, sino el propio Lyès. Estaba solo. Rogó a Hédi que fuera a la cocina a prepararnos café y me llevó hasta un cuartito someramente amueblado. Había una cama, una mesa baja, un armario estrecho en un rincón y una vieja alfombra en el suelo.

—Supongo que es mi nuevo hogar —le dije, decepcionado.

—Solo por esta noche —me tranquilizó el emir—. Mañana estarás mejor alojado.

—¿Por qué no haber esperado hasta mañana?

—Khalil, hermano, ¿cuándo vas a aprender a no hacer tantas preguntas?... Tu nuevo piso franco estará listo mañana. ¿Quieres saber por qué te he sacado tan tarde de la cama?

—No.

—Te lo voy a decir de todos modos. Porque el consejo acaba de tomar una decisión hace menos de dos horas. Te han elegido para la operación. El jeque te quería felicitar personalmente y pidió encontrarse contigo aquí. Desgraciadamente, me acaba de llamar para excusarse. Una urgencia lo tiene retenido en otra parte... ¿Quieres saber por qué Gante?

—No.

—Pues también te lo voy a contar: para alejarte de Bruselas con el fin de

preservar al máximo nuestros planes. A partir de este momento, cortas todo contacto con el mundo

externo... Dame tu teléfono.

Obedecí.

Me dio otro móvil.

—Este solo tiene dos números, el mío y el de Hédi, que va a cuidar de ti hasta tu partida. No me llames directamente. Si me necesitas para algo, se lo dices a Hédi. Él se pondrá en contacto conmigo. Y solo contesta cuando aparezca mi nombre clave: Lisboa.

Si no aparece Lisboa, no contestes. Salvo que se trate de Hédi, claro está. Recapitulo: solo llamas a Hédi y solo me contestas a mí. No intentes ponerte en contacto con tu familia ni con nadie más. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro.

—Solo nosotros dos conocemos tu número...

—Lyès, vamos a ver... que no soy un niño... ¿Cuándo salgo?

—No lo sé. Pero no creo que tardes mucho.

—¿Y cuál es mi destino?

—Marruecos, por supuesto.

—¿Y Bruno?

—Zakaria está de camino. Llegará dentro de un rato.

Hédi nos trajo café. Lyès le dio las gracias y le pidió que regresara de inmediato a Bruselas.

—Estate pendiente del teléfono —le ordenó.

Cuando se fue el tunecino, Lyès me pidió que le entregara mi pasaporte, comprobó la fecha de caducidad y los escasos sellos de las páginas interiores. Frunció el entrecejo.

—¿Algún problema?

—No necesariamente. Hace tres años que no pisas Marruecos. ¿Qué piensas contestar

si te pregunta la policía de fronteras por qué has tardado tanto en regresar?

—¿Y por qué me iban a preguntar eso?

Me miró con severidad.

—Perdón, se me ha escapado... —le dije—. Diría que me han hablado de una bonita

prima y que vengo a comprobar por mí mismo si me conviene.

—¿Tiene nombre esa prima?

—Milouda.

—¿Existe de verdad?

—Sí.

—Puede que ya esté casada.

—Solo tiene quince años.

—¿Dónde vive?

—En Nador.

—¿Y para qué has venido a Marrakech?

Ahí no supe qué contestar.

—¿Lo ves? Esos son los pequeños detalles que pueden arruinar unos planes diseñados pormenorizadamente... Te pueden hacer cualquier tipo de preguntas en el aeropuerto de Marrakech. Esos tíos son unos auténticos lince. Son capaces de adelantarse al mismísimo diablo. Para darles el pego, debes mantener la calma y tener respuesta para todo. Zakaria no tiene ese problema. Su cuñado es director de una fábrica de productos de ferretería en Souihla, al oeste de Marrakech. En cuanto a ti, vas a visitar a un pariente que vive en Gueliz. Su nombre y apellido, su filiación, su dirección y su foto están en el sobre que tienes ahí, sobre la almohada.

Un coche se detuvo fuera. Lyès echó una ojeada por la ventana.

—Es Zakaria.

—Podría haber venido conmigo. Tanto coche deteniéndose en el mismo lugar a estas horas de la noche puede llamar la atención de los vecinos.

—Zakaria no estaba en Bruselas.

Lyès fue a abrir.

Bruno le dio un fuerte abrazo en el vestíbulo y se limitó a hacerme un leve gesto con la cabeza.

—Hemos venido a toda prisa —le dijo.

—Has llegado a buena hora. Dile al chófer que se vaya.

Bruno despidió con un gesto de la mano al conductor, que seguía dentro del coche, y cerró la puerta.

—Bueno, ¿qué? —preguntó con nerviosismo—. Espero que no me hayas hecho cruzar

todo el país para darme una mala noticia.

—Te vas.

Bruno lo abrazó con alegría.

— *¡Aljamdulilá!* ... No he parado de rezar durante todo el trayecto. (Se volvió hacia mí.) ¿Khalil está en el ajo?

Bruno no parecía encantado de que fuera con él.

Lyès le dio una palmada en el hombro:

—Khalil es un gran activo. Había seis voluntarios, todos con la misma determinación.

El consejo os ha elegido porque vuestro perfil es el más apropiado.

No tenía mucho aprecio a Bruno, pero aquella noche lo odié.

Lyès nos reunió alrededor de una mesa baja para explicarnos lo que el consejo esperaba de nosotros. Abrió un plano de Marrakech sobre el cual había dos lugares rodeados por un círculo rojo a lápiz.

—Estos son los objetivos: el jardín Majorelle o la plaza Yamaa el Fna. Vosotros decidiréis una vez allí. Os entregarán todo el material necesario para llevar a cabo la operación. Sabemos que el jardín está muy vigilado, pero hay una fiesta prevista para el 23

de marzo. Habrá un montón de gente importante, muchos europeos, los notables de la ciudad y las autoridades locales. Vosotros decidiréis. Si el dispositivo de seguridad, que por supuesto estará reforzado alrededor del jardín, os plantea problemas, pues os vais para Yamaa el Fna. Ese mismo 23 de marzo por la noche, cuando hay mucha gente... Zakaria, el consejo te ha nombrado jefe del grupo. Saldrás dentro de dos días para hacer los preparativos. Todo está listo en el plano logístico. Solo te encargarás de los preparativos operacionales. Allí te estará esperando un equipo muy preparado. En cuanto a ti, Khalil, volarás a Marrakech tres días antes de la operación.

—¿No puedo salir a la vez que Bruno?

Lyès meneó la cabeza, tan irritado como divertido.

—Lo siento —le dije.

—Ya lo sé... se te ha escapado.

Bruno se rascó la nuca:

—Yo optaría por Yamaa el Fna. Es de más fácil acceso. Además, hay muchos turistas

de todo mundo...

—Lo decidiréis allí mismo —lo interrumpió Lyès—. Personalmente, preferiría que se

atacara el jardín. Tendría más repercusión mediática. El jeque opina lo mismo. Pero hemos decidido daros un margen porque lo importante es que la operación sea un éxito al cien por cien. Fuentes fiables nos han dicho que el imán Sadek ha muerto, asesinado. Ya sea el jardín o la Yamaa, lo importante es que Marruecos sirva de ejemplo a todos los países musulmanes que hacen el trabajo sucio a Occidente manchándose las manos con la sangre de nuestros hermanos.

Pasamos buena parte de la noche puliendo nuestros planes de viaje, de residencia y de desplazamientos en Marrakech, y rezando para que Dios nos asistiera en nuestras elecciones y decisiones.

A las cuatro de la mañana, un coche pasó a recoger a Lyès y a Bruno.

Me quedé solo en la habitación fría, intentando en vano dormir.

A mediodía, Hédi me encontró en la cama. Me pidió que me duchara y lo siguiera. Me llevó a un estudio precioso, en el centro de la ciudad, en el último piso de un edificio que daba al Graslei. Había una tele de plasma de gran tamaño colgada de la pared, una nevera llena de comida y una cocina perfectamente equipada. Mi habitación era muy bonita, con cortinas finas, una cama digna de un potentado y una moqueta que hacía juego con el azul

del techo.

—Esto parece un hotel de cinco estrellas —exclamé, encantado de tener algo

de comodidad después de tantas semanas de fuga y de noches agitadas.

—Esto no es nada comparado con lo que nos espera allá arriba —tuvo a bien recordarme Hédi.

—Lyès me ha dicho que estás a mi servicio.

—Te bastará con frotar la lámpara maravillosa para que acuda a cumplir tus deseos.

—¿Todos mis deseos?

—Sin excepción.

—Tengo ganas de ir a una playa tranquila.

—¿Ahora mismo?

—En este mismo instante.

Hédi apartó los brazos obsequiosamente.

—Sus deseos son órdenes, Alteza.

En menos de una hora estábamos en Blankenberge. En el Titanic, un restaurante del paseo marítimo, nos atiborramos de pescado a la parrilla. Como la playa estaba llena de familias endomingadas, pedí a Hédi que me buscara otra menos concurrida.

Llegamos a una minúscula bahía desierta limitada por dos peñones.

—¿No te importa dejarme solo? —pedí a Hédi.

—En absoluto. Te espero en el coche.

—Prefiero que te vayas.

—¿Tanto te molesto?

—Necesito comulgar con el mar.

—Espero que no te tires al agua. Pillarías con seguridad un catarro de aúpa, lo que puede comprometer nuestros planes.

—Por favor, vete. Ven a buscarme dentro de una hora.

Hédi no sabía qué hacer.

—Lyès me ha ordenado que no me separe de ti en ningún momento.

—No voy a salir volando. Solo una horita. Necesito estar solo frente al mar.

Hédi se lo pensó un buen rato antes de sacar su móvil, sin duda para informar al emir de mi capricho y tener su permiso.

—Realmente, no merece la pena —le dije.

Acabó asintiendo, se subió al coche y condujo hacia la carretera.

ME QUITÉ LOS ZAPATOS y los calcetines, me remangué el pantalón hasta las rodillas y caminé por la arena húmeda, que crujía bajo mis pasos. El mar estaba revuelto. Las olas se estrellaban con furia contra las rocas, provocando géiseres de espuma entre sus recovecos.

Era grandioso. En medio de aquella histeria láctea hecha de estruendo y de apoteosis repetida, una especie de júbilo me recordaba mi furia juvenil, cuando conseguía derribar a algún adversario odiado con todas mis ganas.

Me senté sobre una duna, enfundado en mi chaqueta como un gorrión aterido de frío, y respiré hondo de cara al viento. El graznido de las gaviotas acompañaba mi recogimiento.

Un sentimiento de dicha primaria me produjo una maravillosa sensación de plenitud.

Hacía tres años que no me bañaba en el mar. Fue en Saidía, en el extremo noreste de Marruecos. Un estrecho río nos separaba de las playas argelinas. Un amigo de mi padre nos había prestado su casita. Todas las mañanas me

reunía con mis amistades vacacionales para nadar lo más lejos posible. Los socorristas nos avisaban con sus silbatos para obligarnos a regresar, pero seguíamos nadando hasta quedar agotados; luego hacíamos la plancha y, con la boca llena de agua, lanzábamos chorros al aire como si fuéramos cachalotes. Solo salíamos del agua entumecidos por la hipotermia y nos acostábamos sobre la arena caliente hasta bien avanzada la tarde.

Entre el mar y yo se producía una corriente magnética que nos conectaba para que solo percibiera el oleaje y el creciente rumor marino. La playa, la colina, el cielo se difuminaban a mi alrededor. Solo tenía ojos y oídos para la coreografía acuática. El mar me extasiaba con sus misterios, tan cautivadores como los de la muerte; lo amaba porque sabía callar sus secretos, como hace el Señor. Nadie conoce su edad, no hay ciencia capaz de medir su fuerza. Inmemorial, salvaje e imprevisible, compite con la eternidad y nos remite a nuestra inconsistencia de fantasmas precoces borrando nuestras huellas sobre la arena, las de nuestros pecios en los arrecifes, las estelas de nuestras naves, el horror de nuestros naufragios. Dos cosas en él evocan a Dios: la comunión y la omnipotencia. Si bien la tierra tiembla con los cataclismos, los volcanes la destripan y los huracanes la despeinan, el mar absorbe sus tempestades como quien se traga un huevo y, preñado de nuestras angustias, sigue velando sobre sus horizontes manteniendo a raya nuestras costas, siempre igual a sí mismo cual profecía que escapa tanto a los exégetas como al común de los mortales.

Aquel día me habría gustado ser una gota de agua para diluirme en el remolino de una resaca, una infinitésima partícula de espuma, una microscópica salpicadura sobre el pico de una gaviota. Me habría gustado desaparecer en el acto, así... solo con chasquear los dedos. No temía dejar de ver las puestas de sol ya que las tendría a espuestas en los vergeles del Señor. Tampoco temía echar de menos a los seres queridos porque todos acabarían reuniéndose conmigo en las praderas eternas. Cuando llega el momento de la verdad, el bien y el mal se invalidan. Solo queda lo que habrá que cumplir con los ojos cerrados. Uno deja de hacerse preguntas. La única respuesta que se impone es: «¡Estoy preparado!».

13

ZAHRA Y YO ESTAMOS JUGANDO en la playa desierta. Zahra lleva un vestido blanco, y yo, un calzoncillo demasiado grande. Hemos cavado un

profundo agujero en la arena. Pido a Zahra que se meta dentro. Ríe echando hacia atrás su larga melena. Se niega con un movimiento de cabeza. Me encojo de hombros y decido hacerlo yo. Me retiene por un brazo y por fin lo hace. La cubro de arena hasta el cuello. De repente, Yezza baja a toda prisa de una duna gritando: «¡Tsunami, tsunami!». Me doy la vuelta. Una gigantesca montaña de agua rojiza se aproxima a la playa, escoltada por una bandada de rapaces negras... Yezza llega hasta mí, jadeando con la mirada extraviada... «¿Dónde está Zahra?», me grita... «Está...» Se me encoge la garganta. Zahra ha desaparecido.

«¿Dónde está Zahra? ...» «Estaba aquí hace un momento...» «Encuéntrala antes de que el tsunami nos arrolle...» Cavo en la arena... cavo y cavo como un descosido. Tengo las manos ensangrentadas. Imposible llegar hasta Zahra... Por fin agarro un pico de su vestido blanco, que, de inmediato se me va deshilachando entre los dedos como volutas de humo... Presa del pánico, Yezza se abalanza sobre mí, me tumba y pateo con rabia... «Es culpa tuya, es culpa tuya...» Los pies de Yezza son dos enormes zuecos herrados... Cada patada que me da en el vientre me hace vomitar...

Desperté anegado en sudor y con la tripa suelta. Fui corriendo al váter. El vientre se me alivió como una catarata apenas me senté sobre la taza. Tuve la impresión de estar vaciándome por dentro.

—Tómatelo con calma —me soltó Hédi desde el salón—. ¡Menuda fanfarria!

Salí de allí con el rostro demacrado y las piernas flojas.

—Estás blanco como una sábana —me dijo—. ¿Qué has comido a mis espaldas? El piso huele como si tuviéramos un escape de gas de esquisto.

—He tenido una pesadilla terrible.

—Si te hubieras levantado al amanecer para hacer tu oración del *fajr*, te habrías ahorrado ese mal despertar... ¿Quieres que te traiga algún potingue de la farmacia?

—No hace falta. Ya se me pasará.

Me dejé caer sobre el canapé. Hédi estaba viendo un programa cultural en la tele. En el plató, un escritor de tez morena hablaba con una periodista de la RTBF: «Si nosotros, los musulmanes, estamos tan atrasados con respecto a los demás países, es por cómo tratamos a las mujeres. Me basta con estar en la calle o en una administración pública para darme cuenta de cómo las despreciamos. Por mucho que destaquen por su talento, su inteligencia, su abnegación, los hombres solo las vemos como seres subalternos e inmaduros. No hay país capaz de emanciparse plenamente sin haber liberado previamente a la mujer. ¿Pero cómo hacer para que lo entiendan esas instituciones falocráticas?».

—¿Quién es ese payaso?

—Uno de esos lacayos que lamen el culo a sus amos. Dan ganas de vomitar.

—¿A qué esperas para cambiar de cadena?

Hédi pulsó el mando a distancia y aparecieron unos informativos. Unas imágenes imprecisas mostraban a gente corriendo, presa del pánico; otras personas salían escupidas de una boca de metro, conmocionadas y con el rostro ennegrecido por el humo. Unas chicas lloraban, desplomadas ante el portón de una casa. Unos camilleros evacuaban a heridos mientras unos policías intentaban poner algo de orden en medio de un caos indescriptible.

—¿Dónde ha ocurrido?

—No lo sé —contestó Hédi—. Me estoy enterando a la vez que tú.

—Los polis parecen belgas.

Al pie de la pantalla pudimos leer: «Urgente. Atentado en el metro de Bruselas.»

—¡Mierda! —exclamé—. Esto puede comprometer mi salida para Marrakech.

—¿Y eso por qué?

—Porque van a reforzar los controles de seguridad en las estaciones y los

aeropuertos para impedir que los autores del atentado puedan salir del país.

—Pero hombre, tú no estás fichado...

—Esto no me gusta nada. Debieron esperar a que me fuera a Marruecos. Mi misión es

prioritaria.

—No creo que nuestro grupo tenga nada que ver con esto, ni siquiera que esté al tanto.

Además, vete a saber si se trata realmente de un atentado. Los medios de comunicación siempre se adelantan y hablan de yihad antes de haberse enterado de lo que ha pasado.

Pasamos toda la mañana ante la tele para ver de qué iba la cosa. Efectivamente, se trataba de un atentado que Daesh reivindicó de inmediato. Según las primeras estimaciones, se hablaba de cinco muertos y de una decena de heridos.

YO SEGUÍA CON LA TRIPA SUELTA, y no pasaban diez minutos sin que tuviera que ir al váter.

Tenía el estómago totalmente descompuesto. Ya solo soltaba unos grumos espumosos.

—Puede que sea una gastroenteritis —diagnosticó Hédi.

—Ayer comimos lo mismo.

—Entonces puede que sea el estrés.

—¿No pensarás que estoy asustado? —exclamé, ofendido—. Sé perfectamente para qué voy a Marrakech. Y me siento honrado por ello. No soy un miedoso, ¿vale? En París no me rajé. De no haber sido por ese jodido cinturón, no estaría ahora aquí, conteniéndome para no romperte la cara. Así que cuidado con lo que dices, ¿está claro? Si

no, te pongo de patitas en la calle con la cara tan destrozada que ni tu madre te reconocería.

—Mi madre está muerta, Khalil. No pretendía ofenderte.

—Entonces, piensa bien lo que dices antes de soltarme tu basura.

Hédi optó por meterse en su dormitorio.

POR LA TARDE DEJÉ DE TENER tantos retortijones de estómago, aunque no desaparecieron del todo. Para hacerse perdonar, Hédi me propuso que saliéramos a dar un paseo por el muelle Graslei. Me negué. Al anochecer me invitó a una buena cena en un auténtico restaurante, tras lo cual hicimos las paces.

LYÈS TENÍA QUE PASAR a verme al día siguiente, pero no apareció por allí.

—Será por lo del atentado —supuso Hédi.

—¿Crees que tiene algo que ver en él?

—Sería una idiotez por su parte. Tenemos pendiente una operación de mucha mayor envergadura.

—¿No te ha llamado?

—No.

Por la noche salimos a pasear por la orilla del Lys y a visitar un poco el centro de la ciudad. Hacía buen tiempo. Grupos de jóvenes se divertían delante de unos bares muy animados. Cenamos en una pizzería. Hédi entabló conversación con dos chicas sentadas en la mesa de al lado. No parecían insensibles a los encantos del tunecino. Reían a carcajadas con todas sus gracietas. Hédi tenía claras dotes de seductor. Era cortés e inteligente, y le encantaba hacer gala de su erudición. Al cabo de media hora, las chicas solo estaban pendientes de sus labios; asentían con la cabeza bebiéndose las palabras de mi compañero de piso con mayor deleite que si fuera su coca-cola.

—¿Por qué tu amigo no dice nada? —pio la más mona de las dos.

—Es que es muy tímido —le contestó Hédi.

—¿Tiene nombre?

—No solo eso —repliqué—, pero no estoy interesado.

—Está casado —se apresuró en decir Hédi para que la chica no se sintiera despechada.

Al final Hédi se fue con ambas amigas. Al verlo alejarse entre sus dos conquistas, me pregunté hasta qué punto el tunecino era de fiar. Quien no sabe reprimir sus instintos no puede pretender tener la fe de un verdadero creyente. He aprendido a distinguir entre quienes creen y quienes creen creer. Estos piensan estar tocados por la gracia, pero están equivocados. La gracia solo toca a los caracteres templados, inflexibles, duros de roer, a los radicales de pura cepa a quienes nada en este mundo consigue fascinar más de la cuenta. Si Hédi cedía con tanta facilidad a los pruritos de la carne, era porque los falaces placeres terrenales seguían contando para él. No me lo imaginaba con un cinturón

explosivo pegado al cuerpo. A la hora de la verdad, no sabría renunciar a su afición a los vicios humanos y, por tanto, no tendría el valor de pulsar el detonador. Personalmente, no apostaría por él y me negaría en redondo a tenerlo por compañero en una operación suicida.

A un árbol se le puede podar, arrancar, convertir en papel, en mueble, en viga o en leña, pero no hay nada capaz de quebrantar las convicciones de un *verdadero* creyente. Yo jamás me habría dejado cegar por la mirada de una mujer. No me habría rendido ante las tentaciones ni habría permitido que unos cantos de sirenas suplantaran la llamada a la oración del muecín. Ya estaba *en otra parte*, en mi inexpugnable torre flotante, desde donde no había ilusión óptica que pudiese desenfocar mis referencias como musulmán.

Había desarrollado una relación estrictamente cósmica con los seres y las cosas. ¿Sería la domesticación de la muerte lo que matizaba mis sentidos y

remodelaba mis facultades?

Sin duda. En otros tiempos, seguía adelante sin detenerme ante lo que me rodeaba, pero tras el 13 de noviembre de 2015 cada uno de mis pasos se convertía en escala. Era como si hubiera descubierto otro aspecto de lo que creía conocer. El cielo ya no era el cielo, era el oasis; la tierra ya no era la tierra, era un espejismo. Me desplazaba como un funámbulo entre ambos, con una pértiga flexible, la cara alta y magníficas alas blancas en la espalda.

Lo que no pasaba de ser una banalidad cobraba una singularidad insospechada; las nimiedades de antaño se volvían de repente esenciales; daban ganas de tender la mano para retener lo que huía, pero no tendería esa mano porque nada me importaba más que esa implacable verdad: todo, en este mundo, es efímero, quimérico y vano... *Solo quedará, más allá de las ausencias y las finitudes, el rostro del Señor.*

HÉDI REGRESÓ DE MADRUGADA y durmió hasta mediodía.

Al anochecer, Lyès por fin apareció. Venía con Ramdane. Cenamos los cuatro en una

cafetería regentada por un marroquí. De vuelta en el estudio, Lyès me hizo saber que partiría para Marrakech antes de lo previsto.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días... Hédi me ha dicho que estás enfermo.

—Sigo con una gastroenteritis.

—Se niega a medicarse —se lamentó Hédi.

—He tomado infusiones —le recordé.

—De poco te han servido.

Lyès arrugó el entrecejo.

—Khalil, tienes que cuidarte. Supón que llegas a Marrakech con tu

gastroenteritis: la gente va a creer que te ocurre algo y te arriesgas a tener problemas en el aeropuerto.

Cúrate de una vez, ¿de acuerdo?

—Mañana por la mañana compraré medicamentos.

Se me quedó mirando con cara rara antes de preguntarme si había intentado ponerme

en contacto con mi familia o con amistades.

—Por favor... me lo tienes prohibido.

—Muy bien. Ningún contacto con el mundo exterior. ¿Te sientes preparado?

—La impaciencia me corroe.

—Enhorabuena.

Antes de irse, se apartó con Hédi y le susurró algo al oído. El tunecino asintió con la cabeza. Acompañamos al emir hasta su coche. Ramdane se puso al volante. En ningún momento me había mirado a los ojos. Hédi y yo esperamos a que el coche hubiera desaparecido a la vuelta de la esquina para regresar a casa.

El tunecino se metió de inmediato en la cama y apagó la luz de su cuarto.

Me quedé viendo la tele durante buena parte de la noche, con el estómago revuelto.

MI GASTROENTERITIS EMPEORÓ.

Hacia las diez de la mañana, salí a la calle para comprar medicamentos.

Al salir de la farmacia me topé con Serge, un antiguo vecino de Molenbeek. Pocas veces he odiado tanto a alguien como a Serge. Era un verdadero canalla. Ya con doce años, a pesar de su cara de santito y su cuerpo de gnomo, le encantaba pelearse y armar follón en los mercados. Jefe de una pandilla

armada con garrotes y cadenas de bicicleta, solía torpedear nuestros partidos de fútbol en campos improvisados, robándonos la pelota y las cosas que habíamos dejado en el banquillo. A veces nos perseguía hasta nuestra casa.

Los comerciantes lo llamaban el «demonio de la calle Osseghem», un apodo que a Serge le divertía. La última vez que nos cruzamos, nos enganchamos de mala manera. De eso hacía tres o cuatro años. Por entonces yo vendía cigarrillos de contrabando para ganar algunas monedas. Serge se me acercó para avisarme de que estaba operando en su territorio y que no quería volver a verme por allí. Si no llega a intervenir una anciana, que nos separó a golpe de paraguas, uno de los dos habría quedado en el suelo. Serge acabó con la nariz y la mandíbula rotas, yo con tres costillas partidas, una fractura de tibia y siete puntos en la cabeza.

Antes de que me diera tiempo a meterme de nuevo en la farmacia para intentar evitarlo, me hizo una señal con la mano y me soltó:

—¿Cómo está tu hermana, Khalil?

No pude contenerme. Lo agarré por el cuello y lo aplasté contra una pared:

—¿Tú de qué conoces a mi hermana?

Sorprendido en un primer momento por mi reacción, luego consiguió apartarme:

—¿Qué te pasa, tío, te has vuelto loco o qué?

—Como te vuelvas a atrever a mencionar a mi hermana, te arranco la lengua.

Se me quedó mirando, atónito, y se alejó.

Corrí tras él.

—No he acabado contigo.

—Cuidado con pasarte conmigo. Como me vuelvas a poner tu sucia mano encima, no

podrás usarla para recoger tus dientes.

—¿Acaso te pregunto yo a ti por tu hermana? Y me lo dices así, tan tranquilo, por la calle, como si fuéramos primos. ¿Y qué pasa con la *horma*, el respeto a la familia?

—Deberías ir a que te viera un psiquiatra.

—¡No me digas!

—Pues sí. A ver si te calmas un poco, chulito. ¿Qué mierda tiene que ver la *horma* con esto? He perdido a un amigo en el atentado del metro de Bruselas. Si tu hermana se ha salvado, otros no han tenido esa suerte.

Algo me sacudió por dentro. No estaba seguro de haber oído bien.

—¿De qué estás hablando?

Lo que Serge debió de leer en mi cara le rebajó el cabreo. Me preguntó:

—¿Es que no estás al tanto?

Sin darme cuenta, lo sujeté por el cuello de la cazadora. Esta vez no se resistió. Me miró como si fuera un extraterrestre.

—¿Nadie te ha dicho nada?

Noté cómo se me endurecían los músculos:

—¿Mi hermana estaba en el metro?

—Lamento que te enteres de este modo.

—¿Ha muerto?

—De ser así, no te habría preguntado por ella. Según tu madre, solo resultó herida.

El mundo se me vino encima. Las tripas se me revolviéron exactamente igual

que cuando me enteré esa mañana del atentado del metro de Bruselas. Corrí a vomitar al pie de una farola.

14

TOMÉ EL PRIMER TREN para Bruselas con la mente en blanco. Rogando a Dios por lo bajo que la afectada fuera Yezza y no Zahra. Seguro que el Señor no me perdonaría que rezara por una en detrimento de la otra, pero poco me importaba lo que era justo o dejaba de serlo. Si la desgracia había decidido golpear a mi familia, prefería que al menos me concediera un favor, por ínfimo que fuera: antes Yezza que Zahra.

FUE YEZZA LA QUE ME ABRIÓ la puerta.

Casi me vine abajo.

—¿Qué vienes a hacer a nuestra casa? —me espetó empujándome.

Noté cómo se me convulsionaba el cuerpo. Oía vagamente los latidos de mi corazón resonando dentro de mi cuerpo como si este fuera una cavidad azotada por vientos tormentosos.

Unas mujeres estaban junto a mi madre, sentadas sobre colchones colocados en el suelo. Mi madre parecía un espectro. Cubierta con un velo negro, estaba apoyada a la pared para no desintegrarse. Se había arañado el rostro, sus ojos parecían dos manchas de sangre. No tuvo fuerzas para hacerme una señal. Me miraba, ausente, como si le recordara algo que no alcanzaba a reconocer.

Fui corriendo a la habitación de Zahra. No estaba allí.

Yezza me llevó a empellones a otra habitación:

—¿Has venido a contemplar la obra maestra de tus *hermanos*?

—¿Dónde está?

—Aquí no pintas nada. Esta casa reniega de ti. Hará falta una tonelada de incienso para purgarla de tu olor.

—¿Dónde está Zahra?

—Lárgate de esta casa, Khalil. Fuera de aquí. No queremos verte.

—Te lo pregunto por última vez: ¿dónde está Zahra, en qué hospital?

—¡Que te largues! Si no, te juro que alertaré a todo el barrio para contar a todos lo monstruoso que eres.

La agarré por el cuello con ambas manos y le apreté la garganta para que se tragara sus palabras.

—Por mí, ya puedes contárselo al mundo entero. No temo a nadie. Si te parece, iremos juntos a comisaría y verás cómo les digo a esos cabrones de policías lo que opino sobre

esta mierda de vida que tanto les gusta. Así que dime dónde está Zahra si no quieres que te saque esos ojos de bruja.

Me dio un rodillazo en la ingle.

No la solté.

—Sal de mi casa —resonó una voz a mis espaldas.

Mi padre —o más bien lo que quedaba de él— apenas se sostenía sobre su bastón, con la tez cenicienta, la cara modelada en cartón piedra y menos relieve que un fantasma.

Temblaba de pies a cabeza, pero su mirada conservaba esa acuidad que lo hacía tan odioso como temible.

—No quiero volver a verte. Reniego de ti y maldigo el día en que naciste. Sal de aquí ahora mismo. Vuelve con tu legión de demonios y felicítalos, delante del charlatán que sustituye al profeta, por el daño que acaban de hacerte, a ti, su *hermano*. (De pronto se puso a llorar.) Mi querida Zahra, mi niña, lo único que me hacía feliz se halla allí donde descansa el último gramo de afecto que sentía por ti, allí donde se han acabado las alegrías de este mundo.

ERA DE NOCHE CUANDO RECOBRÉ la conciencia. Ignoraba dónde me encontraba, cómo había llegado hasta ese pequeño jardín público de árboles desnudos. Si mis piernas habían caminado durante horas, mi alma había estado ausente. En mi cabeza aún resonaba la voz trémula de mi padre, cuyos sollozos se escurrían en mi pena como un grifo goteando en la oscuridad.

Los edificios que tenía enfrente no me decían nada. No recordaba haber pisado esta parte de la ciudad. ¿De verdad estaba en Bruselas, o bien estaba en Gante? ¿En el infierno o en plena pesadilla? No conseguía ubicarme. Tenía los zapatos embarrados. ¿Por dónde me había metido? No recordaba nada. Tenía la impresión de haber atravesado el valle de las tinieblas.

Un coche de policía se detuvo ante mí. Oí cómo se cerraban sus portezuelas. Unos pasos se fueron acercando antes de que la luz de una linterna portátil me deslumbrara.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí, señor?

—...

—¿Se encuentra usted bien?

—...

La linterna me recorrió de cuerpo entero.

—¿Puede enseñarnos su documentación?

Sus voces rebotaban en mis sienes como ecos cavernosos.

—Haga el favor de levantarse.

Unas manos me palparon, voraces como mordeduras.

—Lleva sus papeles.

—A ver que los mire.

Discerní vagamente dos siluetas moviéndose a mi alrededor.

—Quédese aquí. Vamos a llamar a la Central para una comprobación rutinaria.

Oí una voz deletreando mi nombre y mi apellido, comunicando mi fecha y lugar de nacimiento, así como mi dirección en Koekelberg.

Me volví a sentar sosteniéndome la cabeza con ambas manos.

Me devolvieron mi documentación.

—Váyase a casa, señor. Son las tres de la mañana.

Unos pasos se fueron alejando.

—¿Crees que está drogado?

—Ni siquiera está borracho.

—¿Qué puñetas puede estar haciendo en la calle a estas horas?

—Que yo sepa, todavía no se ha instaurado el toque de queda.

—Pero así y todo...

—¿Así qué? Estamos en Bélgica. Cada cual es libre de pasar la noche donde le dé la gana.

Oí las puertas cerrarse. Los remolinos del girofaro se fueron desvaneciendo en la oscuridad. Me encogí sobre mi banco, coloqué mis gélidas manos entre las piernas y cerré los ojos.

LOS *HERMANOS* FUERON DESFILANDO por el piso que compartía con Hédi. Algunos no se cortaron en presentarse con su barba de legionario y su *kamis* satinado. Para evitar que alguien diera aviso a la policía de que había un flujo sospechoso de gente en mi inmueble, Ramdane puso al corriente al vecindario de que mi hermana era una de las víctimas del atentado del metro de Bruselas. Al rato, vecinos a los que no conocía se acercaron para darme el pésame. La mayoría no eran musulmanes. Solo se quedaron un rato, probablemente atufados por el invasivo olor a incienso y aturdidos por la inacabable lectura coránica que difundía un CD que alguien, no sé quién, había

traído.

La noche siguiente, el mismísimo jeque me honró recibíendome en privado en la casa de campo de Issa, el panadero. Me besó la cabeza, me cubrió las manos con las suyas de santo varón y me pidió que me sentara frente a él.

Me dijo:

—Todos estamos sometidos a la prueba, hermano Khalil. Nadie sabe cuándo, cómo ni

dónde se apagará su llama. Esto es solo cosa del Señor. Dios no nos quita más que lo que nos ha prestado. Nada, en este mundo, nos pertenece. Ni la fortuna ni nuestra propia progenie. Solo quien asume su destino puede alcanzar a comprender el motivo de su existencia en este mundo. Le basta con decir que «sea cual sea la circunstancia, siempre regreso a Dios» para que el Señor le dé la fuerza y el coraje de sobrellevar lo que no ha

podido impedir. Pero el que se rebele contra su propia desgracia no conseguirá más que añadir dolor a su dolor, y no habrá consuelo que le sea de utilidad. Demos pues gracias a Dios por el bien y el mal que nos prodiga para poder conocernos mejor a nosotros mismos.

El sufrimiento esclarece nuestra vulnerabilidad, y la fugacidad de nuestras alegrías da fe de la inconsistencia de lo que no podemos preservar. Todos pertenecemos a Dios y todos le seremos devueltos. Más allá de las ausencias y de las finitudes, solo queda el rostro del Señor.

¿Llegaba a oírlo? No lo creía.

Veía cómo se le movían los labios en su bello rostro de patriarca, entendía perfectamente todas y cada una de sus palabras sin que llegaran a alcanzarme.

Normalmente, los ojos se me llenaban de lágrimas cada vez que nos hablaba en ese tono impregnado de compasión y de longanimidad. La justeza de sus palabras nos conmovía porque todo en él era emoción. Sabía hablar a las almas y a los corazones. Pero aquella noche sus palabras no me alcanzaban. En realidad, nada lo hacía. Me hallaba en estado cataléptico. Veía sombras

agitarse a mi alrededor, percibía sus voces sin que me interpelaran; un muro invisible separaba su mundo del mío. Cuanto más pretendían compartir mi pena, menos quería admitir que estaba de luto. Renegaba de todo.

Lyès «acortó una misión importante» para estar a mi lado. Conocía a mi hermana gemela. Él fue quien pagó de su bolsillo la sala de fiestas donde celebramos la boda de Zahra cuatro años atrás.

Se quedó conmigo los dos primeros días. Para confortarme y rezar por el descanso del alma de mi hermana. Al caer la noche, esperaba a que todo el mundo se hubiera ido para leer juntos el Corán. Elegía una sura y la recitábamos en voz baja. A ratos Hédi se unía a nosotros. El tunecino tenía una voz preciosa, tan dulce y penetrante que Lyès y yo nos callábamos para escucharlo declamar capítulos enteros.

—Tienes que ir a recogerte ante la tumba de tu hermana —me exhortaba sin cesar.

Para Lyès, era imperativo que fuera al cementerio para comprobar por mí mismo que

Zahra nos había dejado.

—Te ayudará a aceptar tu duelo.

Pidió a Hédi que me llevara.

Apenas vi aquel maldito campo trufado de tumbas, salí corriendo.

ANTES DE REGRESAR A SU «MISIÓN», Lyès me invitó a cenar en casa de su hermana, que vivía en la periferia, en una pequeña casa achaparrada y fea que olía a madera apolillada y a colada. La hermana de Lyès lo tenía todo dispuesto antes de hacernos pasar y dejarnos solos. La mesa estaba atestada de platos especiados y de distintos colores: tayín de ternasco con albaricoques, cuscús de verduras, ensalada de pimientos, hígado a la brasa, pinchitos de pollo... Toda una panoplia del arte culinario marroquí.

No conseguí dar un solo bocado.

Lyès estaba decepcionado:

—Samra se ha desvivido por ti. Fue al mercado a primera hora de la mañana y se ha pasado el día cocinando. ¿Cómo crees que le va a sentar que no hayas probado bocado?

—Lo comprenderá.

Se impuso un silencio que se me hizo interminable. Veía las manos de Lyès pasar del tenedor a la cuchara, del cuchillo al vaso sin comer nada realmente.

—Khalil...

—Sí.

—Khalil...

—Sí, Lyès, te escucho.

—Pero yo no te oigo.

—¿Qué quieres oír?

—Lo que te estás diciendo ahora mismo.

—¿Y qué me estoy diciendo, según tú?

—Me lo estoy preguntando. Soy tu emir. Es mi responsabilidad saber qué sientes y qué piensas, qué ha sido de tus juramentos, si has cambiado de opinión, qué está pasando contigo...

—¿Te parece que ya no soy la misma persona?

—Eso lo tendrás que decir tú.

Agaché la cabeza. Me cogió por la barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos:

—Tienes que reponerte, Khalil. Zahra está junto a su Creador... Tú mismo elegiste partir antes que ella.

—No es lo mismo.

—Sí es lo mismo. Da igual que muramos hoy o mañana. Solo somos sombras efímeras.

Un día estamos aquí, y al siguiente ya no estamos. Por eso debemos estar preparados para separarnos de los seres amados. Nuestra suerte, Khalil, es que sabemos que, más allá de las tinieblas, hay un universo de luz y de belleza. Para alcanzarlo, no tenemos más remedio que recorrer un montón de territorios oscuros, o sea, la desgracia, la pena, el duelo, todos los sufrimientos que Dios nos inflige para poner a prueba nuestra fe. ¿Acaso piensas, Khalil, que el Señor es cruel?

—...

—El Señor solo es bondad infinita. Nos ama tanto como a los profetas y a los santos.

Ha hecho que la existencia sea dura para afianzar nuestras convicciones. Es a través de nuestra paciencia como nos percibe y nos juzga. La vida no es más que un examen, nada más. Bienaventurado el que sea admitido en las verdes praderas del Señor.

Yo estaba en otra parte, en algún lugar donde no había bálsamo capaz de mitigar mi dolor.

—He aplazado tu salida para Marrakech. No puedes viajar en este estado. Mírate, te cuesta levantar la cabeza. Allí todo está dispuesto. Zakaria solo está esperando tu llegada.

¿Habrá que anularlo todo?

—¿Por qué anularlo?

—Eres el pivote de la operación, Khalil. Si no te encuentras...

—¿Si no me encuentro qué? Mi misión es una cosa, y mi pena, otra.

—El consejo no quiere correr ningún riesgo.

—¿Acaso te hice correr algún riesgo en París?

—No estabas en el estado en que te encuentras ahora.

—¿Eso piensas? ¿Crees que he cambiado desde entonces?

—Solo creo en lo que veo, Khalil, y no das la impresión de estar en condiciones de cumplir esta misión. Eres libre de echarte atrás. Te prometo que se respetará tu decisión.

Estás en tu derecho de no querer ir a Marrakech. Otra vez será. Sin duda, esto va a trastornar nuestros preparativos, pero más vale aplazar la operación que hacer una chapuza.

—No te equivoques, emir. Antes tenía un motivo para morir, ahora tengo dos.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que ya no me retiene nada en este mundo.

Una vez oído esto, se despidió de mí. El abrazo que me dio Lyès fue más prolongado pero menos fuerte que de costumbre. Lejos de animarme, aquello avivó mi amargura.

Algo me decía que Lyès sabía desde el día del atentado que mi hermana había muerto y me lo había ocultado, y que había adelantado la fecha de mi viaje a Marrakech para evitar que me enterara.

Durante los tres días siguientes, apenas me despertaba, cogía un taxi para reunirme con Zahra en el cementerio. Me quedaba horas enteras junto a su tumba, meditando y rezando bajo el frío y la lluvia.

Una tarde, mientras el sol intentaba colarse entre las nubes, oí un ruido de gravilla a mis espaldas. Era Rayan. Llevaba puesto un abrigo negro y una rosa blanca en la mano.

Agradecí su presencia en ese inhóspito cementerio.

—Fue mi gran amor cuando tenía doce años —me dijo.

Se acuclilló, recorrió con los dedos la herida ocre que se había cerrado sobre los restos de mi hermana y puso la flor encima. Esperé a que me mirara, pero mantuvo la cabeza gacha, sumido en sus recuerdos.

—Una tarde, tu madre la mandó a comprar pan. Yo estaba en la panadería. Fuera estaba lloviendo a mares. Yo llevaba paraguas. Propuse a Zahra acompañarla hasta su casa.

Cuando llegamos a la escalera, la pegué contra la pared y le di un beso en la boca. Me dio un tortazo y salió corriendo. Desde entonces, nunca me atreví a volver a mirarla a los ojos.

—Me lo contó.

—No me digas...

—No teníamos secretos el uno para el otro... Me pidió que te partiera la cara.

—Pero no lo hiciste...

—Driss se opuso. Temía que no nos dejaras jugar más con tu PlayStation.

Rayan esbozó una sonrisa triste.

Le dije:

—Creía que no querías volver a verme.

—A veces creemos cosas que nos sobrepasan, Khalil.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El beneficio de la duda.

—O sea... que sigues dudando.

—Este no es buen lugar para hablar de esas cosas.

—Este no es buen lugar para nadie, Rayan. Pero se puede hablar en cualquier

parte.

—Si he venido, ha sido para verte. Creía que me rechazarías, pero no lo has hecho. Eso demuestra que no eres tan mal tipo.

—¡Qué sabrás tú!...

—Me fío de mi intuición.

—Mejor harías en fiarte de tu sentido común.

Rayan se mordió el labio:

—Lamento mucho tu desdicha, Khalil.

—Es la vida.

—Me gustaría poder consolarte, pero las palabras resultan vanas ante una tumba.

—Quizás sea por eso por lo que el silencio es de rigor en los cementerios.

Rayan se incorporó y me abrió sus brazos. Lo estreché contra mi pecho.

—Lo siento mucho —me susurró en el cuello.

El trémolo de su voz delataba el llanto que estaba intentado contener.

CAMINAMOS ENTRE LOS MUERTOS. Una familia rezaba junto a la tumba de algún familiar, las mujeres con velo blanco, los hombres visiblemente abatidos.

Rayan me tenía cogido del brazo.

—Llevaba dos semanas en Cambrai. He regresado esta mañana. Mi madre ha preferido

no decirme nada hasta ahora. De haberlo sabido, habría ido al entierro.

—Yo no pude ir. Tardé cuatro días en enterarme de lo de mi hermana. En la calle. Por un vecino. Nadie de mi familia intentó localizarme. Todos estaban al tanto menos yo.

Meneó la cabeza, compasivo.

—Zahra estaba muy enfadada conmigo la última vez que nos vimos.

—Nadie puede prever cómo van a acabar las cosas, Khalil; si no, nos cuidaríamos mucho de ofender a las personas a las que queremos.

—¿Por qué tuvimos que despedirnos de esa forma mi hermana y yo? Nunca antes nos

habíamos peleado. Es duro, muy duro. No me lo perdono.

Posó sus manos sobre mis hombros, como hacía Driss en el pasado cuando tenía algo

que proponernos.

—¿Y si fuéramos a alguna parte para hablar de todo esto? Conozco un restaurante agradable cerca de aquí. El cocinero es fantástico.

No esperó mi respuesta para llevarme hacia su coche, que tenía aparcado al final de la avenida. Apenas instalado en el asiento, el dique que llevaba cuatro días y cuatro noches conteniendo mis lágrimas cedió, y me puse a llorar desconsoladamente.

Rayan me echó su brazo a los hombros.

—Venga, desahógate. Lloro hasta hartarte, te sentará bien.

Siguió hablándome, pero la voz se le fue desvaneciendo a la vez que los hipidos me sacudían el cuerpo, hasta no oír más que mis sollozos inundando la tierra entera.

—Khalil, reponte un poco. Vamos a dar un paseo, ¿vale? Si quieres, salimos de la ciudad por un par de horas. ¿De acuerdo, Khalil? Luego iremos a comer

algo y a hablar de todo esto con más calma.

—La mañana del atentado tuve un sueño brutal y me pasé el día en el váter con diarrea.

La agonía de mi hermana me había descompuesto el vientre.

—Es normal, sois gemelos.

—Sí, pero no lo había relacionado. Mientras se me vaciaban las tripas, mi hermana se vaciaba de su sangre, y yo sin saberlo... Creí que era una gastroenteritis. ¿Te lo puedes creer, Rayan? Una gastroenteritis. El ser que más quería en el mundo estaba agonizando, su trance me estaba arrasando por dentro, y en ningún momento se me ocurrió relacionar ambas cosas... No puedes imaginarte cuánto lamento no haber sido consciente de todo eso. Mi gemela se estaba muriendo, ¿y qué hacía yo? Prepararme infusiones de manzanilla... de manzanilla... de manzanilla... —aullé golpeando el salpicadero hasta dañarme la muñeca.

—Basta ya, Khalil... No sirve de nada culparse.

Me encogí en mi asiento, con la nariz mucosa y la garganta desgarrada. Los brazos me hormigueaban y volví a sufrir calambres abdominales.

—Por favor, Rayan, sácame a toda prisa de este maldito cementerio.

EL RESTAURANTE SE ENCONTRABA al sur del parque, entre una ferretería precintada y una tienda de electrodomésticos. Era muy pequeño, con un mostrador minúsculo y tan pocas mesas que a lo sumo podía sentarse una decena de personas. Junto a la puerta, tres clientes acababan su almuerzo. La camarera nos propuso instalarnos en el fondo de la salita, pero Rayan optó por la mesa junto al ventanal.

—Hacen un lenguado al estilo marroquí que te recomiendo.

Asentí.

—Si quieres otra cosa, aquí tienes la carta.

—Te aseguro que no tengo hambre.

—Yo sí. Al llegar he ido directamente al cementerio. Esperaba encontrarte allí.

—¿Y si no me hubieras encontrado?

—Ya no necesito preguntármelo. Estás aquí, y yo también... de nuevo juntos. Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

—Ahora tienes a Marie.

—La amistad también cuenta.

Ya nos habíamos dicho lo que teníamos que decirnos. *Hablar de todo esto con más calma.* ¿Hablar de qué? Rayan estaba incómodo. Estaba intentando dar con un tema de conversación agradable para relajar el ambiente, pero no lo animé a ello. Me convenía estar callado. Rayan estaba aquí conmigo, y eso era lo importante. Acababa de anotarse un tanto. Yo no habría ido a recogerme ante la tumba de su madre. No habría tenido el valor.

La camarera nos trajo nuestros lenguados.

Almorzamos en silencio.

—¿Sigues trabajando con el turco?

—Sí.

—¿Y cómo te va?

—No me quejo.

—Es un poco tacaño, pero buena gente.

Me encogí de hombros.

La camarera nos trajo los cafés.

—¿Y a ti cómo te va?

—Me han ascendido.

—Enhorabuena.

—Nada del otro mundo, pero mi madre se ha alegrado.

—Más vale eso que nada.

Se quedó mirando los dibujos de su taza con una sonrisa tierna en los labios:

—¿Recuerdas cuando Driss y tú me llevasteis donde Madame Louise para que perdiera

mi virginidad?

—Para celebrar tus diecisiete años.

—Estaba cagado de miedo.

—Pero cumpliste.

—¡Qué va!... Os mentí. Madame Louise hizo lo indecible para que me relajara, pero

no hubo manera de empalmarme. Estaba tumbado sobre su cama, acobardado como un chiquillo. Al final me dijo que me animara o que me fuera. Le supliqué que no comentara nada. Asintió, pero siempre que le pagara el doble: por el acto no consumado y por el secreto.

—¿Y le pagaste?

—Me quitó todos los billetes que tenía en la mano.

Hizo girar la taza entre sus dedos, con la frente arrugada, conteniendo la respiración con fuerza antes de soltar en medio de un suspiro:

—¿Aquellos sí que eran buenos tiempos, ¿verdad? ¿Por qué durarán tan poco

las cosas buenas?

Contuvo de nuevo la respiración, como si estuviera buscando en lo más hondo de su ser la fuerza para decirme lo que no podía callarse.

Al final le salió:

—¿Has acabado con... esa gente?

Acechó mi reacción como un acusado la sentencia.

—¿No me creíste cuando te conté que no quería matar a nadie en París?

—No estaría aquí contigo ahora. Reconozco que he tardado lo mío, pero lo he conseguido.

Se volvió hacia la calle. Mi reacción, que temía sin motivo, lo animó a soltar todo lo que llevaba dentro:

—¿Cómo conseguirán esos sedicentes imanes convencer a chicos jóvenes para que renuncien a sus sueños, a sus alegrías, a sus mujeres e hijos? No creo que sea solo con sus prédicas. Los tipos que vemos en los vídeos justo antes de inmolarse no parecen drogados o preocupados. Al revés, se les ve decididos. ¿De dónde sacarán esa inquebrantable convicción? ¿Habrán *visto* algo? ¿Les habrán revelado algo sus gurús, la aparición de un ángel o las puertas del Cielo? Si no, ¿cómo se explica esa beatífica manera de sacrificarse?

No contesté.

—Solo intento comprender, Khalil.

—No hay nada que explicar. Pide la cuenta, por favor. Tengo que volver a mi casa.

—Te he molestado.

—No pasa nada.

Rayan hizo una señal a la camarera para que trajera la cuenta.

Salí a la calle antes de que hubiera acabado de pagar.

La acera empezó a salpicarse de llovizna. Me apreté la chaqueta cruzando las manos bajo los brazos. Un autobús tocó el claxon para pedir a un grupo de turistas chinos que subieran a bordo. Rayan me alcanzó.

—He ido a felicitar al chef. Es un auténtico mago. Pienso traer a Marie a este restaurante. Le encanta la cocina bereber.

Llegamos al pequeño aparcamiento donde Rayan había dejado su coche.

—¿Te dejo en alguna parte?

—No, gracias. Necesito caminar.

—Va a llover.

—No importa. Me vendrá bien estirar las piernas y despejarme un poco.

—¿Nos vemos un día de estos?

—¿Por qué no?

—Podríamos hacer una visita a Madame Louise.

—¿Le harías eso a tu novia?

—¿Y qué me lo impide? Te esperaré en el bar, como de costumbre.

—Hace lustros que dejé de hacer eso.

—Lástima. Deberías volver a hacerlo de cuando en cuando para saborear los placeres de la vida.

Me dio un abrazo y me despeinó frenéticamente con la mano como haría un hermano

con el pequeño de la casa.

—Pedazo de capullo. Eras el más rebelde de los tres, blindado como una caja fuerte, celoso de tu independencia. Saltabas de una cama a otra y te largabas dando un portazo a la menor señal de habituación... eso para no perder tu libertad. ¿Cómo te has podido dejar embaucar por esos charlatanes?

—Son cosas que ocurren.

Rayan no alcanzaba a entenderlo. Él no tenía necesidad de *ese tipo de cosas*. Su madre se las compensaba todas. Había estado pendiente de cada uno de sus pasos, arrullado cada uno de sus sueños, siempre a su lado pero mirando hacia delante. Desde que era un mocoso, ya se lo imaginaba cargado de títulos, subiendo el escalafón, con chófer y secretaria. No escatimó esfuerzos para hacer de él un ingeniero, un tipo sobresaliente, y acabara algún día siendo su propio jefe.

A mí no me había ocurrido eso.

Yo siempre había vivido con lo puesto, riendo a carcajadas para disimular. No se lo reprochaba a nadie. Así es el mundo: hay gente acomodada y gente puteada, gente que acierta a la primera y gente que no da pie con bola. Por supuesto, al principio intenté entender por qué la suerte no me sonreía. Me hacía un montón de preguntas, pero las respuestas no llegaban. Con el tiempo dejé de preocuparme. Me daba igual saber qué se debía al destino y qué a un error de recorrido. A quien camina a tientas poco le importa que el cielo sea rojo o azul. Vivía al día esperando un futuro mejor, como todo el mundo.

Pero ese futuro no llegaba. Hasta que dejé de creer en los milagros y decidí conformarme con las migajas que me dejaba la fatalidad...

¡Y zas! Esas *cosas* ocurren. No sabes cómo ni cuándo se te han venido encima: un altercado que acaba mal, un comentario racista, un sentimiento de impotencia ante una injusticia... Nadie sabe exactamente cuándo ni cómo germinó dentro de sí el rechazo a toda una sociedad. Te lo tomas con paciencia y esperas con la susceptibilidad a flor de piel. Crees conjurar tus viejos demonios a base de peleas, pero *esas cosas* no desaparecen así porque sí, se van convirtiendo en parte de tus órganos, en toxinas que invaden tus neuronas. Luego algunas frases de lo más anodinas se injertan en tu subconsciente. Estás con tus amigos en el cine viendo una película de guerra y picoteando palomitas

cuando oyes: «¿Por quién mueren estos pobres diablos de reclutas? ¿Por multinacionales? ¿Y qué les ofrecen estas a cambio? Un minuto de silencio, una medalla y una lápida que acabará cubierta de cagarrutas de pájaro». No haces caso a esas palabras y, encogiéndote de hombros, sigues metiendo la mano en el cartón de palomitas. Pero esas palabras se te incrustan subrepticamente en el cerebro. Andas lejos de sospechar que acabas de dar cobijo a terribles agentes durmientes. Al igual que otros muchos interceptados aquí y allá.

Hasta el día en que, viendo algún reportaje sobre la yihad, oyes: «Los mercenarios mueren por quien los contrata; los soldados, por intereses que les son ajenos; los gánsteres, por nada y menos... Pero por lo que respecta al *shahid*, ese nunca muere, goza en los jardines del Señor, rodeado de huríes y de arcoíris deslumbrantes». Al principio no haces caso.

Consideras que tienes asuntos más serios en que pensar que no sean esas patrañas. Pero una tarde un vecino, un amigo o alguien al que apenas conoces te elogia las prédicas del imán del barrio. Lo escuchas para que no se ofusque aunque te importa un comino la palabra de Dios. Pero el *hermano* vuelve a la carga cada vez que se cruza contigo. A veces hasta te está esperando en la parada del tranvía. Acaba convenciéndote de que lo acompañes al local donde oficia el imán. En realidad no te ha convencido. Lo sigues para que deje de acosarte. Eso fue lo que me ocurrió a mí. Lyès no paraba de acosarme:

«Tienes que escuchar esto, Khalil. Díselo, Driss, dile que no se lo puede perder.» Y Driss:

«Lyès tiene razón. Tienes que asistir a los encuentros con nuestro imán. A mí me ha cambiado la vida». «Anda, ven, Khalil. Eso no te compromete a nada. Será solo un momento. ¿Qué tienes que perder? ¿Tu trabajo? No tienes. ¿Tu tiempo? No sabes qué hacer con él. Por favor, dame ese gusto.» La curiosidad es la madre nutricia de las tentaciones, y las tentaciones son traicioneras. Al fin y al cabo, ¿qué se arriesga escuchando a un imán? Es mejor que escucharse a sí mismo hablando a solas. Y hete ahí escuchando a medias, aburriéndote en medio de su grey. Tu vecino te da un leve codazo

para que demuestres más educación y atiendas un poco. Poco a poco los agentes durmientes que habías estado incubando sin darte cuenta empiezan a

adueñarse de tus fibras sensibles. En cuanto al imán, tiene respuesta para todas las preguntas que antaño te habían atribulado sin que hubieras conseguido obtener la menor respuesta; te remite a tus desengaños, a las vejaciones que creías haber superado, a las heridas nunca cicatrizadas.

Así es como devienen el extraviado en tu doble y el rebelde en tu hermano siamés, las prédicas en tu alivio, la violencia en tu legitimidad. Al diablo los racistas, muerte a los islamófobos; no volverás a poner la otra mejilla. Sin darte cuenta de lo que te ha ocurrido, ya eres otra persona, un ser renovado, alguien cuya existencia ni siquiera sospechabas. Se te *respeta*, se te escucha y se te ama; descubres que tienes una *verdadera* familia, proyectos y un ideario. Te conviertes en el *hermano*, y caminas con la cabeza alta, como un señor. El ciudadano residual que fuiste ha muerto; ahora eres el ombligo del mundo y lamentas haber tardado tanto en unirme a la asociación... Y un día, un bendito día, cuando ya estás gozando de todas las consideraciones, accedes al privilegio de los privilegios: tu venerado jeque te invita a su casa... ¡bajo su propio techo! Te lleva aparte, te sienta en uno de esos largos bancos fabricados por un artesano del país, con cojines bordados y tapices perfumados con incienso; te ofrece té y galletas hechas por hadas pintadas con alheña. Y

cuando te has bebido tu infusión, el jeque te mira a los ojos, posa sus augustas manos sobre tus hombros y, con voz penetrante y balsámica para el corazón, te pregunta: «¿Qué es la Verdad para ti, hermano Khalil?». Siendo lo más evidente del mundo, le contestas de inmediato: «Es Dios Todopoderoso, amado imán». Para tu asombro, el jeque niega con la cabeza y, como si se tratara de un juramento, te susurra: «No, hermano Khalil, la Verdad en este mundo eres tú. Porque el día del Juicio Final se te preguntará: ¿Cómo has correspondido con quien hizo de ti un ser de amor y de luz?». Y entonces, todo el sentido que para ti tenían los seres y las cosas, su misma complejidad, los falaces valores que te enseñaron en el colegio, las nociones de Bien y de Mal, las de error y de contrición, la función del honor, de la virtud, del deber, de la lealtad y de la pureza; en fin, todo lo que creías haber entendido, aprendido o vivido se derrumba a tu alrededor como una cortina de polvo, y te ves frente a la única Verdad que cuenta: *Tú*; esto es, un soldado de Dios o un secuaz de Satanás.

Una vez alcanzado ese nivel de levitación, ya no hay vuelta atrás. Si le quitas una sola tuerca, todo el armazón se viene abajo. ¿Y quién quiere ver dislocarse el andamiaje de su mausoleo?

15

NOS DESPEDIMOS EN EL APARCAMIENTO.

Rayan me saludó una vez más con la mano antes de enfilarse la carretera.

Me sentí algo triste al pensar que jamás lo volvería a ver.

ESTUVE CAMINANDO HASTA EL AGOTAMIENTO. Estaba lloviznando en la ciudad y todos los transeúntes llevaban su paraguas abierto. Los bares estaban abarrotados; por la tele estaban transmitiendo un partido de fútbol y a través de los cristales veía a los clientes fumando con nerviosismo. Unos padres recogían a sus hijos a la salida de un conservatorio. Delante de mí, una madre correteaba tras su hija, que, apenas más alta que su violín y con las trenzas llenas de lacitos, saltaba como si estuviera jugando a la rayuela.

«Esta mañana, en clase, la profe ha dicho que cuando hay varias chicas y un solo chico, se dice *ellos* y no *ellas*.» «Así es la gramática, cariño.» «Pues a mí no me parece justo.»

No es justo... El ángel que debía supuestamente velar por mí me acababa de apuñalar por la espalda. ¿En qué había fallado yo para recibir tamaño castigo? ¿Para merecerme estar solo y desamparado en este bulevar donde nadie percibía la más infinitesimal onda de las deflagraciones que se producían dentro de mí? *No es justo...* ¿Acaso necesitaba una pena añadida para incitarme a morir? Había ido a París con la liviana alegría de un gorrión. No había dudado un segundo en pulsar el detonador. ¿Había tenido miedo? En ningún momento. Entonces, ¿por qué esta nueva desdicha? No veía ni su utilidad ni su oportunidad. *No es justo...* Creía que mi absoluta entrega me pondría a salvo de determinadas pruebas, que estaba por encima de los demás en vista de que había aceptado sacrificarme por el bien de mis supervivientes, que podía caminar tanto sobre brasas como sobre la aterciopelada bóveda de un arcoíris, y ahora me veía claudicando bajo la lluvia, con los dedos de los pies encogidos dentro de los zapatos... No, no era justo, no me merecía que el

destino me jugara tan mala pasada.

A MI LADO ANDABA una sombra. Reconocí al kamikaze del Manneken Pis. Arrastraba su cadena de condenado, los ojos sumidos en tinieblas.

No había dejado de pensar en él desde que mi padre renegó de mí.

El kamikaze del Manneken Pis se parecía a mi dolor.

ME DETUVE ANTE UN ESCAPARATE tras el cual se exponían distintos modelos de armas blancas. Las había para todos los usos. Navajas suizas y mariposa, cortapuros, dagas, puñales de caza, algunos de filo dentellado, cuchillos Laguiole, otros de cocina, auténticas joyas de hoja reluciente, con mangos de palo de rosa, de marfil o de cuerno de búfalo...

Tras el mostrador, una joven me vigilaba, de repente incómoda por encontrarse sola en la tienda.

HÉDI NO ESTABA EN CASA. Había olvidado cerrar las ventanas del salón, que estaba helado.

Puse la calefacción. En el descampado, unos vagabundos discutían con vehemencia. Lo de siempre. Los veía gesticular, empujarse, alejarse para luego volver a la carga. Una transeúnte los observaba sosteniendo la correa de su perro. No vi en el cielo amoratado ninguna estrella fugaz a la que pedir un deseo, ni la menor señal que me sirviera de consuelo.

Bajé las persianas y dejé de ver un paisaje que ya no me decía nada.

TUMBADO EN MI CAMA, oía resonar mi pulso dentro de mí.

La cruda luz de la lámpara del techo me corroía los ojos.

La apagué.

La oscuridad me trajo algo de paz. Pensé en Driss y en Rayan, en nuestros años de Molenbeek, nuestras barrabasadas y nuestros buenos ratos. ¿En qué momento los *hermanos* alteraron mis puntos de referencia? ¿Acaso los tenía? No lo creo. Yo estaba en su camino, como un objeto perdido, y ellos me

recogieron y se quedaron conmigo al no reclamarme nadie. ¿Qué había sido antes? Una hoja de papel a merced del viento. En esa página en blanco, me prometieron escribir una epopeya de la que sería el héroe. ¿Había sido feliz con ellos? Claro que sí. Me sentía feliz y orgulloso, tenía una visibilidad, una serenidad, un ideal, yo que no había hecho más que holgazanear en los garitos antes de regresar a mi casa rozando los muros, con una mano delante y otra detrás, para escándalo de mi padre. Un parásito, eso era lo que había sido *antes*, una larva que, sin la menor vergüenza, malvivía a costa de un padre tacaño y una madre desgraciada.

Era consciente de mi insignificancia y me daba igual.

No tenía más ambiciones que un perro callejero.

¿Y ahora, qué hacer?

En unos días volaría a Marrakech.

Antes, cuando oía hablar de «la mayor de las soledades», no la imaginaba tan infinita como el vacío. Y heme aquí solo, completamente solo frente a mis responsabilidades, como una mota de polvo flotando en el espacio sideral. Ni la atracción terrestre ni la ingravidez ejercían la menor influencia en mí. Estaba indefenso ante mi consciencia, o sea, ante un espejo opaco. ¿Sería esto la mayor de las soledades? ¿Tener que tomar una decisión capital y no saber cómo hacerlo? No había sido ese mi estado de ánimo aquel viernes 13 de noviembre de 2015 en París. Aquel día ya estaba en el *otro mundo*.

Esta noche venía la duda a sentarse a mi mesa, y me disponía a *comerme mi propia carne...*

—Regresa a la tierra, Khalil.

Hédi estaba en mi dormitorio. No lo había oído llegar. Estos últimos días, no percibía gran cosa de lo que me rodeaba. Hendía la muchedumbre y las calles como si estuviera en un túnel sin eco en el que solo era un reflejo furtivo en una vitrina, un sonámbulo nocturno, un espeleólogo en el fondo del abismo. Ayer me había metido en un taxi sin

darme cuenta.

—Llevo dos minutos hablándote.

—Perdona, estaba sumido en mis pensamientos.

Acercó una silla a mi cama y se sentó a horcajadas con los brazos cruzados sobre el respaldo. No me gustó su manera de mirarme. Tuve la impresión de que estaba profanando mi intimidad.

—¿En qué pensabas?

—En el kamikaze del Manneken Pis...

Enarcó una ceja, intrigado:

—¿Qué te preocupa de este asunto, Khalil?

—Me suena más a suicidio que a hecho de armas, ¿no te parece?

—No, no me lo parece.

—Lo que ha hecho no es normal. Atacar en pleno día y en la calle a policías armados hasta los dientes, valiéndose de una pequeña navaja y un cinturón explosivo falso... Llevo toda la mañana intentando comprender la actitud de este pobre chico y detecto en él más desesperanza que convicción. Me pregunto si no optó por dejarse matar antes que matar a gente.

Hédi pegó un bote y echó la silla a un lado para eliminar cualquier obstáculo entre él y yo. Una expresión abominable le deformó la cara en una mueca de indignación.

Masculló entre dientes:

—Tus palabras resultan chocantes.

—Me hago preguntas, eso es todo.

—Tus preguntas son doblemente chocantes. En primer lugar, no está bien tratar

de

«pobre chico» a un mártir. Conoces mejor que nadie el alcance de su acción. ¿Será la muerte de tu hermana lo que está desvirtuando tu razonamiento? La pena que te produce se la habrías infligido a decenas de familias si hubieses tenido éxito en París. ¿Habrías tenido remordimientos? Por supuesto que no. En todas las guerras hay daños colaterales.

No permitas que la aflicción te contamine el alma. ¿Qué importa nuestro dolor si con él mejoramos el mundo, lo hacemos más justo y más sano? ¿Acaso has olvidado que nuestros viejos demonios se conjuran mediante la fe? No sabes lo desnortado que yo estaba antes de cruzar el umbral de una mezquita. No hallaba una sola palabra aplicable a mi vida sin que mi vida la contaminara. Y mira en qué se ha convertido el extraviado de entonces: en un salvador. Se produjo el milagro, y ahora todos somos sus instrumentos.

—¿Ya no puede hacerse una pregunta o qué?

—No cualquier pregunta.

Salió enfurecido de mi habitación.

Lo oí salir de casa despotricando a solas.

Me levanté y me acerqué a la ventana. En la acera de enfrente *no había nadie*.

Volví a pensar en el «kamikaze» del Manneken Pis. ¿Cuál era su mensaje? ¿Habría pensado salvar su alma perdonando vidas ajenas? Me puse en su lugar para descifrar sus motivaciones reales y, curiosamente, me sentí más a gusto en su pellejo que en el mío.

¿Qué fui a demostrar en París? ¿Qué iba a rectificar en Marrakech? Que los profetas no hayan conseguido aplacarnos demuestra que la frustración es profundamente humana y que el mejor de nosotros es el que intenta superarla. La ira es una huida hacia delante, el brutal rechazo de nuestra incapacidad para conformarnos, el indignado fracaso del sentido común. Todo lo que escapa a nuestro control envenena la razón y no hace sino ensombrecer más las pautas de nuestra perdición. Las guerras son totalmente inútiles y los malditos

exaltados son cómplices de las desgracias que provocan. ¿Dónde se hallaba mi propia desdicha, que ahora equivalía a todas las furias y todos los reniegos, a todas las certidumbres y todos los desencantos? ¿Para qué iba a servir mi suicidio? ¿Para arruinar los sueños de otros porque yo odiaba los míos?...

Exhausto, patético y amargado, había agotado toda mi capacidad de razonamiento. Ya no me quedaban fuerzas para exigir nada, ni de mí ni de nadie. Como mi círculo privado se había despoblado, ya nada podía inquietarme. Los dos seres que más quería ya no estaban aquí. La muerte de Driss había dejado un abismo dentro de mí, y la de Zahra me había sumido en las tinieblas.

Las grandes causas son a veces la culminación de deseos piadosos; nacen a raíz de un destello de esperanza, se prolongan en los gemidos de un oprimido, se afianzan en la promesa de un futuro mejor. Paradójicamente, una vez que han consolidado sus filas, pecan por exceso y pujan para reclamar el éxtasis en la autoflagelación. Lo que de entrada era una bendición redonda en maldición, lo que era motivo de alabanza se enfanga en la abjuración. Los juramentos de ayer devienen en amenazas, y quien buscaba la salvación se ve de repente corriendo a su ruina. ¿Cuál debía ser mi posición con respecto a todo esto?

No me ubicaba entre tanta calamidad. Ni en las llamas de mi propia cremación ni en el deslumbrante fulgor de los iluminados. Culpable o víctima, cómplice o simple peón, en cualquiera de los supuestos era más digno de compasión que de condena. Si bien para el reo existe una oportunidad sobre mil de redimirse tras haber purgado su condena, el merecedor de lástima no tiene en su vida la menor posibilidad de rehabilitarse por el desprecio que suscita.

Mañana merodearé por los alrededores de una comisaría para que se fijen en mí. Luego me quedaré plantado en la acera de enfrente y no me moveré de allí hasta que al policía de guardia le parezca sospechosa mi actitud. Cuando empiece a mosquearse, apartaré mi chaqueta para que vea el cuchillo en mi cintura. Cuando vaya a desenfundar su arma, esgrimiré la mía gritando *¡Allahu Akbar!* y correré hacia él para obligarlo a disparar.

Espero estar muerto antes de haber caído al suelo. Me importa un bledo cómo

interpreten mi gesto los medios de comunicación y lo que piensen de mí Lyès y su camarilla. De todos modos, ya no tendré por qué padecer el desprecio de unos ni los anatemas de otros.

Al fin y al cabo, quien no ha sabido vivir su vida no tiene por qué quejarse de lo que nunca

volverá a ser.

DE PRONTO SENTÍ GANAS de oír otra voz que no fuera la que aullaba dentro de mi cabeza.

Cogí mi móvil. Me tembló la mano al marcar el número. Esperé y esperé. Yezza colgó apenas reconoció mi voz. La volví a llamar. Cinco veces seguidas. Decidido a estar así toda la noche si era necesario.

—¿Para qué llamas? —acabó gritándome.

—Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de que hablar.

—Yo sí tengo algo que decirte.

—No me interesa para nada.

—Sabes que no es verdad. Si no, habrías apagado el móvil.

Hubo un silencio, y luego empezó a lamentarse:

—¿Por qué le tuvo que ocurrir a ella y no a mí? ¿Por qué se la ha llevado Dios, con lo joven y guapa que era, en vez de llevarse a una solterona cansada de todo? Yo soy la que no pinta nada en esta perra vida.

—Es el destino, Yezza.

—A la mierda el destino. ¿Acaso no somos más que fichas de un juego de azar? ¿Qué

se supone que venimos a hacer en este mundo?, dime. A hacer sufrir a nuestros seres queridos. Odio la vida, odio lo que representa y lo que oculta. Maldigo al mundo entero.

—El mundo no tiene nada que ver en esto. Las cosas son así, y punto.

La oí respirar con fuerza.

—¿Qué quieres de mí?

—No he matado a nadie.

—Ese es tu problema, y me importa un pimiento. Aunque remojes tus manos en la

leche de Lalla Meryem, las sacarías llenas de sangre. Te odio. Te odio con todas mis ganas. Ni siquiera puedes imaginar cuánto te odio. Debí entregar tu asqueroso cinturón a la policía. Sí, eso es lo que debí hacer de inmediato. Me arrepiento de no haberlo hecho.

Deberías estar en un manicomio. La cárcel no es lugar para los locos.

—Me gustaría que le dijeras a nuestra madre que la quiero.

—Díselo tú mismo. Además, dudo que tengas corazón. No eres más que un monstruo,

como esos perturbados que dicen ser tus *hermanos*.

—Dile que lamento haber...

Me colgó.

—¿Con quién hablas?

Hédi estaba en el vestíbulo con los brazos en jarras. Siempre ahí en el momento menos

oportuno...

—Sabes que no tienes que hablar con nadie.

—No es asunto tuyo.

—Pues resulta que sí lo es. Las órdenes son más que claras. Solo puedes usar este móvil como receptor. Y solo puedes hablar con dos personas: Lyès y yo. Nadie más.

¿Estás intentando joder nuestros planes o qué?

Se inclinó hacia mí.

—Tienes los ojos rojos. ¿Es que sigues lloriqueando?

—Apártate de mi camino.

Me agarró la muñeca con saña.

—¿Qué es lo que lamentabas por teléfono? ¿Y con quién? Si no quieres cumplir esta

misión, deja que se encargue otro. Nadie es imprescindible. Nos sobran voluntarios.

—No se te ocurra volver a ponerme la mano encima, Hédi, o te la corto.

—¡Guau! Tú no estás bien de la cabeza, chaval.

—He dicho que me sueltes el brazo.

Me empujó contra la pared con clara animosidad.

—Vuelvo a la calle. Ahora mismo apesta en este cuartucho de mierda.

—Eso es, lárgate.

Me atravesó de parte a parte con la mirada como si fuera una flecha, se secó la nariz con la manga, estuvo a punto de añadir algo pero se contuvo y salió del piso dando un tremendo portazo.

LYÈS AGARRABA CON FUERZA *mi* navaja. Con la mirada sombría y los dientes apretados, intentaba en vano reprimir su enorme cabreo. En el silencio de la sala, su respiración recordaba el jadeo de un asmático.

Hédi estaba a su derecha, ejerciendo de testigo de cargo.

Estábamos en una granja a unos treinta kilómetros al norte de Bruselas. Por la ventana, veía cómo la niebla iba cubriendo la campiña bajo el gris acerado del cielo. Unos nubarrones se aprestaban a descargar su hiel sobre el prado humeante.

—Me estás defraudando, Khalil. No sabes la pena que siento. Hemos hablado largo y

tendido sobre la desgracia que se te ha venido encima. Te he puesto sobre aviso. No permitas que la duda afecte a tus convicciones, porque el Maligno aprovechará la menor grieta en tu mente para pervertirte...

—No entiendo de qué me estás hablando, Lyès.

—Para mí está clarísimo.

—Pues para mí no.

—¿Con quién estabas hablando por teléfono? —me preguntó Hédi con voz iracunda.

—¿Y a ti qué te importa?

—No has contestado a la pregunta —me reconvino Lyès.

—Mi hermana mayor no se encuentra bien desde la muerte de Zahra. Ha intentado suicidarse un par de veces. La he llamado para animarla.

—Zahra no está muerta. Se halla junto a los bienaventurados en los jardines eternos. Tu familia debería alegrarse por ella.

—Estaba llorando —insistió Hédi—. Él era el que estaba destrozado. Decía que lamentaba...

—¿Qué esperabas, que me alegrara por ello? ¿Qué habrías hecho en mi lugar?

—Exactamente lo que me hubieran ordenado hacer. Y las consignas de nuestro emir son claras. No tienes permiso para llamar a nadie.

Esa mañana dos individuos me habían cortado el paso al salir del edificio. Me registraron para confiscarme mi navaja — *sabían* que llevaba una— y me metieron en un coche. No eran agresivos, solo estrictos como soldados formateados. No sentí necesidad de resistirme. Uno de ellos se puso al volante y el otro ocupó el asiento trasero, detrás de mí. No les pregunté dónde me llevaban. No tenían obligación de decírmelo. Además, me importaba poco. Había tomado pastillas para dormir, todavía estaba medio atontado y me daba igual lo que me ocurriera.

Ambos hombres permanecieron en silencio durante el trayecto. Miraban hacia delante como si algo los tuviera fascinados a lo lejos, y eso que el horizonte era solo grisura y niebla. La llanura parecía deprimida en esa mañana tan oscura y desangelada.

—¿Alguien te ha obligado a algo, Khalil? Te propuse una misión y la aceptaste. Te pregunté si te convenía y dijiste que sí. Sabes perfectamente que puedes negarte a llevar a cabo una operación que no te convenza. Nuestros guerreros son voluntarios, Khalil. Son libres de decidir y responsables de su elección. Pero una vez que se han comprometido, no se echan atrás.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi llamada, Lyès? A ver de qué estamos hablando.

—Estamos hablando de ti.

Su respuesta resonó con la sequedad de un disparo de escopeta.

Mantuve la cabeza fría para pensar pronto y bien. Algo tenía que inventarme si quería salir del atolladero. Eché una mirada hacia Hédi con una mezcla intencionada de despecho y de reto y luego me volví hacia el emir, temblando de indignación y apuntando con el dedo a mi compañero de piso:

—¿Qué te habrá contado el tunecino? Primero, ¿de dónde sale este fulano?

Hace apenas unos meses nadie lo conocía, pero ahora resulta que te estás enterando por él de quién soy yo. ¿De qué va esto, Lyès? No vendrás a decirme que por culpa de un intruso me estoy convirtiendo en un extraño en mi propio grupo, yo que salgo del mismo agujero

que tú...

—Todos los días aprendemos algo —contestó el emir—, pero nunca lo bastante como

para estar seguros de lo que creemos saber.

—¿Es esto una sentencia, Lyès?

—Todavía no hemos llegado a tanto.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Por esto —aulló esgrimiendo mi navaja automática.

—¿Ese es el cuerpo del delito?

Mi sangre fría lo dejó desconcertado durante una fracción de segundo, pero Lyès era único en el arte de recuperarse al instante. Apretó con fuerza el mango del arma.

—¿Puedes decirme qué pensabas hacer con esto?

—¿Tú qué crees?

—Atacar a un soldado o a un poli en la calle... que te mataría como a un perro y habrías muerto para nada.

Me tendió la navaja.

—Si eso es lo que piensas hacer, adelante, clávamelo.

—¿Por qué quieres que te lo clave?

—Para rematarme de una vez. ¿No comprendes que me has partido el corazón?

—Eres tú el que acaba de partírmelo a mí, Lyès. Creía que me tenías más respeto, que no tenía nada que demostrarte, que te fiabas de mí como de ti mismo, y estás aquí sometiéndome a un interrogatorio como si fuera un vulgar sospechoso...

—Entonces, ¿a qué viene esta navaja?

—Siempre he llevado una encima. No veo por qué tiene que suponer ahora un problema.

Se produjo un silencio aplastante.

Hédi agachó la mirada.

Lyès mantuvo sus ojos clavados en los míos. No los aparté. Era lo último que debía hacer. La menor señal de flaqueza me podía costar muy caro. Un sinfín de elementos se imbricaron entre nosotros en una colisión caleidoscópica. Detecté en su mirada inmóvil una multitud de preguntas que se iba haciendo a velocidad de vértigo, pero no conseguí retener ninguna. Imposible leer en su rostro. Esperé a que se disipara algo la tensión, a que un leve relajo de sus rasgos me delatara lo que estaba rumiando, pero seguía igual de inexpresivo que un bloque de granito.

Al cabo de una eternidad se le estremeció el labio, liberando el resto del rostro de su agarrotamiento.

Me dijo, en tono repentinamente conciliador:

—¿Por qué no cumples mis instrucciones, Khalil? Os tengo prohibido llevar armas de cualquier tipo. Supón que te registran, con todos esos controles por el perfil racial que hay ahora. Serías detenido por una estupidez y fichado para siempre. ¿Eso es lo que andas buscando? ¿Que te tengan catalogado como un espécimen botánico supuestamente venenoso?

No dije nada. Para mí el examen de conciencia no había acabado. Lyès me estaba dando un respiro para cazarme mejor.

Apartó los brazos. No me inmuté. Esperó a que fuera hacia él y me cobijara bajo sus alas. No me moví un ápice. Se me quedó mirando detenidamente, meneó la cabeza y vino hacia mí. Me aplastó contra su pecho de oso. Su aliento me quemó el cuello.

—Te presento mis excusas, hermano Khalil. Estamos todos muy nerviosos últimamente.

Pero la batalla no estaba todavía ganada. El repliegue de Lyès era solo una trampa sabiamente camuflada. El emir me concedía el beneficio de la duda sin por ello dejar de sospechar de mí. Lo conocía demasiado bien como para tragarme sus excusas. Lyès no era de los que hacen borrón y cuenta nueva o dejan las cosas a medias, y menos aún de los que exculpan a un arrepentido o a un acusado sin pruebas. Cuando fingía pasar página, apuntaba de inmediato en la siguiente los mismos paréntesis que había consignado en la anterior. Y cuando tenía a alguien en su punto de mira, quitaba el seguro y ponía el dedo en el gatillo con la seguridad de que acabaría disparando. No tenía que esforzarme mucho para adivinar que, a partir de ahora, me podía ocurrir cualquier cosa. Con ese abrazo que me estaba moliendo más que reconfortando, supe que debería mirar bajo mi cama antes de acostarme.

EN CUANTO A HÉDI, desapareció de mi vista. Ya no podíamos seguir compartiendo piso, ni siquiera volver a cruzarnos.

Todavía hoy me pregunto si no me lo asignaron para que me vigilara y fisgara en mis cosas cuando estuviera fuera.

16

UNOS COLEGIALES SE PUSIERON a aplaudir y a dar gritos de alegría cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Marrakech-Manara. A mi lado, un pasajero gordo que no había parado de rezar cada vez que el avión atravesaba una zona de turbulencias por fin se relajó. Me dirigió una amplia sonrisa de agradecimiento como si hubiera contribuido a que llegara sano y salvo a su destino. Me volví hacia la ventanilla para no tener que devolvérsela. Un velo ocre cubría la ciudad.

Una cadena humana asediaba las ventanillas de la policía de fronteras. Esperé tranquilamente mi turno. No tenía prisa. Aquí y allá, unos turistas rellenaban formularios con cierto nerviosismo. Una anciana rebuscaba en su bolso, casi presa del pánico; suspiró de alivio cuando por fin encontró su pasaporte.

El policía se me quedó mirando, tecleó algo y tardó un buen rato en comprobar no sé qué antes de sellar mi pasaporte, tras lo cual hizo una señal al siguiente viajero para que se acercara.

Fuera, un calor demasiado pegajoso para la temporada me obligó a quitarme la chaqueta. Un joven con vaqueros rajados por las rodillas y camiseta del Paris-Saint-Germain me estaba esperando en el aparcamiento. Antes de dirigirse a mí, consultó la pantalla de su móvil.

—Me llamo Nazim.

Me besó ambas mejillas, dejó mi equipaje en el maletero de su coche y me pidió que me sentara a su lado.

—¿Has tenido un buen viaje?

—He estado durmiendo en el avión.

—Yo tengo pánico a los aviones. Prefiero coger el barco cuando voy a Europa.

—Nunca he viajado en barco.

Puso en marcha el motor y me dio una fuerte palmada en el hombro:

—Bienvenido entre los tuyos, hermano. Ya está todo listo. Solo te esperábamos a ti.

—¿Lo que llevas en tu móvil es mi foto?

—Sí.

—Bórrala.

—De acuerdo.

—Ahora mismo.

Frunció el ceño, divertido por mi firmeza.

—¿No te fías de mí?

—No es eso, por favor...

Obedeció, pero con mucha calma.

—¿Tienes otras?

—No.

—¿Cómo la has conseguido?

—Me la mandaron desde Bruselas por WhatsApp. Fui yo quien la pedí.
Tampoco me

iba a poner en la entrada del aeropuerto con tu nombre sobre una pancarta.
Hay cámaras de vigilancia.

—¿Acaso no las hay en el aparcamiento?

—Sí, pero aquí no tengo por qué enseñar una pancarta.

Contestaba al instante, muy seguro de sí.

—Hermano Khalil —añadió con una tranquilidad olímpica—, entiendo que estés alerta, pero, puedes creerme, estás en manos de una red muy experimentada. Todo está bajo control.

Asentí con la cabeza.

—Perdona, es que soy un poco maniático. Es mi manera de ser.

—Pues aquí no tienes motivo para ello, hermano Khalil... ¿Podemos irnos ya?

— *Alá wa barakatuh.*

Salimos del aeropuerto.

Era viernes, día de la gran oración. Había poco tráfico en la carretera que llevaba a la ciudad. Un autobús se puso de pronto a dar tumbos hacia el arcén tras pinchársele una rueda. Nazim dio un volantazo para no embestirlo por detrás, enderezó su vehículo y siguió adelante, imperturbable.

Dejé mis ojos revolotear a sus anchas. Siempre que volvía a mi país de origen se me encogía el corazón. Mi primer recuerdo era siempre para Ba-Cherif, mi bisabuelo, al que nunca me había atrevido a acercarme porque me parecía que vivía en otro mundo. Era un centenario fantasmal que se pasaba el día encerrado en su habitación, sentado sobre el suelo con el Corán abierto sobre un minúsculo atril. Al atardecer, cuando la canícula estival amainaba, salía a tomar el fresco bajo un algarrobo, donde lo esperaba una silla de mimbre. Se sentaba encima como si fuera un trono y se dedicaba a contemplar el horizonte hasta la noche. Cuando se aislaba de ese modo, nadie tenía derecho a molestarlo.

Para todo el mundo, Ba-Cherif se comunicaba con sus difuntos. Interrumpirlo era casi una profanación. Envuelto en un camisón planchado mil veces, con su turbante perfectamente anudado y su bastón a modo de cetro, nunca decía nada. No necesitaba hacerlo, bastaba con su presencia. Yo me pasaba horas observándolo de lejos porque me intimidaba

muchísimo a la vez que me fascinaba. En realidad, no había gran cosa que ver. Ba-Cherif se acoplaba a su silla y solo movía un brazo para espantar los mosquitos. Tenía unos ojos claros ante los cuales se prosternaban todas las miradas, una sotabarba blanca que me habría gustado acariciar con mis dedos infantiles como quien lo hace con la pelusa de un polluelo y unas manos rosas inmaculadas que posaba sobre sus rodillas como si fueran ofrendas. Parecía una figurilla sagrada que algún dios hubiera dejado allí para hacernos reflexionar. Ba-Cherif era un libro abierto. Encarnaba por sí solo toda la historia del Rif.

Cada arruga de su frente contaba una epopeya. Tras haberlo conocido todo, merecido todo, dado todo, esperaba su hora con la serenidad y la satisfacción

del deber cumplido. Si no hablaba a menudo, si apenas se movía, era para convencerse de que ya no estaba aquí. Se recogía al pie del algarrobo, a la sombra de sus oraciones, allá donde nadie se atrevía a interrumpir su ascesis y donde el propio tiempo parecía haberse detenido. Ba-Cherif era su propio rey. El Señor estaba en él, y el paraíso a su alrededor. Falleció el día que cumplí siete años, inamovible en su silla de mimbre, con una sonrisa beatífica en el rostro y los dedos agarrando su rosario...

Noté, surgido de mi infancia, un olor a horno comunal. Me vi con pantalones cortos corriendo a recoger tortas calientes en la panadería de Ammi Brahim, situada al final de un callejón sin salida. Mi hermana gemela y yo corríamos como locos para que el primero en llegar se llevara el pan más horneado. Me encantaban aquellas tortas que crujían al morderlas y se derretían como la mantequilla en la punta de la lengua. Zahra corría como una gacela. No tardaba en dejarme atrás. Por mucho que cortara a campo través, no había manera de alcanzarla. Me esperaba en la entrada de la panadería con los brazos orgullosamente cruzados sobre el pecho, la cara muy alta; y yo, jadeante, con la garganta seca y la lengua fuera, me negaba a reconocer su victoria. «Has hecho trampa.» «¿Y eso por qué?» «No has contado hasta tres.» «No sabes perder. Te dejé salir antes.» Luego, enternecida por mi cara enfurruñada, sabiéndome ofendido en mi amor propio de joven macho, me dejaba elegir la torta que quería... La granja tribal estaba algo apartada de la aldea. Dominaba las tierras ancestrales que cubrían la ladera norte del monte Kebdana. Por la mañana, al despertar, me encantaba contemplar por la ventana los huertos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Por la noche, me pasaba horas intentando entrever los chacales que merodeaban por los alrededores de nuestros gallineros. A veces, oculta bajo una sábana blanca, mi hermana gemela se metía en mi habitación para asustarme... «¡Uuuh!, soy la bruja muerta y regreso para vengarme.» «Deja ya de asustarme, Zahra...» «¡Uuuh!... ¡Uuuh!, tiembla, cachorrito, nadie vendrá a salvarte...»

Pese a saber que era ella, me moría de miedo.

—Si tienes sed, hay una botella de agua en la guantera.

—No hace falta, gracias.

Un chiquillo subía por un talud sentado a horcajadas sobre un borrico. Junto a

una chabola de hojalata, unas cabras retozaban bajo la mirada vigilante de un perro... En la granja de mi familia también había cabras y bestias de carga. La primera vez que intenté montar en burro, este soltó una coz tan fulminante que me lanzó por los aires. Khizzu, nuestro pastor, un chaval escuchimizado y ágil como un mono, me estuvo tomando el pelo

durante todo el verano. «No es lo mismo un burro que una bicicleta», me decía con guasa un tanto despectiva.

Cuando todos estaban sesteando, mecidos por el chirrido de las cigarras, Khizzu, mi primo Allal y yo íbamos a cazar víboras en el monte bajo. Un día, una enorme y horrorosa serpiente negra se arrojó sobre nosotros. Al saltar hacia atrás, Allal tropezó con una raíz y cayó por un barranco. Khizzu y yo nos quedamos sin habla. Allal no tenía la menor posibilidad de salir indemne de semejante caída. Ni siquiera nos atrevíamos a asomarnos al borde del despeñadero para comprobar el estropicio. Y cuál fue nuestra estupefacción al ver, cinco metros más abajo, a Allal levantándose de entre las rocas y agitando los brazos para hacernos saber que no le había pasado nada. Aquel día debí darme cuenta de que los milagros no son un privilegio exclusivo de los profetas. Eso, sin duda, me habría hecho ver el lado bueno de las cosas. Pero las cosas tenían lados muy distintos y aún no disponía de la suficiente perspectiva como para entenderlos todos.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin pisar Marruecos?

—Ya ni me acuerdo.

—En cualquier caso, no te has perdido gran cosa. Aquí todo sigue igual: los ricos por un lado, los polis por otro, y los pobres atrapados en medio...

En aquel instante, un grupo de jóvenes nos adelantó en un Porsche rutilante con la música a toda pastilla. Había dos chicos delante, un flacucho y dos chicas muertas de risa detrás. El conductor nos hizo un gesto de burla para mofarse de nuestro cacharro y pisó el acelerador. Nazim aceleró para intentar alcanzar al descapotable, pero no hizo más que el ridículo.

Sentí ganas de darme la vuelta para ver por última vez lo que dejaba a mis espaldas.

Pero no lo hice... Detrás de mí solo había remordimiento.

RAYAN RECIBIÓ UNA LLAMADA de su madre.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Enciende la tele y pon algún informativo.

Rayan pulsó el mando a distancia.

La pantalla se encendió y apareció un encantador de serpientes asustando a unos críos. Un hombre hacía el gracioso disfrazado de bailarina del vientre. La plaza estaba abarrotada de gente. Rayan reconoció Yamaa el Fna, en Marrakech. Subió el volumen. La voz en off de un corresponsal hablaba de un atentado abortado por las fuerzas de seguridad alauíes. «Los cinco terroristas, entre ellos dos belgas (Rayan se quedó estupefacto al reconocer a Khalil en la foto de la derecha de la pantalla, junto a la de un pelirrojo), fueron neutralizados a las cuatro de la mañana. Tenían previsto inmolarsse con cinturones explosivos en Yamaa el Fna a una hora de máxima afluencia para provocar el mayor número posible de muertes. La masacre ha sido evitada gracias a una denuncia anónima. Les fueron incautados cinturones explosivos, fusiles de asalto kalashnikov, así como granadas artesanales. A esta hora se están llevando a cabo registros en distintos puntos de la medina.» Se vio la imagen de un riad en el que, según el periodista, los cinco terroristas habían sido detenidos. Una sección de operaciones especiales, con chalecos antibalas y fusiles de asalto, se movían alrededor de tres furgones policiales y de dos ambulancias. «En el transcurso de la escaramuza que se produjo entre los kamikazes y las unidades antiterroristas, dos yihadistas resultaron heridos. Según las autoridades locales, no hay que lamentar ninguna víctima civil o militar.» Un videoaficionado mostraba el final de la operación: individuos introducidos en los vehículos intentando ocultar su rostro.

—¿Te das cuenta? —exclamó la madre al teléfono.

Rayan no la estaba escuchando.

Se dejó caer en un sillón y se agarró la cabeza con ambas manos.

UNAS SEMANAS DESPUÉS, a su regreso de unas prácticas en Ginebra, Rayan encontró en su buzón un sobre con sello del rey Mohamed VI. En su interior había una postal con la foto de un palmeral. En su reverso, dos líneas escritas con rotulador negro:

Moka tenía razón. El verdadero deber es dejar vivir.

He decidido «esperar la primavera».

Khalil

A Rayan lo intrigó el «Día D –1» escrito con letra gruesa y subrayado tres veces. Se puso delante de su ordenador y tecleó «Atentado en Marrakech». Apareció una larga lista de artículos de prensa. Clicó sobre el primero. Era el bueno. Las fotos de los cinco terroristas ocupaban la mitad de la página. Rayan comprobó la fecha de la operación

policial que impidió el atentado de Yamaa el Fna: 23 de marzo. Miró el sobre. El sello de correos de Marrakech tenía impresa la fecha del 22 de marzo.

Rayan cruzó los dedos bajo su barbilla y se quedó mirando fijamente la pantalla de su ordenador.

—*Pudist*

e ahorrarte todo esto —se oyó decir.

Título original: *Khalil*

Edición en formato digital: 2018

© Éditions Julliard, S. A., París, 2018

© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-283-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es

Document Outline

- [I. Las aves de Ababil](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
- [II. Concierto en do menor para un kamikaze](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
- [Créditos](#)